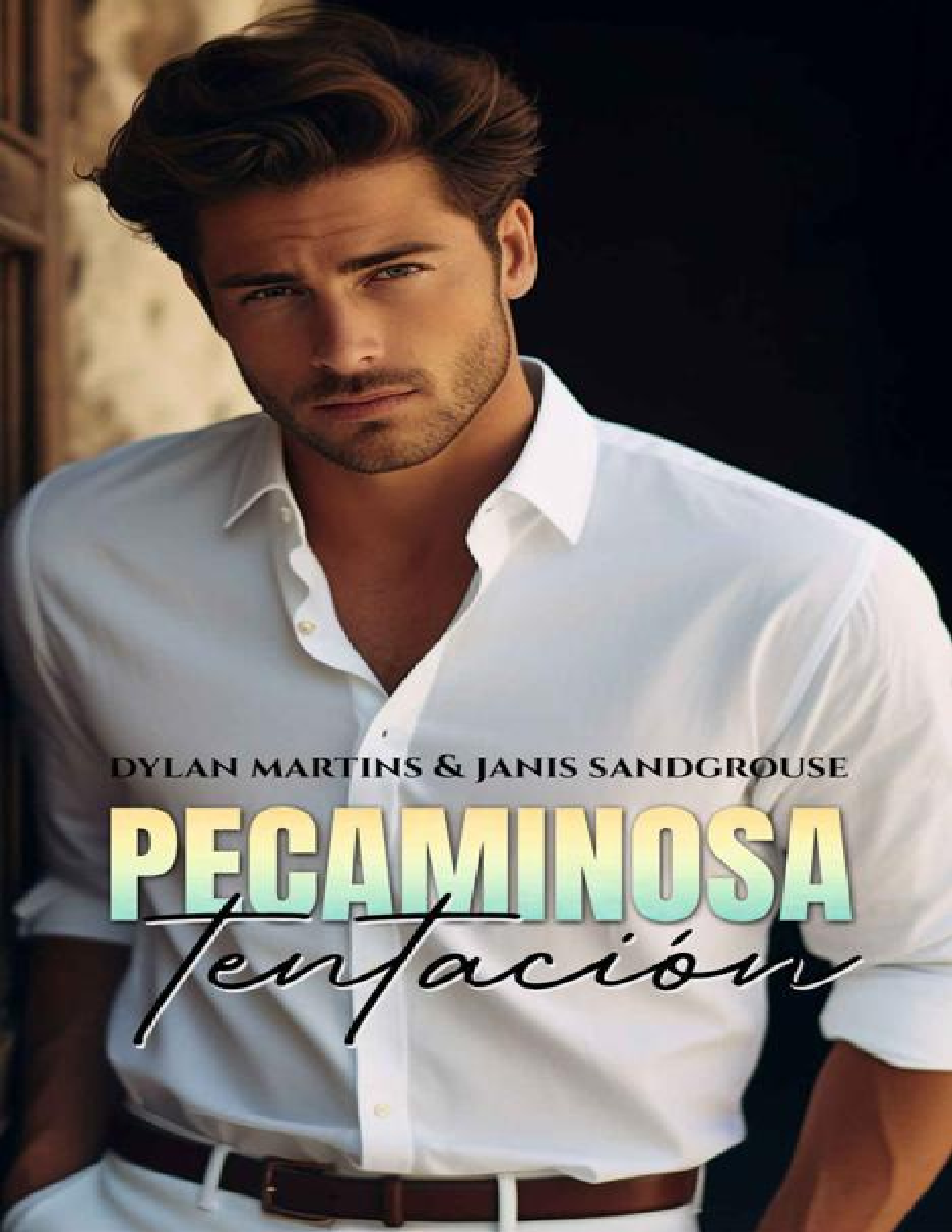


A close-up portrait of a man with dark, wavy hair and a light beard, wearing a white button-down shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and out of focus.

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

PECAMINOSA

Tentación

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

PECAMINOSA *Tentación*

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

PECAMINOSA *Tentación*

Primera edición.

Pecaminosa tentación.

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Pecaminosa tentación.

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Dicen que todo en la vida pasa por algo, que cada cosa, momento o situación que se nos presenta, tiene un motivo

Pues bien, ¿qué motivo podría tener el hecho de que cada vez que viene a consulta el señor Ramírez, me mire como si quisiera probar su dentadura nueva conmigo?

Es decir, seamos sinceros. El señor Ramírez es un hombre atractivo de cuarenta años, dueño de varias gasolineras repartidas por Madrid, así como por toda España, y yo solo soy... Yo.

Melisa, Meli para mis amigos, veintiocho años, rubia como mi madre, ojos marrones como los de mi padre, metro sesenta, y un cuerpo con curvas. No soy precisamente una de esas modelos que lucen los trajes de baño como sirenas posando en las revistas.

—Buenos días Melisa —saludó con esa sonrisa blanco nuclear que le estaba costando un dineral, y yo tuve que poner mi sonrisa de recepcionista simpática.

—Señor Ramírez, buenos días.

—¿Cuándo me harás caso y me llamarás Tobías?

—Lo lamento, pero en el trabajo todo es profesionalismo. Ya sabe cómo es mi jefe —me encogí de hombros y volvió a sonreír.

Se sentó en una de las sillas a esperar su turno, cosa que agradecí porque no me sentía muy cómoda estando con un hombre a tan pocos centímetros de distancia, aunque tuviéramos el mostrador como barrera.

Aclaremos una cosa, mi jefe no era un ogro, era un amor, y estaba de muy buen ver, un bombón de licor. Y era mi hermano mayor.

Saul tenía doce años más que yo, nuestra madre tenía veintidós años cuando llegó al mundo, y nuestro padre veintiséis.

Por desgracia para todos, papá se fue tras un infarto hacía ya quince años, al menos pudo conocer a su primera nieta, Rebeca, y la única si nos poníamos realistas.

Mi hermano perdió a su esposa tras un cáncer hacía ya trece años, solo dos después de que se nos fuera papá, y no tenía intenciones de volver a enamorarse, casarse, ni tener novia, así que no más hijos para el gran dentista y dueño de la clínica.

Y yo, aunque me encantaban los niños y moría con ellos cuando venían a la consulta, entregándoles siempre algún pequeño juguete para calmarlos antes de entrar, no me veía siendo madre en un futuro cercano. Vale, lejano quizá tampoco.

Mi historial amoroso era, ¿cómo decirlo? ¿Pésimo? Podría servirnos esa palabra, sí.

A pesar de mi cabello rubio y unos ojos grandes y expresivos color marrón como el chocolate, en palabras de mi madre, obviamente, siempre fui el patito feo.

¹ Añadamos a la lista de complementos para una infancia y adolescencia un poquito difícil, aparato dental y gafas. Recordemos que en la más tierna infancia los niños podían ser muy crueles, y en la adolescencia, un tanto de lo mismo.

No es que pensara en salir con chicos a muy temprana edad, pero debía admitir que siempre estuve enamorada en secreto del mismo chico, uno que hacía suspirar a mujeres y hombres a partir de los dieciséis años por igual. Y sí, ese enamoramiento aún seguía ahí, latente, en un rincón de mi alma.

Había salido con un total de tres chicos desde que cumplí los veinte, todos ellos normalitos, guapos, educados y cultos, pero tenían el mismo defecto, bueno en realidad dos.

El primero: que no buscaban nada serio al menos conmigo, nada más allá de una relación de un año o poco más, y al ser hombres de esos que trabajaban con trajes elegantes y caros, todos dijeron que aspiraban a algo más que yo.

Que era guapa, muy bonita, simpática y cariñosa, pero querían poder llegar a lo más alto profesional y personalmente, y necesitaban a una de esas sirenas en traje de baño colgando de su brazo.

ⁱ Mis piernas cortas, mis muslos un poquito más rellenos de lo que me gustaría, así como las anchas caderas que la genética me había dado, no les parecían suficientemente atractivos.

Ah, pero a los tres les encantaban mis gemelas, como las llamaba mi madre, dado que tenían un tamaño considerable y turgente que les gustaba tocar. En ocasiones durante el sexo con ellos me sentía como si las ordeñaran.

Y, por cierto, el sexo con ellos no fue nada digno de recordar. ¿Podría contar con los dedos de ambas manos cuántas veces había alcanzado un orgasmo durante mis años como novia de esos tres hombres? Si, podía, y me sobraban, no diría jamás cuántos.

Solo una persona sabía la cantidad exacta, Susana, mi mejor amiga desde que llevábamos pañales y nuestras madres nos llevaban a la guardería.

1

sEra lo opuesto a mí, ella era morena con los ojos verdes, medía metro sesenta y dos y tenía un cuerpo espectacular. Ella era quien me animaba en mis peores momentos cuando me llamaban “patito” en el colegio, y cuando se burlaban en el instituto por cualquier tontería.

Siempre había estado ahí para mí, y sabía que siempre lo estaría.

Le encantaba dibujar, no había un solo recuerdo con ella en el que no tuviera un bloc y un lápiz en las manos. Estudió bellas artes, siguió practicando el dibujo, y finalmente dejó todo para entrar a trabajar en un estudio de tatuajes con un antiguo compañero de la universidad que también descubrió que aquella era su verdadera vocación.

—Meli —me giré para ver a Noelia, la enfermera que trabajaba con Ramón, otro de los dentistas.

—Dime —sonreí.

—¿Puedes comprobar la hora de la cita de la señora Millán? Ramón dice que ya debería haber llegado.

—Claro, dame un segundo.

’ No había hecho más que abrir el programa de citas de cada dentista, cuando la puerta se abrió y vimos entrar a la señora Millán resoplando con un zapato de tacón en la mano.

—Jesucristo, vaya mañana —se quejó al llegar al mostrador.

—¿Está bien, señora Millán? —preguntó Noelia.

—No, hija, no lo estoy. Siento llegar tarde, ni siquiera pude avisar. Casi me atropella un chiquillo en patinete por la acera. He tenido que esquivarlo y, claro, se me ha atascado el tacón en la rejilla de un desagüe, adiós zapato —

dijo mostrando el zapato en una mano y el tacón en la otra.

—No se preocupe, tenemos Loctite, podemos arreglarlo para que no vaya descalza —sonreí.

—Gracias, Meli, porque traigo el pie más renegrido, que un minero.

Sonreímos las tres y ellas fueron al pasillo para entrar en la consulta de Ramón. No tardaron en salir Celia, otra enfermera, y su paciente, el señor Guijarro.

Le recordó lo necesario para el tratamiento que debía seguir, y mientras yo le cobraba, se llevó al señor Ramírez a la consulta donde le esperaba Julia, la tercera dentista de la clínica y mujer de Celia. Ambas hacían una bonita pareja.

Al fin sola, sin nadie en la pequeña salita de espera, me tomé un momento para respirar hondo y echar un vistazo al móvil. Ahí estaba el mensaje de mi querida Susana.

Susi: *Pasa a buscarme esta tarde, que es viernes y mi cuerpo lo sabe.*

La madre que la parió, no había viernes que no me dijera lo mismo. Pero lo agradecía, al menos me olvidaba del trabajo durante unas horas.

Susi: *No olvides a la niña, que sabes que le encanta salir con nosotras.*

Había añadido solo unos minutos después.

La niña en cuestión era mi sobrina, Rebeca, quien a sus veinte años se lo pasaba pipa saliendo con nosotras. Era preciosa, morena como mi hermano y de ojos azules como su madre, pero tímida hasta decir basta. Después del verano volvería a la universidad, quería ser dentista como su padre, y Saul estaba la mar de orgulloso.

Le mandé un mensaje a Rebeca contándole los planes de esa noche y se apuntó, solo estando con nosotras dejaba un poco aparcada la timidez, y eso era bueno, señal de que quería comenzar a soltarse un poco para abrirse al mundo universitario.

—Muchas gracias, Saul —escuché a la madre de Cintia cuando salían de la consulta.

La de mi hermano era la primera puerta en el lado derecho del pasillo, por lo que estaba más cerca de la recepción que ninguno de los demás.

Cloe, la enfermera que le asistía a él, sonrió al llegar al mostrador.

Era solo un par de años más joven que yo, y si alguien era digno de admiración, sin duda, era Cloe.

Se quedó sin padres a los dieciocho, sus tíos vivían en un pequeño pueblo de Zamora y con cinco hijos a su cargo no podían mantenerla, por lo que encontró un par de trabajos para pagar una habitación en un piso compartido con otros estudiantes mientras se sacaba la carrera de odontología.

Nunca, a pesar de las penurias que me contó una vez que había pasado, perdió la sonrisa.

Llevaba un año trabajando con nosotros y era un encanto con los niños, por eso Saul la contrató como su enfermera asistente.

—¿Cómo ha ido, Cintia? —le pregunté a la pequeña, que salía con una amplia sonrisa.

—Todo bien —respondió abrazando el peluche que le había dado.

—Eso ha sido por el señor Calcetines —dije con un guiño.

Ella miró el gato de peluche blanco con las patitas negras que tenía en la mano, y asintió.

—Nos vemos el mes que viene, preciosa —dijo Cloe antes de volver a la consulta de mi hermano para recoger todo.

Después de que su madre pagara, Cintia se despidió agitando la mano sin soltar el peluche.

Me gustaba darles uno a cada niño que venía a la consulta, y cuando regresaban, lo hacían acompañados de su nuevo amigo.

Entre citas y organizar las agendas de los tres dentistas se me pasó la mañana, y cuando quise darme cuenta era la hora de comer.

—¿Lista, Meli? —preguntó mi hermano.

—Sí. ¿Vienes a casa de mamá?

¹ —Claro, Rebeca estará ya allí.

Asentí y salimos de la clínica.

Aquello era algo así como una tradición para nosotros. Desde que él se independizó tras casarse con Lucía, cada viernes venía a casa a comer con nosotras.

1 Una vez que mamá se quedó definitivamente sola cuando yo me cogí mi piso, Saul y yo decidimos que seguiríamos yendo a comer con ella cada viernes. Lo que no quitaba que algún día del fin de semana también quedáramos para comer en su casa, y es que, como los guisos de nuestra querida madre, ninguno.

Aquello era algo así como una tradición para nosotros. Desde que él se independizó tras casarse con Lucía, cada viernes venía a casa a comer con nosotras.

Una vez que mamá se quedó definitivamente sola cuando yo me cogí mi piso, Saul y yo decidimos que seguiríamos yendo a comer con ella cada viernes. Lo que no quitaba que algún día del fin de semana también quedáramos para comer en su casa, y es que, como los guisos de nuestra querida madre, ninguno.

Capítulo 2



Tanto Saul, como yo, al igual que mi sobrina, teníamos llaves de casa, así que cuando él abrió la puerta, nos llegó el sonido de la risa de abuela y nieta desde la cocina.

—Ya estamos aquí —dije cerrando tras de mí.

—Y nosotras aquí —rio Rebeca.

Al llegar, saludamos con besos y abrazos y se me hizo la boca agua ante lo que había preparado mi madre para comer.

Ensaladilla y pollo asado con puré de patatas.

—¿Cómo ha ido el día, chicos? —nos preguntó.

—Bien, tranquilo para ser un viernes —respondí—. Ya solo quedan unas pocas horas para que acabe.

—Ay, si pudiera volver a la clínica —suspiró.

Nuestra madre tenía sesenta y dos años y llevaba retirada de la vida laboral desde hacía dos, pero al igual que mi hermano, era dentista como también lo fue nuestro padre, de quien heredamos la clínica, y seguía extrañando levantarse cada mañana para ir a trabajar.

—Mamá, te lo he dicho mil veces, aprovecha para viajar, sal con tus amigas.

—Ya salgo, hijo, tomo café todas las tardes con mis amigas.

—Perfecto, es lo que tienes que hacer. Ya trabajaste durante años, ahora te toca vivir y disfrutar —le dijo dándole un beso en la frente.

—Papá, esta noche voy a salir con la tía y con Susi —le informó Rebeca, mientras cogía la bandeja del pan.

—¿Te quedarás a dormir en su casa? —preguntó.

—Pues claro que se queda —contesté por ella—. A ver si te crees que vamos a perdonar los churros con chocolate del desayuno de mañana —resoplé.

—No, no lo pensaba —volteó los ojos.

—Papá, nosotras por un chocolate con churros, matamos —rio Rebeca.

—Desde luego, que seáis dentistas y tan golosas —suspiró.

—Oye, que a nadie le amarga un dulce, hermano —me encogí de hombros—. No es como si estuviéramos todo el día consumiendo azúcar como para que nos dé un subidón.

—O se nos caigan los dientes, negros como los de una bruja —dijo mi sobrina, haciendo alusión a lo que él mismo había dicho alguna que otra vez.

—¿Y dónde iréis? —se interesó él.

—Hijo, mira que eres —suspiró mamá—. Deja que vayan donde quieran, que ya son mayorcitas.

—Solo estoy preguntando, creo que tengo derecho, ¿no?

—Cenaremos en alguna cafetería y después iremos a tomar una copa —dije saliendo de la cocina de nuevo para llevar los platos a la mesa del salón.

—Si necesitáis algo...

—Te llamamos —respondimos ambas al unísono, volteando los ojos.

Saul asintió y por fin nos dejó tranquilas.

No se preocupaba sin motivos, tras eso también había una historia de esas que por más que quieras borrar, no lo consigues.

Rebeca aún no salía con Susi y conmigo, por suerte, pero era consciente de lo que pasó aquella noche.

Acabábamos de salir del local donde estuvimos bailando hasta que nos dolieron los pies como si hubiésemos corrido una maratón, Susi fue a buscar un taxi y yo, que comencé a sentirme un poco mal, me adentré en el callejón para vomitar junto a los cubos de basura de aquel bar.

2

Un grupo de chicos había estado acercándose a nosotras en cada ocasión que se les presentaba, queriendo que tomáramos algo con ellos, que bailáramos y los acompañáramos a una fiesta privada en un lugar más tranquilo. Nosotras nos íbamos con ellos.

Yo acababa de romper con mi tercer novio después de casi dos años juntos, y no estaba para abrirme de nuevo a conocer a alguien o al amor.

Acababa de vomitar hasta la primera papilla que me dio mi madre, cuando noté unas manos en mi cintura.

La voz rasposa y con olor a whisky que me susurró al oído me hizo temblar de tal modo, que creí que me caería de rodillas al suelo.

Me levantó del suelo y acabó llevándome contra una pared, en cuanto abrí la boca para gritar me la tapó con la mano, rasgó la tela del vestido y mis pechos quedaron al descubierto bajo el sujetador.

Aquel chico se había pasado toda la noche mirándome el escote, y eso que no era un vestido llamativo, pero claro, el tamaño de mis pechos era bastante notorio.

Mientras me mantenía acorralada contra la pared, amortiguando mis gritos con la mano, comenzó a tocarme bajo el vestido, entre las piernas.

Escuchaba a Susi pedirles que la dejaran tranquila, me llamaba a gritos y cuando se dirigió al callejón pude escuchar cómo los demás la detenían.

Eran cinco chicos rodeándola, mientras su amigo quería abusar de mí.

Sentí que me acabaría paralizando por el miedo, pero no quería eso, no quería acabar siendo ultrajada en aquel sucio callejón por el simple hecho de que a ese chico se le antojara, así que me armé de valor y conseguí morderle la mano.

Me llamó perra, me abofeteó haciendo que mi labio sangrara, y conseguí salir corriendo del callejón. Cuando Susi me vio, abrió los ojos ante la sorpresa y el miedo, y comenzó a insultar a los cinco que la rodeaban y al que salió detrás de mí. Nos lanzamos a la carretera y por suerte paró un taxista al ver que nos perseguían, subimos al coche

y Susi llamó a Julen, su hermano mayor, para que fuera a recogernos al estudio de tatuajes.

Tuve que contarles a mi hermano y a mi madre lo ocurrido, y por eso desde entonces, hacía ya casi dos años, Saul se preocupaba tanto.

Casi dos años, el tiempo que llevaba sin salir con nadie.

ⁱ Mientras comíamos, mi madre nos hablaba de la nueva reforma que tenían que hacer en el edificio, era uno de esos antiguos de la ciudad y querían poner un ascensor, cosa que agradecimos porque, aunque todos estábamos perfectamente en forma, subir cinco pisos de escalera era un infierno.

—Así que, ya está todo listo y en septiembre empiezan con las obras —dijo mi madre.

—Ya era hora, anda que no os ha costado modernizaros un poco —resoplé.

^e —Hija, qué quieres, si los cuatro bajos decían que ellos no necesitaban el ascensor para nada, y los del primero no tiene que subir tantas escaleras —se encogió de hombros.

—Claro, pues anda que la señora Herminia del octavo, está para subir andando tantas escaleras.

—No, y eso es lo que al final ha hecho más fuerza. La señora Herminia y sus ochenta y cinco años, el señor Hidalgo y sus casi ochenta y ocho. Y así todos los mayores de más de setenta.

—Pues menos mal, porque eso os va a dar mucha vida a todos —comentó mi hermano.

Tras acabar de comer tomamos café y las pastas con las que siempre lo acompañábamos, y Saul y yo regresamos a la clínica. Le dije a mi sobrina que pasaría a buscarla a las ocho para ir al estudio a por Susi, y así afronté aquellas últimas horas de trabajo antes de dar la bienvenida al ansiado fin de semana.

Ya solo me quedaba una semana para mis vacaciones de verano, esas que me servirían para desconectar de todo.

Rebeca me había propuesto irnos juntas a una cabaña en la sierra de Madrid, respirar aire puro y olvidarnos de la ajetreada ciudad durante unos días, por lo que seguía sopesando aceptar la propuesta.

ⁱ Pero, por lo pronto, ya teníamos planeado un día tía y sobrina en el parque de atracciones, justo al día siguiente, donde soltar toda la adrenalina posible y gritar desde lo alto de las atracciones sin que nos tomaran por un par de locas.

Cinco minutos habían pasado desde que abrimos la clínica, y comenzaron a llegar los pacientes de la tarde.

Cinco minutos habían pasado desde que abrimos la clínica, y comenzaron a llegar los pacientes de la tarde.

Capítulo 3



Después de recoger a Rebeca en su casa, conduje hasta el centro comercial donde estaba el estudio en el que trabajaba Susi.

Los fines de semana solíamos ir a otros sitios, pero los viernes que mi amiga pedía a gritos una noche de chicas, nos quedábamos allí.

Cenábamos y salíamos a la parte exterior donde había un montón de locales donde tomar una copa tranquilas, y otros en los que además se podía bailar.

—Mira, tía —dijo Rebeca, cuando pasamos por delante de una tienda de ropa—. Qué conjunto más bonito.

—Sí que lo es, pero si nos vamos a la sierra de vacaciones, poco uso le vamos a dar —reí.

—¿Y si cambiamos la montaña por la playa? —propuso pensativa con el dedo en la barbilla.

—Es otra opción, si quieres comprarte ese conjunto.

La verdad que era una monada. Se trataba de un bikini en color negro con topitos rosas y el pareo en rosa. Si finalmente nos decantábamos por la playa, se lo regalaría.

Cuando entramos en el estudio vimos a Teo en el mostrador, cobrando a un par de chicas que acababan de tatuarse y, además, se habían hecho un piercing en la oreja.

—Gracias, Teo —dijo una de ellas sonriendo.

—A vosotras, chicas.

Teo era alto, rubio y con unos preciosos ojos verdes que no dejaban a nadie indiferente, por no hablar de toda la

tinta que cubría su cuerpo. Muchos eran diseños suyos que había plasmado la propia Susi, al igual que los tres que ella tenía, por el momento como solía decir, se los había hecho él.

—¿Tienes sus números? —preguntó Rebeca con la ceja arqueada, a lo que Teo sonrió como el canallita atractivo que era.

—Los tengo, pero no les daré uso —se encogió de hombros—. Vengo a trabajar, no a ligar —le dijo, dándole un golpecito en la nariz.

—Ay, por favor, que ya tengo veinte años —protestó mi sobrina ante aquel gesto que llevaba haciéndole desde que la conoció, hacía cuatro años.

—¿Ha terminado la artista? —pregunté.

—Está acabando con sus chicos.

—¿Julen y Carlos están aquí? —Elevé ambas cejas.

—Sí, al parecer es su último día libre y han decidido pasarse.

—Venga, vamos a ver qué se están haciendo —Rebeca me cogió de la mano y, literalmente, empezó a tirar de mí hasta el pasillo que conducía a las grandes salas donde Teo, Susi y otros dos chicos más trabajaban.

Dimos un par de golpecitos en la puerta, y cuando nos dio paso el sonido de la aguja mientras tatuaba se intensificó.

—¿Es que siempre tienes que salir más tarde de la hora que nos dices? —le reñí y soltó una carcajada.

—Serás mala gente —dijo mirándome—. Mis chicos, que tenían prisa por tatuarse hoy.

—Prisa no, nena, pero había que hacerlo antes de que estos dos se arrepintieran —dijo Carlos, el novio de Susi que era uno de los mejores amigos de su hermano Julen desde que eran pequeños.

Pero las palabras clave para mí fueron, “estos dos”.

En cuanto las escuché, supe que no solo estaban Julen y Carlos, sino también Yeray, primo de este último y de quien estaba secretamente enamorada desde que tenía edad suficiente para saber que me gustaba aquel chico.

¡ Bueno, quizás no tan secretamente, porque mi mejor amiga y mi sobrina, lo sabían.

Sentado en un rincón, observándome y con una de sus sonrisas más descaradas, estaba él. Tenía el cabello castaño alborotado, como si hubiera estado pasándose la mano por él durante mucho tiempo. Los ojos eran verdes como la hierba cuando la bañaba el sol, y medía metro ochenta y seis por lo que cuando se ponía a mi lado, me sentía chiquitita.

Era fuerte, musculoso y con un cuerpo súper trabajado y preparado para su profesión. Yeray era bombero al igual que Julen y Carlos.

Los tres decidieron decantarse por ese trabajo tras una excursión al parque de bomberos cuando tenían doce años, según nos contó Susi, y de eso habían pasado veinte años.

Cuando se levantó tuve que tragar con fuerza, era impresionante verlo. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta negra que se ajustaba a todos y cada uno de los músculos de su torso y los brazos, caminaba con una seguridad y masculinidad hipnotizantes, y el aroma de su perfume, con un leve rastro amaderado, el mismo que usaba desde que tenía dieciocho años, era embriagador.

—Hola, Campanilla —su voz ronca y profunda, hacía que me flaquearan las piernas.

Era el único que me llamaba así, decía que le recordaba a ese hada pequeñita, siempre acompañando a Peter Pan, porque era más pequeña en estatura que él y mi cabello era rubio como el de ella.

Lo mejor de todo es que a Susi se le ocurrió que sería buena idea disfrazarme de Campanilla para la fiesta de su decimoctavo cumpleaños.

—Hola, Yeray —sonreí.

—¿Qué os estáis haciendo? —curioseó mi sobrina, acercándose a la camilla en la que Julen estaba recostado mientras Susi lo tatuaba.

—Algo sencillo esta vez —rio él.

—¿Sencillo, Julen? —Mi sobrina abrió ambos ojos— Habéis estado aquí toda la tarde.

—Desde la una —contestó Susi—. Al menos me han invitado a comer hamburguesa.

—Pero no negarás que son una pasada, nena —comentó Carlos, levantando un poco la manga de su camiseta.

Se habían tatuado unas alas abiertas con llamas que comenzaban en la base de estas.

—¿Por qué ese tatuaje? —Fruncí el ceño.

a

—Hace un par de días sacamos a unos niños de la casa de acogida en la que estaban —respondió Julen—. Hubo un cortocircuito y en apenas unos minutos la casa comenzó a arder. Estaban durmiendo, se despertaron por el humo y el matrimonio se encerró en la habitación con los tres niños. No podían salir, estaban en el segundo piso y saltar sería fatal para todos. Los pudimos sacar por la ventana finalmente, y la más pequeña dijo que habíamos sido los ángeles que le pidió a Dios que le enviara para sacarlos del fuego. Habían estado tan expuestos al humo que ella fue la peor parada. Sigue recuperándose en el hospital.

—Solo tiene cuatro años —dijo Yeray—, iremos a verla mañana.

—Llevaba tiempo diciéndoles a estos dos que podíamos hacernos un tatuaje igual que nos representara, y cuando la pequeña nos llamó ángeles, joder, lo tuve claro —sonrió Carlos.

—Es una pasada —admiró mi sobrina.

—Es que mi hermana es una artista.

—Gracias por el reconocimiento, querido hermano mayor. Y deja de moverte, joder, que igual te dibujo una pluma suelta del ala.

Me eché a reír y como siempre que iba a la sala de Susi, me distraje viendo las fotos de todos los tatuajes que había hecho.

Me encantaba ver los nuevos colgando de esas paredes, en negro, a color, realistas, pequeños, grandes. Todos eran magníficos, Susi tenía un talento increíble y me alegraba que hubiera encontrado el modo de dejárselo ver al mundo.

—¿Buscando un tatuaje que hacerte? —murmuró Yeray a mi espalda, y por Dios que casi me dio un infarto.

—Qué susto —dije llevándome la mano al pecho—. Solo admiro cada uno de ellos. Me gusta verlos, me encanta el trabajo que hace Susi.

—¿Alguna vez has pensado en hacerte uno?

—Sí, pero... no sé qué me haría —sonreí, encogiéndome de hombros.

—Algo que signifique mucho para ti, eso seguro, al menos para que no te arrepientas de haberlo hecho con el paso de los años.

—Tú tienes como una docena de tatuajes —lo miré por encima del hombro.

—Con este, van dieciséis.

—Joder, ¿cuándo te hiciste los otros tres que no sabía? —Yeray se echó a reír y cuando noté su mano en mi cintura, me estremecí.

Eran pocas las veces que había algún tipo de contacto físico entre nosotros, pero cuando eso ocurría, mi cuerpo reaccionaba con un escalofrío que serpenteaba por cada rincón de mi cuerpo, por no hablar del millón de mariposas que debían vivir en mi estómago.

Pero esto era algo unilateral, solo yo lo sentía, un amor que sufría en silencio como quien tiene una rozadura causada por los zapatos y lleva la sonrisa puesta todo el tiempo para que nadie lo note.

—Hace un par de meses —respondió al fin—. Una media luna —dijo entonces mirándome a los ojos.

—¿Qué?

—Una media luna, justo aquí —señaló la parte delantera de mi hombro derecho—, te quedaría bien. Algo pequeño, sutil, fino y bonito, como tú —me hizo un guiño y se giró cuando lo llamó Julen.

Respiré hondo y sentí que me mareaba. Cuando Yeray decía alguno de esos calificativos dirigidos hacia mí, me hacía sentir distinta a como siempre era.

1

No iba a decir que especial para él, porque estaba claro que un hombre como Yeray no se fijaría nunca en una chica como yo.

Ni siquiera cuando ese hombre había sido quien me dio mi primer beso, una década atrás.

Sí, así era. Yeray fue el primer chico que me besaba a mis dieciocho años, en la fiesta de cumpleaños de Susi.

Solo quedábamos nosotros cinco en su casa, yo iba vestida de Campanilla a petición de mi mejor amiga, que había decidido que sería una fiesta de disfraces y ella llevaba el vestido azul de Wendy.

Para mi consternación, Julen iba vestido de Capitán Garfio, Carlos como uno de sus piratas y Yeray, de Peter Pan

Quise estrangularla por aquella encerrona y, claro, muchas de nuestras antiguas amigas y compañeras de clase en el instituto no dejaban de mirar a Yeray, quien resoplaba cada cinco minutos por llevar unos leotardos verdes.

Estaba gracioso, la verdad, pero yo solo podía fijarme en sus brazos cada vez que posaba como el niño que se negaba a crecer, y sonreía con la ceja arqueada, igual que él.

Una vez nos quedamos solos, a Susi se le ocurrió jugar a, beso, atrevimiento o verdad, y la cosa no fue mal hasta que llegamos al momento atrevimiento de Yeray.

La muy cabrita de mi amiga dijo que no era capaz de atreverse a encerrarse conmigo en el armario del pasillo, sin luz, conseguir quitarme una prenda de ropa, y darme un beso.

—*Y sabré si el beso ha existido o no* —dijo la muy loca.

Esa noche la asesiné con la mirada y en mi pensamiento de mil y una formas diferentes.

Yeray se puso en pie, tendiéndome la mano, y fuimos al maldito armario.

Le dije que le daría con gusto las medias yo misma, era la prenda de ropa que estaba dispuesta a quitarme, pero se negó, dijo que él mismo lo haría.

Tragué con fuerza sin ver nada en aquel rincón oscuro mientras notaba que se iba agachando ante mí. Me sobresalté al sentir las yemas de sus dedos subiendo por mis piernas muy despacio hasta llegar a la cintura. Cogiendo la delicada tela entre los dedos, comenzó a bajarla igual de despacio y podía escuchar mi propio corazón latiendo con fuerza, así como notaba el modo en el que mi pecho subía y bajaba mientras trataba de mantener la respiración controlada.

Me quitó un zapato y después del otro antes de despojarme de las medias por completo, y con los ojos cerrados mientras volví a ponerme los zapatos y subía una vez las yemas de los dedos por mi piel desnuda, me imaginé cómo sería si Yeray me hiciera suya.

Sueños y fantasías de una chica joven y virgen con un enamoramiento de varios años a cuestas.

A pesar de que había dejado de sentir sus manos en las piernas, sabía que él estaba muy cerca de mí, podía notar su aliento en mis labios.

Y entonces, sin previo aviso, me besó.

Fue tierno, tranquilo, y noté que enredaba la mano en mi cabello para acercarme más a él.

—*Gracias por las medias, Campanilla* —susurró tras romper el beso antes de salir de aquel lugar que había sido testigo de mi primer beso.

Cuando regresé al salón, Susi me miró en busca de algo, y sonrió al ser consciente de que sí, que uno de los mejores amigos de su hermano me había besado.

Después de eso, y muerta de vergüenza, me despedí de todos diciendo que se había hecho tarde y quería irme a casa.

A Susi ya le gustaba Carlos por aquel entonces, pero él tenía novia con la que llevaba saliendo un año, rompieron cinco años después, y tras un año en el que Carlos estuvo lidiando con el dolor y el rechazo porque su novia lo había engañado con otro, donde tuvo algunas noches de sexo esporádico con mujeres de las que no volvería a saber nada, Susi se lanzó a besarlo y desde entonces no habían dejado de hacerlo.

Cuatro años juntos, y Julen a veces decía que lo suyo acababa en boda.

—Listo, podemos irnos —anunció Susi, poniéndose en pie para recoger todo—. ¿Te decides a ponerte en mis manos o no, Meli?

—¿Eh? No, no, todavía no.

—Ah, todavía, vale, es un avance —sonrió.

n

Después de recoger todo, los chicos se unieron a nosotras para cenar y en cuanto acabamos, se marcharon, empezaban un turno a la mañana siguiente desde temprano y querían dormir.

Nosotras, por el contrario, decidimos tomar una copa tranquilas en el local de estilo *chill out*, acabando así la noche.

Fue tierno, tranquilo, y noté que enredaba la mano en mi cabello para acercarme más a él.

—*Gracias por las medias, Campanilla* —susurró tras romper el beso antes de salir de aquel lugar que había sido testigo de mi primer beso.

Cuando regresé al salón, Susi me miró en busca de algo, y sonrió al ser consciente de que sí, que uno de los mejores amigos de su hermano me había besado.

Después de eso, y muerta de vergüenza, me despedí de todos diciendo que se había hecho tarde y quería irme a casa.

A Susi ya le gustaba Carlos por aquel entonces, pero él tenía novia con la que llevaba saliendo un año, rompieron cinco años después, y tras un año en el que Carlos estuvo lidiando con el dolor y el rechazo porque su novia lo había engañado con otro, donde tuvo algunas noches de sexo esporádico con mujeres de las que no volvería a saber nada, Susi se lanzó a besarlo y desde entonces no habían dejado de hacerlo.

Cuatro años juntos, y Julen a veces decía que lo suyo acababa en boda.

—Listo, podemos irnos —anunció Susi, poniéndose en pie para recoger todo—. ¿Te decides a ponerte en mis manos o no, Meli?

—¿Eh? No, no, todavía no.

—Ah, todavía, vale, es un avance —sonrió.

Después de recoger todo, los chicos se unieron a nosotras para cenar y en cuanto acabamos, se marcharon, empezaban un turno a la mañana siguiente desde temprano y querían dormir.

Nosotras, por el contrario, decidimos tomar una copa tranquilas en el local de estilo *chill out*, acabando así la noche.

Capítulo 4



Me levanté temprano para bajar por churros y una jarra de chocolate para desayunar con mi sobrina.

Sí, estábamos a finales de junio, el calorcito ya estaba presente, pero, ¿y? A nosotros nos encantaba ese desayuno.

La culpa era de mi padre, que todos los fines de semana tenía preparada la mesa con ese desayuno esperando a que nos levantáramos. Pero con él había podido crear recuerdos muy hermosos de mi infancia.

Dejé todo en la encimera del salón y tras coger un churro, fui a la habitación que tenía reservada para Rebeca o Susi, cuando se quedaban a dormir conmigo.

Sin hacer ruido, me acerqué a mi sobrina, que dormía como un bebé, y pasé el churro despacio por su nariz, dejando que el aroma se adentra en su sistema.

Aguanté la risa como pude, por más veces que lo hiciera siempre me reía al ver su reacción. Se pasaba la lengua por los labios como si aquello fuera un sueño, y cuando le daba un golpecito en el hombro para despertarla, abría un ojo somnoliento y me observaba.

—¿Qué? —preguntó con la voz algo rasposa.

—Churritos —sonreí levantando el que tenía en la mano.

—Oh, qué ricos —me lo quitó sin demasiado esfuerzo y se lo llevó a la boca—. Me falta el chocolate —comentó mientras masticaba y salía de la cama.

Nos sentamos a la mesa y disfrutamos de aquel desayuno que tanto nos gustaba compartir. Rebeca era mi sobrina, pero dada la poca diferencia de edad que había entre nosotras, bien podríamos pasar por hermanas para quien no nos conociera.

—Entonces, qué, ¿playa o montaña? —preguntó llevándose otro churro con chocolate a la boca.

—No lo sé, la semana que viene te lo digo.

—Sí, porque hay que buscar una cabaña o un hotel con tiempo suficiente.

—¿Y si le preguntamos a Susi que si se apunta? Creo que coge vacaciones cuando yo.

—¿No tendrá planes con su bombero?

—Pues no sé.

—Llámalas, seguro que a ella se le ocurre un plan loco de los suyos para irnos las tres.

Cogí el móvil y mientras seguíamos desayunando, hice una videollamada con Susi.

—Buenos días, chicas —saludó con una sonrisa mientras sujetaba su taza de café.

—Buenos días. ¿Hoy no curras?

—No —negó—. Teo me ha dicho que me coja el día libre. He estado toda la semana saliendo más tarde con trabajos de última hora.

—Bueno, lo de ayer no fue un trabajo de última hora —reí.

—No, pero me tiré toda la tarde.

—Te quedaron súper chulos —dijo Rebeca.

—Sí, pero no creo que me llaméis para hablar de mis maravillosas manos y los tatuajes de los chicos, por mucho que tú sigas enamorada de Yeray y no quieras admitirlo —me señaló.

—Os lo admití a vosotras, a él, nunca se lo diré —negué—. No soy su tipo de todos modos.

—¿Y qué tipo es ese, Meli? —Susi arqueó la ceja— ¿Guapa, simpática, buena persona, amable, inteligente...?

—Sin curvas —la corté—. Ya viste a su novia, y a las mujeres con las que ha estado saliendo o teniendo sexo sin más.

—Vale, no seguiré por ese camino una vez más. ¿Me llamáis para darme envidia con los churros y el chocolate?

—No —rio Rebeca—. Es para ver si te apuntas a unos días en la playa o en la montaña con nosotras. La tía dice que cree que tienes vacaciones la misma quincena que ella.

—Ah, sí, es verdad que coincidimos. Pero me voy a Gran Canaria con Carlos y Yeray, como todos los años —contestó.

—Pues nada, seguiremos pensando dónde ir —me encogí de hombros.

—¿Y por qué no os venís? Julen también se apunta ese año.

—¿A Gran Canaria? ¿Con...?

—Sí, Meli, sí —suspiró—. A Gran Canaria con Yeray. Sus padres eran de allí, ellos nacieron allí, aunque se criaran en Madrid. Marisa, la madre de Carlos, nos reserva las habitaciones. Tenemos tres, pero puedo pedirle una más para vosotras.

—No sé, Susi, no queremos molestar.

—Molestar dice —resopló—. Pues no tiene ganas de conoceros con todo lo que le he hablado de vosotras. Venga di que sí y llamo ahora a mi suegra.

Miré a mi sobrina y, por el modo en el que sonreía y había abierto los ojos, supe que este año serían vacaciones en la playa.

Ah, y tendría que comprarle ese conjunto que tanto le gustó el día anterior.

—Vale, nos vamos contigo a Gran Canaria.

—Verás cuando lo sepan los chicos —sonrió—. Voy a llamar a mi suegrita linda. Nos vemos, preciosas mías —lanzó un beso al aire y tras hacer lo mismo, colgué.

—Pues nos vamos a la playa —dije sonriendo.

—Ya me veo con el conjunto del otro día.

—Mañana salimos de tiendas, pero ahora, señorita. El parque de atracciones nos espera.

Recogimos la mesa, nos dimos una ducha rápida y tras ponernos unos shorts, una camiseta y las deportivas, salimos de mi piso dispuestas a pasar el día soltando adrenalina.

Era tradición desde que Rebeca tenía quince años, irnos las dos solas un sábado tras acabar las clases a pasarlo juntas en el parque, comiendo algodón de azúcar y algún que otro helado.

Cuando llegamos tardamos unos cuarenta minutos en acceder al recinto, y por allí nos perdimos como dos niñas pequeñas disfrutando una y otra vez de cada atracción.

Antes de parar a comer decidimos subir en una de nuestras atracciones favoritas, donde *looping* tras *looping* gritábamos sintiendo el aire en la cara.

Hasta que se quedó parada en la zona más alta, por suerte, no estábamos bocabajo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No sé, igual desde el año pasado han cambiado el funcionamiento —respondió.

Pero no, aquel no era el caso, dados los gritos de la gente que había abajo esperando a los familiares que iban con nosotras.

El funcionamiento había fallado, eso era lo que pasaba, así que allí nos quedaríamos hasta a saber, cuándo podríamos bajarnos.

De los que iban detrás de nosotras había un par de chicas llorando, nerviosas y queriendo que nos bajasen ya, cuanto antes mejor. Otra parecía que se había desmayado y en la parte delantera, teníamos a un chico con un ataque de ansiedad.

Yo me mantenía tranquila y calmada, al menos durante los primeros quince minutos, porque cuando vi que eso no iba a moverse, ni hacia delante ni hacia atrás en los próximos dos segundos, comencé a gritar.

—¡Qué nos bajen de una vez, por el amor de Dios!

—Tía, tranquila que enseguida nos bajan, ya verás.

—No, Rebeca, enseguida no. Llevamos aquí casi veinte minutos y no tiene pinta de que nos vayan a bajar

enseguida, cariño.

—Bueno, pero cálmate, ¿sí?

—¿Cómo voy a calmarme? Estamos aquí tirados en todo lo alto de la jodida montaña esta y, ¿quieres que me calme? Mira —señalé al cielo—, mira arriba. Si prácticamente estoy viendo el dedo de Dios queriendo tocarme —levanté la mano— como lo pintó Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

—Tía, estás empezando a delirar. Eso es mal de altura.

—¿Mal de altura? —grité— Mal es como se van a quedar los que manejan este cacharro cuando les rompa la nariz.

—Vale, se acabó —dijo cogiéndome las manos—. Mira al frente, y respira —me ordenó con los ojos fijos en los míos.

Miré al frente y me encontré con la maravillosa vista de Madrid, todos esos edificios y el famoso pirulí a lo lejos.

Pero no me relajaba, solo aumentaba la ansiedad y el pánico que había empezado a sentir por estar a saber, a cuántos metros de altura del suelo.

Aquello era una maldita pesadilla, no podía estar pasando, de verdad que no.

Las manecillas del reloj avanzaban y nadie nos decía nada, claro que tampoco es que pudieran, ¿cómo iban a mantenernos informados? ¿Enviando señales de humo como los indios en el lejano oeste?

Por Dios, empezaba incluso a marearme de estar tan alto.

—Rebeca, tengo náuseas —murmuré con la mano en el estómago.

—Pues aguántate, tía, por lo que más quieras, que eso cae para abajo y pones perdido a todo el mundo.

—Ay por Dios, qué malita me estoy poniendo —dije con otra náusea subiendo a la garganta.

—Piensa en las vacaciones, en los días en la playa, en los cócteles que nos tomaremos en los chiringuitos. Y en tu bombero en bañador —dijo elevando ambas cejas con una sonrisa.

—¿Y la timidez? ¿Dónde la has dejado? —Arqué la ceja.

—Sigue conmigo, pero es que, me he dado cuenta de que, si sigo siendo tan tímida, no me van a dar nunca mi primer beso —suspiró.

—Ay, cariño, que en eso has salido a tu tía —la cogí de la mano.

—Echo de menos a mamá —miró al cielo.

—Tú, y todos. Era una mujer increíble.

—¿Por eso papá no ha vuelto a salir con nadie? Ni siquiera una cita y una noche de sexo.

—La quería mucho, era el amor de su vida.

Escuchamos las sirenas a lo lejos y cuando miramos hacia abajo, vimos llegar varios camiones de bomberos.

—Ya nos bajan, seguro —dijo Rebeca, cogiéndome de la mano.

Y sí, por suerte después de casi una hora allí arriba, sin saber nada, dos de los camiones comenzaron a desplegar sus cestas con un bombero en cada una de ellas para empezar a bajar gente.

Empezaron por la parte delantera y la trasera, de modo que los que estábamos en los asientos del centro tuvimos que esperar un poco más.

Después de una hora sacando gente, por fin nos tocó a nosotras.

—Ya era hora —dije, siendo el miedo y la angustia quienes hablaban por mí, cuando la cesta llegó a mi lado—. Horas aquí arriba, esto no es normal.

—¿Campanilla? —esa voz, esa maldita voz...

Miré hacia el bombero y cuando se quitó las gafas de sol, vi que efectivamente era Yeray.

—¡Julen! —gritó Rebeca a mi lado al ver aparecer al hermano de Susi en la otra cesta.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó Julen.

—Pues nada, que dijimos: ¿y si vamos al parque de atracciones y nos quedamos tiradas cinco horas en lo alto de la montaña? —respondí volteando los ojos.

—¿Cinco horas? —Yeray arqueó la ceja con una sonrisa de lo más canalla— Solo habéis estado dos horas, Campanilla.

—Dos horas, cinco, ¿qué importa? Bájame de aquí, antes de que no pueda controlar las náuseas y te ponga guapo —exigí desabrochándome el cinturón del asiento y poniéndome en pie.

—Vale, tranquila —me pidió—. Cuidado al subir, ¿sí?

—Pues agárrame, joder, que, si me caigo, mi trágica muerte pesará sobre tu conciencia.

Me subió a la cesta y en un segundo me tenía unida a él por un arnés que puso en mi cintura.

—Tranquila, Campanilla, ya te tengo —susurró—. Siempre te tendré.

Nos quedamos mirando fijamente y sentí el ya conocido escalofrío que me recorría el cuerpo entero mientras sus manos se posaban en mis caderas.

Y allí arriba, lo más cerca que había estado nunca del cielo con ese hombre del que me había enamorado siendo apenas una chiquilla, deseé que me besara como lo hizo una década atrás.

—Estás temblando —dijo atrayéndome aún más a su cuerpo cubierto con el uniforme.

—Son los nervios, y el miedo por estar ahí arriba tanto tiempo.

—¿Podrás andar cuando te deje en el suelo?

—Más me vale, porque no tenía pensado pasar el día arrastrándome por el suelo del parque. Más que nada, porque bonitas me iba a dejar las piernas de raspones y arañazos.

—Tus piernas son preciosas tal y como son —sonrió.

Y ahí estaba de nuevo, mi mente hecha papilla por los halagos y cumplidos que Yeray siempre tenía para mí.

Incluso cuando estaba saliendo con alguno de esos tres novios que tuve, nunca me dijeron un cumplido más allá de su famoso: “Dios, qué tetas, muñeca”, que yo tanto odiaba.

En cambio, Yeray sí me hacía cumplidos cuando me veía aun sabiendo que tenía novio. Mientras él estuvo

saliendo con su novia los cumplidos hacia mí fueron más comedidos, pero nunca me faltaron.

—Quién me iba a decir que acabaría rescatando a mi Campanilla —sonrió.

—Te faltan los leotardos de Peter Pan, porque volar, ya estás volando —reí.

—Por Dios, no me recuerdes ese momento traumático de mi vida. Eso apretaba en cierta parte que era un horror. Por no hablar de cuando... —pero se quedó callado, no siguió hablando.

—¿Sí? —le insté a que siguiera, pero negó con la cabeza.

—Nada, olvídalo. Mira, ya estamos llegando al suelo.

—Estoy por besarlo como hizo el Papa.

—Hombre, mejor que al suelo, bésame a mí, que te he rescatado.

Lo miré con los ojos muy abiertos, pensando que estaba de broma, pero no, no lo estaba, y me lo dejó claro en el momento en el que giró la cara hacia un lado mientras señalaba su mejilla.

Eché un vistazo rápido y vi que estábamos cada vez más cerca de que la cesta llegara al camión, la parasen y me hicieran bajar.

Así que, tras coger aire, me acerqué a Yeray y le di un beso rápido en la mejilla.

—Gracias por venir a mi rescate, Peter Pan —sonreí.

²—Un placer, mi preciosa Campanilla —hizo un guiño y justo en ese momento, la cesta se detuvo.

Cuando al fin pisé suelo firme, Rebeca se acercó para abrazarme y nos quedamos allí viendo a los chicos recoger.

Una mujer que vestía con el uniforme del parque se acercó a nosotras pidiéndonos disculpas, al igual que había hecho con el resto de afectados, y nos dio un par de vales para comer.

—Lamentamos mucho lo ocurrido, pero esperamos que sigan disfrutando del día en el parque —dijo antes de marcharse, y le dimos las gracias.

Julen, Yeray y Carlos, que era uno de los que había manejado las cestas, subieron a los camiones de bomberos

mientras se despedían de nosotras con un gesto de la mano.

La verdad era que ninguna de las dos íbamos a dejar que aquel incidente nos estropeará el día, pero sin duda alguna, el mío había mejorado considerablemente.

Ojalá pudiera atreverme a ser como él, a decirle algunas de esas cosas pícaras que a veces me decía, pero no quería quedar como una tonta, como una chiquilla enamorada del mejor amigo del hermano de su amiga.

¿Alguna vez dejaría de sentir eso que sentía? ¿Podría enamorarme de otro?

Dos preguntas simples, pero para las que yo no podía darme ni una sola respuesta.

mientras se despedían de nosotras con un gesto de la mano.

La verdad era que ninguna de las dos íbamos a dejar que aquel incidente nos estropeará el día, pero sin duda alguna, el mío había mejorado considerablemente.

Ojalá pudiera atreverme a ser como él, a decirle algunas de esas cosas pícaras que a veces me decía, pero no quería quedar como una tonta, como una chiquilla enamorada del mejor amigo del hermano de su amiga.

¿Alguna vez dejaría de sentir eso que sentía? ¿Podría enamorarme de otro?

Dos preguntas simples, pero para las que yo no podía darme ni una sola respuesta.

Capítulo 5



Después de un fin de semana diferente a lo que estaba acostumbrada, empezaba esa mañana de lunes con la energía suficiente para afrontar toda la semana.

En cuanto entré en la clínica preparé las fichas de cada paciente en las respectivas consultas, así como comprobé que tuvieran todo el material necesario para ese día. Eché un vistazo al almacén, anoté lo que había que reponer antes de que nos quedáramos sin suministros, y fui a hacer café para cuando llegaran todos que pudieran tomarse el primero del día antes de una larga jornada.

Estaba terminando de revisar la agenda para la semana, cuando llegó mi hermano.

—Buenos días, preciosa —sonrió y, como siempre desde que trabaja con él, se inclinó a mi lado tras el mostrador para darme un beso en la mejilla.

—Buenos días, hermanito.

—¿Y esa sonrisa? —Arqueó la ceja— Cómo se nota que en nada coges vacaciones.

—Así es, deseando estoy para no ver al jefe, es un gruñón, ¿lo sabías? —puse cara de horror e incluso me estremecí, y soltó una carcajada.

—Ten hermanas para esto —suspiró—. ¿Habéis decidido dónde iréis este año?

—La verdad es que Susi nos acabó quitando la duda. Rebeca pensó que estaría bien irnos a la sierra, pero me dijo que podíamos ir a algún sitio con playa. Le preguntamos a Susi si quería venir con nosotras y como todos los años, se va con Carlos y Yeray a Gran Canaria.

—No me digas más, finalmente será la playa —sonrió.

—Ajá. Julen también va, así que será como un sábado de cena y copas los seis juntos, pero a lo grande —sonreí.

—Eso está bien. ¿Cómo tengo hoy la agenda?

—Llena, como todos.

—Ok, pues voy a por un café, cargadito —me hizo un guiño y fue a la sala de descanso a por su café.

El resto no tardó en ir llegando, Cloe fue la siguiente, como siempre. Al ser la enfermera que asistía a mi hermano decidió llegar casi al mismo tiempo que él, de ese modo se organizaban la agenda entre los dos y preparaban lo necesario para cada paciente.

Yo era recepcionista, pero en ocasiones ayudaba en la consulta si una de las enfermeras se ausentaba por enfermedad o alguna urgencia, incluso las cubría en días que necesitaban hacer gestiones.

La mañana fue pasando rápida, cada consulta me mantenía trabajando sin apenas descanso y seguían llegando los pacientes citados, a quienes volvía a anotar para una nueva revisión a su marcha.

Eran poco más de las doce cuando la puerta se abrió y entró una de nuestras pacientes cargando en brazos a su hijo llorando.

—Señora Frías, buenos días. ¿Tenía cita hoy? —Fruncí el ceño al mirar en la pantalla del ordenador, pues no recordaba haberla visto agendada.

—No, Melisa, no tengo. El niño, que se ha caído de la bicicleta, dándose de bruces contra el suelo, y se ha partido las paletas.

—¡Ay, Dios! —grité poniéndome en pie.

Salí de detrás del mostrador y miré al pequeño Kike, llorando mientras sujetaba una toalla contra su boca que estaba bastante empapada en sangre.

El pobre hasta temblaba, por lo que le acaricié el pelo mientras le decía que estuviera tranquilo, que lo iban a curar pronto.

Los dejé en la sala de espera y llamé a la puerta de Saul, el pequeño era paciente suyo, al igual que todos los niños que venían a la consulta. No era que Ramón y Julia no fueran buenos con los más pequeños, simplemente que mi hermano, tenía buena mano y sabía cómo atenderles sin que tuvieran más miedo del necesario.

—Saul —lo llamé y dejó por un momento lo que hacía en la boca del señor Pérez—. Ha venido la señora Frías con Kike, se ha caído y se ha roto las paletas.

—Imagino que tendrá dolor, llévalo a la sala y ponle un poco de anestesia hasta que lo atienda. Acabo aquí y esto con él.

—Vale.

Cerré la puerta de nuevo y regresé a la entrada, sonriendo mientras el pobre Kike, que apenas si tenía seis años, me miraba con los ojos cubiertos de lágrimas.

Cogí un oso panda de peluche y me acerqué a él.

—Toma, cielo —dije entregándoselo—. Quiere hacerte compañía.

Lo cogió sin dejar de llorar, le besé en la frente y sonreí antes de hablar con su madre.

—Venid conmigo, voy a ponerle un poco de anestesia para el dolor hasta que Saul lo atienda.

La señora Frías asintió y fue detrás de mí por el pasillo hasta la sala que teníamos para atender las urgencias. Sentó a Kike en la camilla, que seguía sosteniendo la toalla contra la boca, al tiempo que abrazaba el peluche, y le secó las lágrimas.

Preparé la pequeña jeringa con anestesia, me senté a su lado tras ponerme la mascarilla y los guantes, y retiré la toalla para ver cómo estaba.

Había mucha sangre, y al mirar bien la zona vi que además de las paletas rotas, de las que quedaba un pequeño pico puntiagudo en una de ellas, había un par de dientes que no se habían caído, pero que se movían y sangraban.

Limpié la zona con agua, la sangre seguía saliendo de la encía, y le di el pinchacito con la anestesia colocándole unas gasas en la encía para que controlara un poco la sangre.

r—Listo —sonreí—. Verás que poco a poco dejas de notar el dolor.

Kike asintió secándose las mejillas cubiertas de lágrimas y mantuvo el oso abrazado en todo momento.

s

Los dejé en la sala y regresé a mi puesto.

Diez minutos después salió el señor Pérez acompañado de Cloe, le di cita para unos días después, le cobré y se marchó con una sonrisa, como todos hacían.

y Escuché a Saul saliendo de la consulta para ir con Cloe a la sala de urgencias, así que entré para recogerla y que estuviera lista para su siguiente paciente mientras ellos se encargaban del pequeño Kike.

—Buenos días, Melisa —saludó Sofia, quien llegaba en ese momento, puntual como siempre, para su cita con Saul.

—Buenos días. Tendrás que esperar un poco —le dije—, Saul y Cloe están atendiendo una urgencia.

—Oh, tranquila —sonrió—. Sabes que cuando vengo lo hago sin prisas, no tengo más reuniones de trabajo hasta después de comer —respondió, sentándose en una de las sillas con el móvil en la mano, que había empezado a sonar con algunas notificaciones—, lo que no quita que tenga que responder al menos a estos tres e-mails —suspiró.

Los pacientes de Ramón y de Julia se marcharon, los siguientes llegaron justo a su hora, y Saul y Cloe salieron de la sala junto con el pequeño Kike y su madre.

—Por suerte esos eran los de leche —comentó mi hermano—, los definitivos tardarán en salir, pero lo harán.

—Muchas gracias, Saul —dijo ella.

—No hay que darlas, es mi trabajo —sonrió—. Y ya sabes, Kike, más cuidado con la bicicleta la próxima vez.

—Vale.

—Tenéis la consulta preparada para la siguiente cita —comenté y mi hermano asintió.

Llamó a Sofia y los siguió hasta la consulta.

Tras terminar de atender a la señora Frías y Kike, que parecía un poco más tranquilo de lo que había llegado, revisé las citas para esa tarde puesto que apenas quedaba media hora para marcharme a comer.

En ello estaba cuando me llegó un mensaje de mi sobrina, diciendo que si nos veíamos cuando acabara de trabajar para ir de compras. Sonreí mientras respondía que sí, que pasaba a buscarla, e íbamos al centro comercial por ese conjunto que había visto para la playa.

Aprovechando que estaba sola llamé a Susi, no tardó en responder.

—¿Cómo está la reina de las alturas? —preguntó nada más descolgar.

—Hola a ti también, ¿eh? —resoplé— Ya se podían haber callado tu hermano y tu novio.

—No, si la que me lo contó fue Rebeca, ayer cuando hablamos.

—¿Qué?

—Dice que casi saludas al Todopoderoso con el dedo —rio.

—La madre que os parió a las dos —cerré los ojos mientras me frotaba la cara—. Te llamaba porque esta tarde vamos Rebeca y yo al centro comercial, por si querías cenar con nosotras.

—Me apunto al plan. ¿Vais de compras?

—Sí, el otro día vio un conjunto de bikini para la playa.

—Sabía que le gustaría en cuanto lo vi —rio—. Lo pusieron el jueves en el escaparate, es de la nueva colección. Tienen un montón de modelos y a cual más bonito. Oye, te dejo que acaba de llegar un cliente. Nos vemos después, te quiero.

—Ok. Y yo.

En cuanto colgué sonreí de nuevo, Rebeca era mi sobrina, pero con Susi tenía la misma confianza que conmigo para descolgar el teléfono y hablar con ella. Éramos sus confidentes, sus consejeras en todo lo que necesitara como haría cualquier hermana mayor que se precie.

Media hora después despedí a los pacientes que salían de sus consultas, recogimos y salimos a comer.

Seguíamos avanzando camino al fin de semana.

.

Aprovechando que estaba sola llamé a Susi, no tardó en responder.

—¿Cómo está la reina de las alturas? —preguntó nada más descolgar.

—Hola a ti también, ¿eh? —resoplé— Ya se podían haber callado tu hermano y tu novio.

—No, si la que me lo contó fue Rebeca, ayer cuando hablamos.

—¿Qué?

—Dice que casi saludas al Todopoderoso con el dedo —rio.

—La madre que os parió a las dos —cerré los ojos mientras me frotaba la cara—. Te llamaba porque esta tarde vamos Rebeca y yo al centro comercial, por si querías cenar con nosotras.

—Me apunto al plan. ¿Vais de compras?

—Sí, el otro día vio un conjunto de bikini para la playa.

—Sabía que le gustaría en cuanto lo vi —rio—. Lo pusieron el jueves en el escaparate, es de la nueva colección. Tienen un montón de modelos y a cual más bonito. Oye, te dejo que acaba de llegar un cliente. Nos vemos después, te quiero.

—Ok. Y yo.

En cuanto colgué sonreí de nuevo, Rebeca era mi sobrina, pero con Susi tenía la misma confianza que conmigo para descolgar el teléfono y hablar con ella. Éramos sus confidentes, sus consejeras en todo lo que necesitara como haría cualquier hermana mayor que se precie.

Media hora después despedí a los pacientes que salían de sus consultas, recogimos y salimos a comer.

Seguíamos avanzando camino al fin de semana.

Capítulo 6



Cuando entramos en la tienda, Rebeca, fue directamente a la pared en la que tenían expuestos todos los conjuntos de la nueva colección.

Ni un segundo dudó en coger justo el que le había gustado, ese con el que entró al probador mientras yo echaba un vistazo a los demás modelos.

Susi tenía razón, cada cual era más bonito que el anterior.

Tonos pastel, blanco con colores más vivos, negro con colores claros o fluorescentes. Preciosos, en serio, y yo indecisa entre dos de ellos.

—Tía —me giré al escuchar a Rebeca y cuando la miré, estaba sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué tal?

—Perfecto —sonreí—. Se amolda a la perfección a tu cuerpo, cariño.

—Me lo llevo —dijo dando palmaditas.

—¿Puedo ayudarte? —ofreció una de las dependientas a mi espalda.

—Oh, no, yo estaba... —Negué, pero al final acabé aceptando que me echara una mano, a fin de cuentas, necesitaba consejo de alguien que pudiera decirme cuál de los dos modelos me sentaría mejor, teniendo en cuenta mi cuerpo con curvas y mis llamativos pechos— No sé por cuál decidirme.

—¿Qué tal por los dos? Ambos sientan muy bien una vez puestos.

—Sí, eso imagino, pero a mí, no lo tengo claro.

—¿Por qué? —sonrió con amabilidad.

—Bueno, es evidente —me señalé el cuerpo.

—La parte de arriba realza el pecho, no importa los voluminosos, grandes o discretos que sean —sonrió buscando mi talla en ambos conjuntos—. Y la parte de abajo se ajusta a la perfección. Además, tienes un cuerpo perfecto.

—Eres buena —reí mientras la señalaba—. Seguro que te llevas buenas comisiones por las ventas.

—Así es —sonrió cuando tenía los dos conjuntos en la mano—. Pero te aseguro que lo que digo es cierto. Eres muy sexy, y podría demostrarte cuánto si no supiera que eres hetero —me hizo un guiño y en ese instante, por cómo me miraba, entendí que le gustaban las mujeres—. Vamos, pruébatelos y ya me dirás cómo te ves.

Me dio los bikinis, acompañados de sus respectivos pareos, y fui a la zona de probadores.

¹

Me miré en el espejo poniendo primero uno y después el otro sobre mi cuerpo, eran bonitos y los colores me encantaban, por no hablar de que resaltarían sobre mi tono de piel ligeramente tostado.

Suspiré, me quité la ropa y cogí primero, el de color blanco con dibujos mezclados en azul oscuro y claro.

Debía admitir no solo que me gustaba, sino que me veía bien con él puesto.

—¿Tía? ¿Puedo mirar? —preguntó Rebeca desde fuera, y abrí la cortina— Ese te queda genial —sonrió.

—¿Seguro?

—Ajá, sí. ¿Has cogido dos?

—Es que no sabía por cuál decidirme —me encogí de hombros.

—Pues ya somos dos, que he visto uno morado con cuadritos rosas, que me encanta.

—¿Te lo has probado?

—Ahora mismo voy —dio palmadas y fue corriendo hacia la pared donde estaban todos.

—¿Qué tal? —miré a la dependienta y sonreí.

—Me gusta, la verdad.

—Te dije que te sentaría bien. ¿Y el otro?

—Voy a probármelo ahora.

Ella asintió cerrando la cortina para darme privacidad de nuevo, me quité el bikini blanco y cogí el azul pastel con topitos rosas pastel y blancos.

La dependienta también tenía razón en ese caso, me quedaba muy bien.

Finalmente nos llevamos cada una dos conjuntos, a fin de cuentas, íbamos a pasar varios días de vacaciones en la playa y era bueno tener repuesto.

Salimos de la tienda cargando con nuestra bolsa y entramos en el estudio de tatuajes donde no tardó en aparecer Teo.

—Hola, chicas —sonrió al vernos—. Susi está acabando con un cliente.

—La esperamos entonces —dije y él asintió antes de volver a su sala, donde también debía estar trabajando.

Eché un vistazo a las fotos de todos los tatuajes que había, y las palabras de Yeray vinieron a mi mente.

Había dicho qué y dónde me quedaría bien un tatuaje, y durante un momento lo pensé.

Hacía tiempo que Susi insistía en que me pusiera en sus manos, en que la dejara tatuarme. ¿Y si lo hacía? ¿Y si me atrevía al fin a dejar que mi mejor amiga hiciera su magia y plasmara su arte en mi piel?

Una media luna con Campanilla sentada en ella, mirándola como si hablaran. Sonreí ante la imagen que me devolvía mi subconsciente.

—Estoy pensando en hacerme un *piercing* —dijo Rebeca, sacándome de mis pensamientos.

—¿Dónde? —pregunté.

—En la oreja.

—Pues háztelo —sonreí.

—¿Y un tatuaje? —entrecerró los ojos al tiempo que fruncía los labios.

—Te daré el consejo que me dieron a mí no hace mucho. Si te haces un tatuaje, que sea algo de lo que no vayas a arrepentirte dentro de unos años.

—Pues, hombre, si me tatuara, “Viva la legión” me arrepentiría, desde luego —volteó los ojos y me eché a reír—. Había pensado en algo que le gustaba mucho a mamá —dijo agachando la mirada.

—¿Qué era?

—Las flores del cerezo.

—Son muy bonitas —sonreí—. Seguro que Susi hace un diseño único para ti.

No hablamos más del tema, yo cogí una de las revistas con los diferentes diseños de tatuajes que mostraban, y ella sacó el móvil.

Sabía que estaba mirando tatuajes de esas flores en internet, y si quería hacerlo estaría de su lado, aun si a mi hermano no le gustase finalmente la idea.

Pero él sabía lo que era ser joven, las locuras que podían llegar a hacerse, así como el haber perdido a nuestro padre, quien para él fue fundamental en su vida.

Lucía y él, tenían diecinueve años cuando descubrieron que estaba embarazada, eso cambiaba mucho sus vidas, pero se enfrentaron a ello con coraje y valentía, siguieron estudiando y trabajando, compaginando ambas cosas con la paternidad.

Rebeca era la niña de sus ojos, la amaba tanto que sabía que el hecho de que se hiciera un tatuaje no sería una tragedia, y mucho menos si con él recordaba a su madre cada vez que lo viera.

Escuché la voz de Susi mientras le daba unos consejos e indicaciones para esos primeros días al chico que apareció con ella por el pasillo, y cuando le cobró, sonrió al vernos.

—Me muero de hambre —dijo dejándose caer en el sofá entre nosotras, con un brazo alrededor de los hombros de cada una.

—Ya somos dos —rio Rebeca.

—¿Qué os habéis comprado? —preguntó cogiendo ambas bolsas y sacó nuestros bikinis nuevos— Por favor, son preciosos. Yo también he comprado dos —sonrió—. Uno verde lima con flamencos rosas, y otro negro con

estrellitas amarillas.

—Vamos a estar las tres monísimas —aseguró Rebeca—. Como esas modelos de trajes de baño posando en la playa, cubiertas de agua y arena.

—Sobre todo si nos da un buen revolcón una ola —volteé los ojos—. Verás qué monas íbamos a estar.

—Pues procura que el revolcón te lo dé una persona en concreto, no una ola —comentó Susi.

—Ya sabes que eso no pasará.

—O sí, si dejas de ser tan negativa. ¿Por qué piensas qué no? Eres un bellezón de mujer, Meli, y Yeray tiene ojos en la cara.

—Para mirar a otras.

—No, el problema es que está ciego y no ve lo que realmente tiene delante. Eso es todo.

—Vale, dejemos de hablar de Yeray, su supuesta ceguera y un supuesto revolcón conmigo. Rebeca quiere tatuarse unas flores de cerezo.

—¿Sí? —preguntó Susi emocionada.

—¿Por qué el cambio de tema tiene que ser hacia mi persona, tía? —Arqueó la ceja.

—Podría hablar del tiempo, pero Susi se interesa más por los tatuajes que por el clima. Mírala, ya está pensando en el diseño —reí.

—¿Susi? —la llamo mi sobrina.

—Si lo dices en serio, mando a tu tía por unas hamburguesas y te tatúo ahora mismo.

—¿Qué?

—Lo que oyes, casi sobrina —rio ella—. ¿Qué me dices?

—Yo... —Rebeca me miró como si me pidiera permiso, por lo que levanté ambas manos para quitarme esa responsabilidad.

—A mí no me mires, es tu decisión, cariño.

—Sí, a ella no la mires, que también pienso hacerle hoy un tatuaje —dijo Susi mirándome—. Así que dime qué quieres, porque lo diseño en lo que traes las hamburguesas.

Ahí estaba otra vez, a la carga tratando de llevarme a su camilla. De nuevo las palabras de Yeray llegaron a mi mente, y podía ver esa media luna con la pequeña Campanilla sentada en ella, observándola, hablando, contándole sus secretos.

—La silueta de campanilla sentada en una media luna mirándola —dije sin mirarla, y se hizo el silencio—. ¿Qué? —pregunté poco después, frunciendo el ceño al ver que me observaban con los ojos muy abiertos.

—¿En serio quieres hacerte un tatuaje? —interrogó Susi.

—Solo si me gusta el diseño. Voy por las hamburguesas.

Salí del estudio dejándolas a las dos allí sentadas, mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

»

Y no era eso, no, sino que a Susi le había pillado por sorpresa que, finalmente, tras tantos años, fuera a dejarla hacerme un tatuaje.

—A mí no me mires, es tu decisión, cariño.

—Sí, a ella no la mires, que también pienso hacerle hoy un tatuaje —dijo Susi mirándose—. Así que dime qué quieres, porque lo diseño en lo que traes las hamburguesas.

Ahí estaba otra vez, a la carga tratando de llevarme a su camilla. De nuevo las palabras de Yeray llegaron a mi mente, y podía ver esa media luna con la pequeña Campanilla sentada en ella, observándola, hablando, contándole sus secretos.

—La silueta de campanilla sentada en una media luna mirándola —dije sin mirarla, y se hizo el silencio—. ¿Qué? —pregunté poco después, frunciendo el ceño al ver que me observaban con los ojos muy abiertos.

—¿En serio quieres hacerte un tatuaje? —interrogó Susi.

—Solo si me gusta el diseño. Voy por las hamburguesas.

Salí del estudio dejándolas a las dos allí sentadas, mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

Y no era eso, no, sino que a Susi le había pillado por sorpresa que, finalmente, tras tantos años, fuera a dejarla hacerme un tatuaje.

Capítulo 7



Lo de que el tiempo volaba, nunca me había parecido tan cierto como en ese momento.

La semana había pasado tan rápida que apenas si me di cuenta del transcurrir de los días, y ya estábamos a sábado. Bueno, mejor dicho, en la noche del sábado.

Susi nos envió un mensaje por la mañana a Rebeca y a mí, para quedar a tomar algo, ella iba a cenar con su chico en casa y después nos encontraríamos en uno de los locales donde solíamos salir habitualmente. Julen y Yeray también vendrían.

Los chicos trabajan durante veinticuatro horas completas y descansaban cuatro días seguidos, por lo que, tras su turno del jueves, estaban en su segundo día libre.

Me puse un vestido que me regaló mi madre, el verano anterior y me encantaba, negro, a la altura de las rodillas y de tirante ancho. Quedaba entallado y con él me veía bien.

Lo acompañé de unas sandalias de tacón del mismo color, maquillaje natural con los labios rojos, y el pelo suelto en ondas.

Tras un último vistazo en el espejo, me eché a la calle y cogí el coche para ir al encuentro de mis amigos.

Rebeca me dijo que la acercaba mi hermano, había quedado con unos antiguos compañeros de universidad a tomar algo y le pillaba de camino, así que fui directa al local. Por suerte contaba con un aparcamiento subterráneo donde dejar el coche, de lo contrario, me podría pasar más de veinte minutos buscando aparcamiento.

En cuanto entré me envolvió la música, y al ritmo de Thalía caminé hacia la barra donde Rebeca me dijo con un mensaje que estaban todos.

—¡Aquí llega la reina de la noche! —gritó Susi al verme.

—Estás loca —reí mientras me abrazaba.

—Es sábado y mañana no tengo que currar, me voy a beber todo el tequila y el vodka caramelo que pueda.

—Más vale que solo tengan para un par de copas de cada —volteé los ojos.

Saludé al resto y Yeray se quedó el último. Estaba apoyado en la barra con el codo, dando un sorbo a su copa, observándome con atención. Me recorrió un escalofrío y sentí que me ardían las mejillas ante aquellos ojos verdes recorriendo milímetro a milímetro mi cuerpo.

—Hola —sonreí acortando la distancia para darle un par de besos.

—Estás preciosa esta noche, Campanilla.

—Gracias.

—¿Qué tomas?

—Un mojito.

Yeray asintió y tras llamar al camarero y pedir mi bebida, noté que apoyaba la mano izquierda en mi cadera. Tragué con fuerza y procuré por todos los medios no temblar, que no notara lo nerviosa que me ponía con su sola presencia, por no hablar de mis mejillas, que, si se ponían de un bonito color rojo cereza, se me vería aún con la tenue luz de aquel lugar.

El camarero dejó mi bebida en la barra, sonreí antes de que se marchara y cogí el vaso para dar un sorbo, Dios sabía lo mucho que necesitaba mantener las manos ocupadas en ese instante, y la mente lejos de lo que ocurría.

Que Yeray moviera los dedos despacio y distraídamente sobre mi cadera, no ayudaba a que yo hiciera como que no estaba allí, que no pasaba nada y que no me llevaba a pensar en esos mismos dedos en otra zona de mi cuerpo, una década atrás.

—Así que, vamos todos a pasar las vacaciones en Gran Canaria —dijo Carlos con una amplia sonrisa mirándome.

—Eso parece —le devolví el gesto.

—Os va a encantar, chicas —nos aseguró Susi—. Yo me vine enamorada de aquella isla.

—¿De la isla o de una persona en concreto? —reí.

—De ambas —respondió mirando a Carlos y él, la besó.

—Creí que ya estabas enamorada de él cuando te invitó a pasar el verano en su hotel —dijo Julen.

—Y lo estaba, hermanito, pero vine aún más enamorada —le sacó la lengua haciéndole una burla.

—Mi madre está deseando conoceros, de todo lo que nos ha oído hablar de vosotras.

—Espero que cosas buenas —arqueé la ceja.

—Sí, sí, tranquila —rio él.

—Van a ser unas vacaciones inolvidables, ya lo veréis, chicas —dijo Susi con su perfecta sonrisa.

—Eso seguro —respondió Rebeca.

Empezó a sonar la melodía de una canción de Maluma que nos gustaba a las tres y nos lanzamos a la pista a bailar.

Desde que Susi la escuchara por primera vez, siempre que le decía que no me veía bien con algo, ella me cantaba esa parte que, sabía, entonaría a continuación.

—*¿Qué te hace falta? Dime tú, si brillas en la multitud...*

Las tres nos dejamos llevar por la música, el momento y la voz de Maluma, mientras nos sentíamos reinas por una noche.

Hasta que noté unas manos en mis caderas y no me hizo falta girarme para saber de quién eran. Pero, aun así, miré por encima del hombro para encontrarme con Yera pegado a mí, mientras nos mecía de un lado a otro con los ojos fijos en los míos.

“Mami que tú eres una reina, mírate bien. Que hasta el espejo se sorprende cuando te ve...”

En sus manos, ante sus ojos, me sentía así, siempre lo había hecho, como si él de verdad mirara más allá de mi apariencia, pero eso no significaba que él me viera como a las mujeres con las que había salido a lo largo de los

años que hacía que nos conocíamos.

No era su tipo, y eso lo tenía claro.

Me hizo girar y tras coger mis manos las llevó alrededor de su cuello, volviendo a dejar una de las suyas en mi cadera mientras con la otra me acariciaba la mejilla.

Sonrió antes de que esa mano regresara a mi cadera, me sonrojé y aparté la mirada de él, sabiendo que, si la mantenía mucho tiempo, acabaría sonrojándome, más de lo que ya estaba, quería decir.

Carlos y Susi, se estaban besando mientras la música les guiaba en ese baile lento, mientras Julen y mi sobrina, bailando entre nosotras, hablaban y sonreían.

—¿Qué tienes aquí? —preguntó Yeray apartando un poco el tirante de mi hombro derecho, revelando el tatuaje que Susi me había hecho— Vaya —abrió los ojos ante la sorpresa—. ¿Al final te has decidido?

—Eso parece —sonreí.

—Una media luna —dijo sin apartar los ojos, y deslizó la yema del dedo por el tatuaje.

—Y Campanilla, y pequeñas estrellas —añadí.

—Me gusta.

—Susi, que es una artista.

Cuando acabó la canción los demás regresaron a la barra, y cuando yo iba a hacer lo mismo, Yeray me cogió de la mano tirando de mí, hasta que nuestros cuerpos chocaron.

Lo miré con el ceño fruncido y siguió bailando esa nueva canción sin dejar que me alejara.

—Hace mucho que no hablamos, Campanilla —dijo.

—Hablamos el otro día.

—Me refiero a hablar de ti, de mí, de nosotros, nuestras vidas. ¿Cómo te va en la clínica?

—Ah, bien —sonreí—. Tengo el mejor jefe del mundo.

—¿Y sales con alguien? —interrogó.

—No —negué al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. Desde... Guille —aparté la mirada.

—¿Guille? —Frunció el ceño— Pero eso fue hace dos años.

—Sí.

—Vaya.

—¿Y tú? ¿Estás con alguien?

—No, Carolina fue la última relación seria, solo he tenido rollos, ya sabes —se encogió de hombros.

Asentí y miré hacia la barra, aquello se sentía un poco incómodo, la verdad. Llevaba tanto tiempo con esos sentimientos por él, que el hecho de que otra recibiera sus caricias me hacía sentir extraña.

No era nada mío, tan solo un amigo, pero si eso pudiera cambiar algún día...

Lo único que había hecho era lo mismo que él, salir con otras personas que me habían gustado, a quienes llegué a apreciar, tener cariño y querer, aunque no del modo en el que una persona debía querer a su pareja.

Susí una vez me dijo que se podía tener sentimientos por dos personas al mismo tiempo, y comprobé que así era, solo que los que tenía hacia Yeray, eran mucho más intensos que por ellos.

—Pues parece que siempre hemos estado en pareja al mismo tiempo —comentó—, y sin ella también.

—¿Sí? —Abrí los ojos ante esas palabras— No me había dado cuenta.

—Ajá, sí. Bueno, en pareja o con amigas —sonrió.

—Muchas amigas has tenido entonces —reí.

—He perdido la cuenta.

—¿Recuerdas siquiera sus caras? —Arquee la ceja.

—Algunas, otras solo fueron chicas de una noche y no, no las recuerdo.

—Vale, no tenía que haber preguntado —suspiré.

—¿Tú recuerdas la cara de los chicos con los que solo tienes sexo de una noche, Campanilla?

—No he estado nunca con un chico de una sola noche.

—No te creo.

—Puedes hacerlo, yo... —tragué con fuerza y me quedé callada, quise decirle que ni siquiera debería haber salido con aquellos tres novios que tuve, que siempre quise que fuera él quien estaba conmigo, pero no lo hice— Tengo que ir al baño, lo siento.

Me aparté y salí tan rápido como me permitieron mis piernas.

Necesitaba estar lejos de él, lejos de sus manos, de su mirada, de su olor.

Entré en el cubículo y me apoyé en la pared para coger aire, cerré los ojos y podía sentir el hormigueo en la zona donde habían estado sus dedos.

Al igual que diez años atrás, cuando me tocaba y todo mi cuerpo se erizaba con cada centímetro de piel que avanzaba.

—¿Meli? —me sobresalté al escuchar la voz de Susi.

—Aquí —dije abriendo la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rebeca.

—¿Estás bien? Has salido corriendo como si te persiguiera Satanás.

—Estoy bien, Susi, solo necesitaba un poco de soledad.

—Se os veía bien juntos ahí fuera —sonrió mientras hacía un leve gesto con la cabeza hacia fuera de aquel cuarto de baño.

—Solo bailábamos. Ah, y le ha gustado el tatuaje.

—Es que es precioso. Todo el que se pone en mis manos, acaba luciendo una jodida obra de arte —hizo un guiño y volteé los ojos mientras me reía.

—Volvamos con los chicos, anda —dije dando un paso hacia la puerta.

—¿Seguro que estás bien, tía?

—Sí, Rebeca, lo estoy.

, —Yeray...

—Con él también estoy bien, ¿de acuerdo? Somos amigos, siempre lo hemos sido y siempre lo seremos.

Ambas asintieron y salieron detrás de mí, al pasillo. Mientras regresábamos con los chicos me decía a mí misma esas palabras que me repetía una y otra vez desde que supe que sentía algo por el mejor amigo del hermano de Susi.

Somos amigos, siempre lo hemos sido y siempre lo seremos. No soy su tipo, y él tampoco debería ser el mío.

Cuando llegamos a la barra Yeray me ofreció un nuevo vaso de mojito, sonreí al cogerlo y se inclinó para susurrarme al oído mientras su mano descansaba en mi cadera.

—Supuse que te apetecería otro, después de esos bailes.

—Supones bien —asentí sonriendo.

—¿Estás bien?

—Ajá, perfectamente.

—¿Seguro? Te has ido tan rápido y de repente...

—Me hacía pis, y mucho —mentí al tiempo que me encogía de hombros.

—Ah, contra la vejiga llena no se puede hacer nada —dijo, y me eché a reír.

Ese era el hombre que nunca podría dejar de gustarme, el que me sacaba más de una sonrisa incluso en algunos

momentos grises.

Siempre recordaría el día en el que mi relación con Guille terminó, cuando les dije que él literalmente me había dicho que no podía seguir saliendo con una cara bonita de tetas grandes sin el cuerpo de una modelo. Yeray apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos, y tras algunas palabras poco corteses hacia él por parte del resto, él puso la puntilla haciendo que todos nos quedáramos en silencio.

—¿Se ha mirado él en un espejo? Porque con la nariz de águila que tiene, no está para criticar a nadie.

Le miramos serios, hasta que sonreí porque sabía que estaba bromeando. Guille no tenía nariz de águila, al menos no lo pensaba hasta que vi una de nuestras viejas fotos y comprobé que sí, que mi ex, tenía nariz de águila.

El resto de la noche Yeray estuvo muy pendiente de mí, me buscaba para bailar y no perdía la ocasión de apoyar una de sus manos en mi cadera.

¿Cuándo fue la última vez que estuvimos tan juntos en una de esas noches en las que salíamos los seis?

Meses, y como siempre, poco después me enteraba de que estaba liado con alguna chica con la que solo tenía una relación de sexo.

Solo que, a diferencia de las otras, esta vez sí que estaba preparada para ello.

momentos grises.

Siempre recordaría el día en el que mi relación con Guille terminó, cuando les dije que él literalmente me había dicho que no podía seguir saliendo con una cara bonita de tetas grandes sin el cuerpo de una modelo. Yeray apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos, y tras algunas palabras poco corteses hacia él por parte del resto, él puso la puntilla haciendo que todos nos quedáramos en silencio.

—*¿Se ha mirado él en un espejo? Porque con la nariz de águila que tiene, no está para criticar a nadie.*

Le miramos serios, hasta que sonreí porque sabía que estaba bromeando. Guille no tenía nariz de águila, al menos no lo pensaba hasta que vi una de nuestras viejas fotos y comprobé que sí, que mi ex, tenía nariz de águila.

El resto de la noche Yeray estuvo muy pendiente de mí, me buscaba para bailar y no perdía la ocasión de apoyar una de sus manos en mi cadera.

¿Cuándo fue la última vez que estuvimos tan juntos en una de esas noches en las que salíamos los seis?

Meses, y como siempre, poco después me enteraba de que estaba liado con alguna chica con la que solo tenía una relación de sexo.

Solo que, a diferencia de las otras, esta vez sí que estaba preparada para ello.

Capítulo 8



Ese martes salí a tomarme mi descanso a la cafetería que había a un par de calles de la clínica.

Era una monería, decorada en tonos blancos y colores pastel, con un enorme cupcake en el letrero donde podía leerse el nombre. Mesas y sillas blancas de hierro forjado y en todas sus mesas, un pequeño jarrón con flores.

Fui hasta el mostrador y pedí un café con leche y un par de cupcakes de chocolate y de vainilla, esperé mi pedido y cuando Fátima me lo entregó, me senté en una de las mesas junto al ventanal.

Me gustaba sentarme allí, ver a la gente pasar, yendo de un lado al otro. Todos iban con prisa y el móvil en la oreja.

La vida de los empresarios y ejecutivos podía ser de lo más estresante, por lo que veía.

Di un sorbo al café y sentí el toque de vainilla que Fátima le ponía siempre.

Estaba a punto de darle un bocado a uno de los cupcakes cuando mi móvil empezó a sonar.

—¿Mamá? —pregunté al descolgar.

—Hola, cariño. ¿Te pillo bien?

—Estoy en el descanso, dime.

—¿Tú podrías llevarme esta tarde al centro comercial? Es que he empezado a hacerle una colchita a la nieta de Pilar, y me he quedado sin lana. Y ya de paso quería coger otros colores para unos patucos.

—Claro, mamá —sonreí—. Cuando salga de la clínica paso a buscarte.

—Gracias, hija. Qué haría yo sin vosotros.

—Lo mismo que nosotros sin ti.

—Te dejo que te tomes el café. A la tarde nos vemos, mi niña. Te quiero.

—Y yo.

Colgué mientras sonreía y por fin le di un bocado a mi cupcake, esponjoso y con ese sabor a chocolate que tanto me gustaba.

Iba a empezar a comerme el segundo cuando se escuchó una explosión demasiado cerca.

Todos nos agachamos y comenzamos a meternos bajo las mesas, mirando a un lado y otro, a ver qué ocurría hasta que vimos a gente corriendo por la calle.

Cuando vi que el peligro parecía haber pasado, salí de la cafetería y comencé a caminar de vuelta a la clínica.

En cuanto doblé la esquina que me llevaba hasta ella, me paré en seco al ver las llamas saliendo del bar que había dos puertas más arriba de mi trabajo.

Empecé a correr temiéndome lo peor, si el fuego alcanzaba la clínica...

No quería ni pensar en esa posibilidad, pero por Dios que, si eso pasaba, no estaba lista para perder a mi hermano.

La policía ya estaba por allí y en cuanto me vieron acercarme, uno de ellos me cortó el paso cogiéndome por la cintura.

—No puede pasar, señorita. Es peligroso —me dijo.

—Trabajo en la clínica dental, mi hermano está ahí dentro —grité mirando hacia la clínica, donde sin duda alguna ya no había cristales, habían saltado por los aires.

—Lo siento, pero no puedo dejarla pasar. Los bomberos están de camino.

Los bomberos. Yeray.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y me fui hacia la parte el borde de la acera, casi en la carretera, para ver

los daños de la clínica.

Lo peor era que el fuego podría propagarse y alcanzar su interior. Saul seguía dentro.

—¿Campanilla? Estoy trabajando, ahora...

—¡Yeray, no me cuelgues! ¿Vas al incendio del restaurante?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—La clínica —dije—. El restaurante que está en llamas es el que hay a solo unos metros de la clínica. Mi hermano sigue dentro.

—Joder. ¡Pisa a fondo, Ricardo! —exclamó y después escuché cómo se cortaba la llamada.

Había gente grabando con los móviles, y para mi sorpresa la televisión ya estaba allí. Llamé a mi madre para que no se asustara al ver las noticias que estarían a punto de poner, al igual que a Rebeca, y les dije que los bomberos ya estaban de camino para apagar el incendio.

Mi sobrina se lo tomó con un poco más de calma, se le notaban los nervios en la voz, pero sabía que todo acabaría pronto.

En cambio, mi madre, lloraba mientras le pedía a Dios que no le pasara nada a su hijo.

Me extrañaba que no hubiera salido ninguno de la clínica, ya deberían estar en la calle después de todo el tiempo que había pasado. Por lo que me preguntaba si estaban bien, si la explosión había sido tan fuerte como había parecido desde la cafetería, y si se encontraban heridos e inconscientes.

No tardé en reconocer el sonido de las sirenas de los camiones de bomberos acercándose, y unos minutos después ahí estaban los dos.

Busqué a Yeray con la mirada y supe quién era en cuanto vi a uno de los bomberos mirar hacia mí.

Me acerqué tanto como me permitió el policía que estaba allí haciendo de cordón humano impidiendo el paso.

—¡Yeray! —lo llamé y se acercó.

—Meli, ¿estás bien?

—Sí —asentí—. Yo, salí a desayunar fuera. Escuché la explosión, pero no pensé que fuera aquí. Mi hermano...

—Tranquila, ¿vale? —me pidió acariciándome la mejilla— Voy con el resto.

Lo vi marcharse corriendo y hablar con sus compañeros. Reconocí a Julen y Carlos, porque me miraron y después echaron un vistazo a la clínica.

Me mataba la incertidumbre, necesitaba saber cómo estaba Saul.

Mientras veía a dos bomberos tratar de controlar el fuego con las mangueras, marqué el número de mi hermano y esperé, recé, mejor dicho, para que contestara, pero no lo hizo.

Yeray, Julen y Carlos, entraron en la clínica después de hablar con su superior, y nunca antes había sentido que el tiempo pudiera pasar tan despacio.

Nadie salía, el fuego no se extinguía y los bomberos que habían entrado en el portal situado entre el restaurante y la clínica para comprobar que todos los que vivían allí estaban en la calle por si las llamas alcanzaban sus casas, salieron en ese momento.

Mis ojos iban desde el fuego hasta la clínica, donde los cristales de la puerta y los ventanales no estaban, se habían hecho añicos y reposaban en el suelo.

Y entonces vi a alguien salir. No sabía cuál de los tres era, dado que llevaba la máscara del casco puesta, pero llevaba el cuerpo de una mujer en brazos.

—¡Noelia! —grité al reconocerla cuando la dejó en el suelo.

Por suerte las ambulancias ya habían llegado y se acercaron a atenderla.

Los otros dos chicos salieron llevando a Celia y Julia, mientras el primero corría de nuevo dentro. Cloe, Saul y Ramón aún seguían dentro.

—Por favor —comencé a murmurar—. Por favor Dios, que estén bien.

Y cuanto más tiempo pasaba sin que salieran, más nerviosa me ponía.

Hasta que vi que uno de los tres cargaba a Cloe en brazos, Saul le seguía de cerca con el brazo en cabestrillo, y los

otros dos ayudaban a Ramón que cojeaba.

—¡¡Saul!! —grité y empecé a llorar al ver que estaba bien.

En cuanto los llevaron a él y a Cloe a la ambulancia, corrí hasta ella ignorando al policía que me gritaba que no ; podía pasar.

—¡Saul! —me recibió con un abrazo.

—Estoy bien, cariño —dijo.

—No le mientas, colega —miré a Julen, que se acercaba en ese momento.

—¿Qué te pasa, Saul?

—Me he roto el brazo.

—Evité que el armario le cayera a la chica encima —señaló Yeray mirando a Cloe.

—Dios mío. ¿Y los demás?

1

—Ramón tiene la pierna rota —contestó mi hermano—. Las chicas están todas bien. Nos pilló en la sala de descanso, pero no podíamos abrir la puerta.

—Cloe, ¿cómo estás? —le pregunté al ver que me miraba.

—Creo que tu hermano me ha roto una costilla —dijo y todos la miramos con los ojos muy abiertos.

—No me jodas, pequeña —contestó mi hermano.

—Es broma, estoy bien —sonrió mirando a mi hermano, con un brillo diferente en los ojos.

—Gracias a Dios —suspiró Saul.

—Me quedé sin aire un momento por el impacto contra el suelo, pero podría haber sido peor.

3 —Vamos, tienen que llevarte al hospital —le dijo Julen a mi hermano.

—Vas a estar un tiempo de baja, jefe —elevé ambas cejas.

—Haré trabajo de oficina, Julia tendrá que encargarse de mis pacientes y los de Ramón estos días hasta que cerremos.

—¿Y después? —interrogué— Porque no creo que tengas la baja para solo dos semanas.

—Buscaré a alguien que nos cubra a Ramón y a mí —suspiró.

—Ya sabes que puedo encargarme yo también.

—Lo sé.

Cuando subió a la ambulancia para que les llevaran al hospital, llamé a mi madre para decirle lo ocurrido.

El fuego había conseguido ser extinguido y cuando entraron al bar, por suerte no había nadie.

Al parecer todo apuntaba a un cortocircuito en la instalación eléctrica. La explosión fue por la rotura de los cristales.

—¿Necesitas algo, Campanilla? —me preguntó Yeray.

—No, voy a llamar al seguro para ver qué pueden hacer —me encogí de hombros.

—Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? Lo que sea —me acarició la mejilla y nos quedamos mirando fijamente.

En sus ojos vi la calma que quería transmitirme, se lo agradecía, de verdad que sí. Asentí y lo vi marcharse para seguir trabajando con sus compañeros.

Cuando por fin me cogieron el teléfono los del seguro, dijeron que enviaban a alguien de urgencia para ver los daños que había, aparte de los visibles por los cristales.

Me senté a esperar en uno de los bancos cercanos y empezó a sonar mi móvil, era Susi.

—Hola —respondí.

—Por el amor de Dios, ¿estás bien? Estoy viendo las noticias ahora mismo, joder, es como si os hubiera caído un rayo en las ventanas.

—Bueno, supongo que la onda expansiva del fuego del al lado hizo esto —suspiré.

—¿Pero estás bien?

—Sí, lo estoy. Los demás, no tanto.

—¿Qué quieres decir?

—Saul tiene el brazo roto, o dislocado, no sé, y Ramón la pierna. Las chicas al menos están bien. Yo había salido a desayunar fuera.

—Madre mía, cariño, menos mal que estáis todos bien, dentro de lo malo que podía haber sido.

—Sí —suspiré—. Los chicos aún están trabajando aquí.

—¿Qué chicos?

—Tu hermano, tu novio y su amigo.

—Ah, los bomberos sexys, no sabía que los habrían llamado a ellos.

—Son quienes han sacado a todos de la clínica.

—¿Dónde estás ahora?

—En la calle sentada, esperando a que llegue la persona que envían los del seguro. Hay que dejar esto arreglado cuanto antes, y llamaré a los pacientes del resto del día para anular las citas.

—¡Tía Melisa! —miré hacia la izquierda y vi a Rebeca corriendo.

—Oye, tengo que colgar, Rebeca está aquí.

—Vale, claro. Ten cuidado cuando entres ahí dentro, ¿sí?

—Lo tendré, tranquila. Adiós —dije, y colgué.

—Esto parece sacado de una peli —escuché que decía Rebeca.

—¿Qué haces aquí? —me puse en pie.

—Echarte una mano. Hablé con la abuela y dijo que seguro que pensabas quedarte a anular citas y limpiar todo este desastre. Mejor cuatro manos que dos —hizo un guiño y sonreí.

—Gracias, cariño.

—¿Podemos entrar ya?

—No, aún no. Estoy esperando a que llegue alguien del seguro, que vea y valore todo, supongo que los cristales podrán reponerlos.

—Vale, entonces esperamos —dijo mirando hacia los camiones de bomberos, uno de ellos la saludó con la mano y me miró extrañada—. ¿Ese bombero está ligando conmigo?

—No creo, es uno de los chicos.

—¿Han venido ellos?

—Ajá.

—Vale, entonces no se trata de un bombero guapo y sexy que quiere invitarme a un café —suspiró, un poco dramáticamente.

—Hola, preciosa —miramos a Julen y sonrió cuando se acercó.

—¿Me has saludado tú? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Sí. ¿No me has reconocido? —Julen arqueó la ceja.

—Es que me he dejado las gafas en casa, salí corriendo y...

—Ya, no ves bien de lejos —rio él.

—Exacto.

—Tendré que quedarme con unas gafas de repuesto para cuando nos veamos, y que puedas reconocirme.

—Si estás cerca sí te reconozco —sonrió.

—Pero de lejos no, ¿y si me confundes con otro y se acerca a ti pensando que quieres hacer cosas malas con él?

—Eh, yo... —muda, así se quedó mi sobrina, y yo con la boca abierta— Huy, me llaman —dijo sacando el móvil del bolsillo mientras se alejaba.

¿La llamaban? Sería mentirosa, si no había sonado. Y ella nunca, bajo ningún concepto, ponía el móvil en silencio.

Julen sonrió al verla alejarse y yo lo miré con la ceja arqueada.

—¿Estás ligando con mi sobrina de veinte años, Julen? —pregunté cruzando los brazos.

—¿Tan malo sería? Es una niña encantadora —respondió sin dejar de mirarla, y ella, que fingía hablar por teléfono, se colocó el pelo detrás de la oreja mientras se sonrojaba.

—¿Te gusta?

—¿Y a ti Yeray? —preguntó en respuesta mirándome al fin, con la ceja arqueada.

Aquello me pilló tan de sorpresa, que me sobresalté y sentí que me quedaba sin aire. ¿Es que Susi se lo había contado? No podía ser, mi mejor amiga no me podía haber fallado de ese modo, ¿verdad?

Por suerte en ese momento llegó la persona que el seguro había enviado, y me libré de tener que responderle.

Julen se fue con los demás y yo entré en la clínica con aquel hombre que tendría unos cincuenta años.

Rebeca se unió a nosotros poco después y, tras un recorrido por la clínica evaluando los daños, llamó al seguro para pedir que enviaran un equipo de limpieza y un cristalero. Eso era lo más urgente, ya que no había daños de estructura.

Me pidió que hiciera una lista con los materiales y muebles que hubieran resultado dañados y fueran inservibles, y hablaría con el seguro para que nos lo abonaran cuanto antes, una vez le enviara las facturas.

Nos despedimos una vez me dio su tarjeta y Rebeca y yo, empezamos a llamar a los pacientes que teníamos agendados para el resto del día y el día siguiente, reacomodándolos para horas libres dos días después.

—Hasta que nos vayamos de vacaciones, vendré a echar una mano —dijo—. Me puedo quedar en la recepción, o como enfermera asistente.

—Genial, tu padre no va a quedarse en casa, me ha dicho que hará trabajo administrativo.

—Bueno, él puede hacer de mi asistente mientras hago un empaste —rio.

—Tu padre no puede mirar, eso le pone de los nervios. Va a ser la convalecencia más tediosa de la historia, para nosotras.

—Menos mal que son solo unos días, y cerráis por vacaciones.

Sí, menos mal, porque de lo contrario, mi hermano no descansaría.

Nos despedimos una vez me dio su tarjeta y Rebeca y yo, empezamos a llamar a los pacientes que teníamos agendados para el resto del día y el día siguiente, reacomodándolos para horas libres dos días después.

—Hasta que nos vayamos de vacaciones, vendré a echar una mano —dijo—. Me puedo quedar en la recepción, o como enfermera asistente.

—Genial, tu padre no va a quedarse en casa, me ha dicho que hará trabajo administrativo.

—Bueno, él puede hacer de mi asistente mientras hago un empaste —rio.

—Tu padre no puede mirar, eso le pone de los nervios. Va a ser la convalecencia más tediosa de la historia, para nosotras.

—Menos mal que son solo unos días, y cerráis por vacaciones.

Sí, menos mal, porque de lo contrario, mi hermano no descansaría.

Capítulo 9



Último fin de semana en casa antes de las vacaciones.

Era sábado y después de haber pasado esas dos semanas trabajando prácticamente sin descanso en la clínica para cubrir a Saul y a Ramón, además de reponer lo que se había perdido tras el incidente, necesitaba un respiro.

Saldríamos el lunes temprano, Rebeca se quedaría conmigo el fin de semana y Susi dijo que pasarían a recogerme en una furgoneta taxi que había reservado. Pero ahora tocaba ir a comer a casa de mi madre.

Aquello era una especie de tradición para ella desde que Rebeca cumplió los dieciocho años y decidimos irnos solas de viaje. Daba igual si era a pasar solo unos días cerca de casa, la Semana Santa en un pueblito de España, o las vacaciones de verano en otra ciudad.

Era mamá gallina, siempre preocupada por sus polluelos y pendiente de todos nosotros.

Cuando entré en la que había sido mi casa hasta que decidí independizarme, se me hizo la boca agua con el olor de la paella que había preparado.

—Eso huele que alimenta —dije desde la puerta de la cocina.

—Hija, ya está aquí —sonrió girándose y se acercó para darme un beso—. Tu hermano y la niña llegarán un poco más tarde.

—¿Ha pasado algo?

—Rebeca dijo que tenía que pasar por la farmacia por pastillas para el viaje.

—Es verdad, me lo comentó ayer. Bueno, voy poniendo la mesa —mi madre asintió y siguió con lo que hacía, que no era otra cosa que desmoldar su famoso *pudding*.

Cuando acabé de poner la mesa fui hacia el mueble en el que reposaban las fotos familiares. Cogí la del día de la boda de mis padres y sonreí mientras deslizaba el dedo por la imagen.

Mi padre había sido un pilar importante para todos, y desde que se había ido, el vacío que quedaba era mucho más grande de lo que pudiéramos soportar.

En muchas ocasiones lo había necesitado, quería su consejo, su consuelo, y fue Saul quien me lo dio durante aquellos años en los que no contaba con él, con su experiencia y sabiduría.

—Estaría muy orgulloso de vosotros —dijo mi madre a mi lado.

—Lo sé. Siempre dijo que Saul llegaría a ser un buen dentista —sonreí.

—Eras su niña, y te adoraba. Llegaste tan de sorpresa, en un momento tan difícil para nosotros, que prometió protegerte de todo lo malo que existiera en el mundo.

Asentí mientras dejaba la foto en su lugar, sabiendo a lo que se refería.

Cuando mis padres se enteraron que mamá estaba embarazada, Saul tenía once años y medio. Yo era el tercer embarazo, habría sido la pequeña de tres hermanos si Víctor no nos hubiese dejado cinco meses antes.

Solo tenía seis años, estaba jugando en el parque con sus amigos, se les escapó la pelota y él corrió tras ella. El conductor no lo vio salir, no pudo frenar a tiempo y... Perdimos a mi hermano.

Miré su fotografía, esa en la que sonreía junto a Saul, se parecía tanto a él, que estaba segura que hoy en día sería difícil no pensar que se trataba de un par de mellizos.

Mi padre solía decirme que era igual de curiosa que Víctor, que cuando me miraba, parecía que podía verlo a él mientras leía esos libros de aventuras con los que tanto disfrutaba.

No pude conocerlo, pero me habían hablado tanto de él, que era como si hubiera crecido a su lado.

—Vuestro padre soñaba con veros a todos convertidos en adultos de provecho, felices, con vuestras propias familias, pero se fue demasiado pronto —suspiró.

—Se fue cuando se tuvo que ir, mamá, ni antes, ni después. Es triste, pero como solía decir Lucía en palabras de su abuela: “desde el momento en el que nacemos tenemos el destino escrito y en él está el día en que debemos marcharnos de este mundo”.

—Lo sé, hija. Nadie puede hacer nada contra esa fecha concreta, llega cuando tiene que llegar —suspiró.

—Te quería mucho —dije rodeándola con el brazo.

s

—Y yo a él —sonrió.

—¿En qué piensas con esa risita de niña traviesa, mamá? Por favor, no me digas que es algo sexual, que no quiere esa imagen en mi mente.

—No, cariño —cogió la foto más antigua que había en aquel mueble, una en la que mis padres eran demasiado jóvenes—. Pensaba en lo curiosa que es la vida. En cómo dos personas que siempre estuvieron unidas por una fuerte, sincera y profunda amistad, acabaron casándose.

—¿Papá y tú erais amigos? —fruncí el ceño— Creí que esa foto era de cuando empezasteis a salir.

—No —volvió a sonreír como si estuviera en aquel momento, en el día y a la hora en que fue tomada la foto—. Tu padre y yo nos conocíamos de toda la vida. Teníamos amigos en común que nos presentaron y solíamos salir todos juntos en grupo. Él tuvo sus novias, y yo tuve un novio durante algunos años con el que la cosa no acabó muy bien. El día que nos hicieron esta foto, hacía solo unas semanas que había roto con mi novio después de que me dijera cosas muy feas y me confesara que estaba viéndose con otra chica. Nadie supo nada hasta ese día, me lo guardé todo para mí y ponía excusas de por qué no salía con nosotros. Lo vimos con la otra, mi mejor amiga me abrazó al verme llorar y tu padre fue a por él. Le dijo que como hombre no valía nada, que no sabía lo que había perdido y que más le valía no intentar recuperarme nunca porque él no se lo permitiría.

—Eso me suena a papá, sí —sonreí.

—Tu padre vino a mí, me abrazó mientras acariciaba mi cabello y besaba mi cabeza, diciéndome que ese idiota no merecía mis lágrimas. Cuando me aparté para darle las gracias, me miró de un modo distinto, y entonces me besó por primera vez. Me dijo que había sido un tonto por no querer ver que lo que sentía por mí, era algo más que amistad. Ese día comprendí que yo había estado sintiendo lo mismo por él, pero siempre había otra chica en su vida, y yo también tuve novio —se encogió de hombros.

—Con Yeray no me pasará lo mismo, mamá —suspiré, puesto que ella sabía lo que yo sentía por el mejor amigo del hermano de Susi desde mucho antes que yo misma quisiera verlo—. No soy su tipo de mujer.

—Eso no lo sabes, cariño. Mira tu padre y yo, siempre amigos, y pensaba como tú, que no era su tipo porque salía con chicas más... exuberantes. Y al final, padres de tres hijos y abuelos de una preciosa nieta. Melisa —miré a mi madre, que sonreía de ese modo tan tierno y maternal—, uno no elige de quién se enamora, simplemente sucede.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Rebeca desde la entrada, y no tardamos en escuchar las ruedas de su maleta siendo arrastrada por el pasillo.

—Como decía tu padre, la vida da muchas vueltas, y siempre acaba poniendo a cada persona y cada situación en el momento y lugar correctos para que quien tenga que encontrarlos, lo haga.

, —Cómo huele esa paella, abuela —dijo mi sobrina, entrando en el salón.

—Mejor sabrá, hija —rio ella, mientras iba hacia la puerta para abrazarla y darle un beso—. ¿Cómo estás, hijo?

—Bien, y sabes, deseando que me quiten la maldita escayola —contestó mi hermano.

—Pues anda que no te queda, papá —resopló—. Menos mal que ya estás oficialmente de vacaciones.

Me acerqué a ellos, los saludé y fuimos a la cocina por la bebida y el pan mientras mi madre se encargaba de la paellera.

Como siempre que comíamos en la casa con ella, rodeados de la calidez y la certeza de que si mi padre y mi hermano Víctor hubieran estado allí reirían a carcajadas con las ocurrencias de Rebeca, me invadía el deseo de
' querer eso que mi madre tenía, una familia.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Rebeca desde la entrada, y no tardamos en escuchar las ruedas de su maleta siendo arrastrada por el pasillo.

—Como decía tu padre, la vida da muchas vueltas, y siempre acaba poniendo a cada persona y cada situación en el momento y lugar correctos para que quien tenga que encontrarlos, lo haga.

—Cómo huele esa paella, abuela —dijo mi sobrina, entrando en el salón.

—Mejor sabrá, hija —rio ella, mientras iba hacia la puerta para abrazarla y darle un beso—. ¿Cómo estás, hijo?

—Bien, y sabes, deseando que me quiten la maldita escayola —contestó mi hermano.

—Pues anda que no te queda, papá —resopló—. Menos mal que ya estás oficialmente de vacaciones.

Me acerqué a ellos, los saludé y fuimos a la cocina por la bebida y el pan mientras mi madre se encargaba de la paellera.

Como siempre que comíamos en la casa con ella, rodeados de la calidez y la certeza de que si mi padre y mi hermano Víctor hubieran estado allí reirían a carcajadas con las ocurrencias de Rebeca, me invadía el deseo de querer eso que mi madre tenía, una familia.

Capítulo 10



Lunes, y oficialmente empezaban nuestras vacaciones en la isla.

—¿Lo tienes todo, tía? —preguntó Rebeca— Es para coger ya tu maleta también.

—Sí, está todo en ella.

—Vale, pues voy a buscarlas.

Dejó el vaso que acababa de secar en el armario de la cocina, y mientras yo guardaba los platos, fue por las maletas.

Eché un vistazo a la lista, esa que siempre hacía con las cosas que debía llevarme en cada escapada con mi sobrina, y comprobé que todo lo necesario estaba tachado.

La tiré a la basura, saqué la bolsa para bajarla, y tras guardar el móvil en la mochila vi aparecer a Rebeca.

—Podemos irnos —dijo con una amplia sonrisa, y asentí.

Saul y mi madre, tenían llaves y prometieron pasar de vez en cuando para echar un vistazo y coger el correo, pero aun así me aseguré de que la puerta quedaba bien cerrada.

Salimos del edificio justo a tiempo de ver llegar el taxi, Susi abrió la puerta y corrió hacia nosotras para coger las maletas.

—¿Qué haces, loca? —reí mientras tiraba la basura.

—Ahorraros tiempo, que hay prisa.

—Mírala, parece la abuela del anuncio de la fabada —rio su hermano.

—Buenos días —saludé al resto y Rebeca y yo nos sentamos en la parte trasera, junto a Yeray.

—Buenos días, Campanilla —sonrió.

—¿Listas para el mejor verano de vuestras vidas? —preguntó Carlos.

—Listas —dijo Rebeca.

El taxista se puso en marcha en dirección al aeropuerto, eran poco más de las seis y media de la mañana y por suerte no era mucho el tráfico que encontramos a esa hora.

En cuanto llegamos, Susi literalmente se tiró del taxi y empezó a sacar las maletas.

—¿Se puede saber qué prisa llevas? —pregunté cogiendo la mía.

—Tengo ganas de llegar y ver a mi suegra —sonrió.

—Por mucho que corras, el avión vuela, pero no se teletransporta —volteé los ojos.

Julen pagó al taxista, preparamos los billetes y entramos al aeropuerto.

No hubo incidentes en las cintas de equipaje, echamos un vistazo a los paneles en busca de nuestra puerta de embarque, pero aún no aparecía nada.

—Vamos a tomar un café mientras esperamos —dijo Carlos.

—Lo que le faltaba a tu novia, café para ponerla en modo Speedy Gonzales —resoplé.

—Me paso todo el año esperando estos días, Meli, no me culpes por querer dejar la ciudad para disfrutar de la playa y el sol.

—Carlos, si te casas con ella, mudaros a vivir a la isla —reí.

—¿Si te casas? —gritó ella, mirándome con los ojos muy abiertos— Perdona, pero no se dice “si te casas”, se dice: “cuando te cases con ella”. Porque nos vamos a casar, no sé cuándo, pero sé que sí.

—Vale, tú avisa para comprarme una pamelita a juego con el vestido —dijo mientras avanzábamos por el aeropuerto.

—¿Una pamelita? Tía, eso no hará falta, si se casan en la isla, será en la playa y con un look de lo más caribeño.

—Exacto, me casaré en la playa, una boda con todos vestidos de blanco y beige.

—Vale, pamelita descartada, me pondré una corona de flores blancas.

—Eso está mejor, Meli —sonrió Susi.

No tenía remedio, de verdad que no.

Hasta antes de empezar a salir con Carlos, las dos habíamos imaginado cómo sería nuestra boda, qué tipo de vestido llevaríamos, el velo, el ramo de flores, con qué canción nos gustaría abrir el baile.

Y desde que visitó Gran Canaria por primera vez, decidió que su boda sería en la playa.

Café y *croissants* para todos, esos que tomamos lo más cerca posible de uno de los paneles para estar pendientes del momento en el que avisaran de nuestra puerta de embarque.

—¡Ya está! —gritó Susi media hora después de que nos hubiéramos sentado— Vamos, chicos.

—En serio, Susi, que no va a despegar el avión antes por mucho que corramos —rio mi sobrina.

—Ya, ya, pero no quiero perder el vuelo.

—No lo vamos a perder, vamos bien de tiempo, nena —le aseguró Carlos, pasándole el brazo por los hombros.

Llegamos hasta la zona donde debíamos embarcar y nos pusimos en la fila, aproveché para hacerme una foto con mi sobrina y se la enviamos a Saul y a mi madre, diciendo que ya nos quedaba menos para emprender el vuelo.

—Parece que no vayamos a volver nunca —rio ella.

—Ay, Dios, a la abuela le da algo —dije queriendo borrarlo, pero ya lo había leído—. Ups —miré a mi sobrina y acabamos las dos riendo.

—¿Sabéis todos qué asiento tenéis? —preguntó Julen.

—Sí, Rebeca y yo estamos en... —Miré el papel que tenía en la mano— el ocho D y E.

—Yo estoy en el ocho F—comentó Yeray, y casi me da un infarto al escucharlo tan cerca de mi espalda.

—Nosotros tres delante, en el siete —dijo Carlos.

—Vale, pues en cuanto nos dejen embarcar, todos rapidito hacia los asientos y sin separarnos, ¿eh? —ordenó Susi

—Qué bien se te da mandar, maja —reí.

Poco a poco la fila se fue llenando con el resto de pasajeros. Muchos de ellos, al igual que Carlos y Yeray, eran canarios y se les notaba en el acento. A pesar de que ellos dos llevaban prácticamente toda su vida en Madrid, eso era algo que conservaban y a mí, me gustaba escucharlos.

—Sí, mi niña, ya estoy en la puerta de embarque —escuché decir a un chico no mucho mayor que yo, detrás de nosotros—. A las ocho y diez sale —respondió—. Ya no queda nada para verte.

Sonreí al escucharlo, se notaba que hablaba con su novia, o tal vez su mujer, no estaba segura.

—¿Nerviosa? —me preguntó Yeray mientras los demás hablaban delante.

—No es mi primer viaje en avión —volteé los ojos.

—Lo sé, pero mi pregunta era más por mí.

—¿A qué te refieres? Fruncí el ceño.

—A si te pongo nerviosa, Campanilla —murmuró y noté su mano en la cadera, momento en el que me estremecí de pies a cabeza.

—No —mentí, solo esperaba que no se diera cuenta.

—Entonces, ¿por qué has evitado mirarme deliberadamente desde que subiste al taxi?

—No he hecho tal cosa —otra mentira, y si seguía así, podría imaginarme con una larga y puntiaguda nariz como la de Pinocho.

—Lo has hecho. No quiero que te sientas incómoda en este viaje, al contrario, quiero que sea inolvidable —lo miré por encima del hombro y sonrió.

Iba a preguntarle por qué lo decía, de qué modo pensaba hacer que fuera inolvidable, cuando Susi dio un grito emocionado avisando de que ya abrían la puerta para la llegada de los pasajeros que venían de Gran Canaria.

Poco después comenzamos a embarcar, cruzamos la pasarela hasta el avión y tras guardar las maletas en la cabina ocupamos nuestros respectivos asientos.

Yeray lo hizo junto a la ventana, y yo quedé en medio, entre él y mi sobrina.

El simple hecho de tenerlo tan cerca ya hacía que me pusiera nerviosa, algo que procuraba disimular cuando estábamos juntos, pero esa mañana parecía que no había tenido éxito.

Iba a costarme mucho controlarme durante esos días, más aun sabiendo que él podía saber lo que me provocaba tenerlo cerca.

Susi estaba asomada por el hueco entre su asiento y el de Carlos, sonriendo y hablando con Rebeca, diciendo lo feliz que estaba porque hubiéramos hecho ese viaje con ella.

Hacía mucho que no nos íbamos las dos solas de vacaciones, pero eso debía cambiar, tendríamos que retomar viejas costumbres y hacer algún que otro viaje juntas, con mi sobrina acompañándonos obviamente, porque desde que dejó de ser una niña y se convirtió en nuestra pequeña mujercita, era una más de nosotras.

Sabía nuestros secretos, nos ofrecía un hombro en el que llorar si lo necesitábamos, y siempre, siempre, estaba dispuesta a todo por sus tías.

—Lo has hecho. No quiero que te sientas incómoda en este viaje, al contrario, quiero que sea inolvidable —lo miré por encima del hombro y sonrió.

Iba a preguntarle por qué lo decía, de qué modo pensaba hacer que fuera inolvidable, cuando Susi dio un gritito emocionada avisando de que ya abrían la puerta para la llegada de los pasajeros que venían de Gran Canaria.

Poco después comenzamos a embarcar, cruzamos la pasarela hasta el avión y tras guardar las maletas en la cabina, ocupamos nuestros respectivos asientos.

Yeray lo hizo junto a la ventana, y yo quedé en medio, entre él y mi sobrina.

El simple hecho de tenerlo tan cerca ya hacía que me pusiera nerviosa, algo que procuraba disimular cuando estábamos juntos, pero esa mañana parecía que no había tenido éxito.

Iba a costarme mucho controlarme durante esos días, más aun sabiendo que él podía saber lo que me provocaba tenerlo cerca.

Susi estaba asomada por el hueco entre su asiento y el de Carlos, sonriendo y hablando con Rebeca, diciendo lo feliz que estaba porque hubiéramos hecho ese viaje con ella.

Hacía mucho que no nos íbamos las dos solas de vacaciones, pero eso debía cambiar, tendríamos que retomar viejas costumbres y hacer algún que otro viaje juntas, con mi sobrina acompañándonos obviamente, porque desde que dejó de ser una niña y se convirtió en nuestra pequeña mujercita, era una más de nosotras.

Sabía nuestros secretos, nos ofrecía un hombro en el que llorar si lo necesitábamos, y siempre, siempre, estaba dispuesta a todo por sus tías.

Capítulo 11



En cuanto llegamos a la isla sentí que me invadía la paz. Qué diferente era aquel hermoso paisaje que tenía ante mí, con el mar en calma, sin apenas tráfico ni la gente corriendo de un lado a otro.

Fuimos en dos taxis hasta el hotel de la madre de Carlos, y durante el trayecto me empapé de todo cuanto me rodeaba.

Al ver aquella isla supe que me iba a enamorar de cada rincón, tal como le había pasado a Susi la primera vez que la visitó.

—A mí me está llamando la playa, tía —dijo Rebeca, mirando hacia el mar—. ¿No la oyes? —se llevó el dedo a la oreja, y en un tono más bajo, empezó a hablar de nuevo— “Rebe, ven a mí, chiquilla”.

Yeray hizo un gran esfuerzo por no reírse, pero fracasó y su carcajada resonó en todo el taxi.

—¡Oye! No te rías —le dio un leve golpecito en el brazo con el ceño fruncido.

—Lo siento —se disculpó.

Cuando llegamos al hotel me llamaron la atención las flores que había en todas las ventanas de la fachada, le daban un toque de color precioso, resaltando sobre el blanco.

—A mi tía le encantan las flores —dijo Yeray, al ver lo que estaba observando—. Ella misma las planta en esos maceteros y no permite que dejen de regarse.

—La fachada así se ve preciosa —sonreí.

Los demás se unieron a nosotros y Carlos fue el primero en entrar al hotel, seguimos sus pasos y una vez dentro v una mujer rubia de ojos azules tras el mostrador de recepción, sonriendo a los huéspedes que atendía.

Sin duda, era Marisa, la madre de Carlos y tía de Yeray, tenía la misma sonrisa que su hijo.

—Hola, mamá —la saludó cuando nos acercamos, y ella salió para recibir a su único hijo con un abrazo.

—Mi niño —dijo visiblemente emocionada—. Ya llegaste, por fin.

—Y me tendrás varios días por aquí dándote guerra —rio.

—No seas malo con mi suegra —le riñó Susi.

—Susi, cariño, cuánto me alegro de verte.

—Y yo a ti, que eres mi segunda madre —se abrazaron y sonreí, se veía que se llevaban bien.

Marisa abrazó y se comió a besos también a Yeray y a Julen, y cuando Susi nos presentó a Rebeca y a mí, la mujer sonrió llevándose la mano al pecho.

—No sabéis las ganas que tenía de conoceros al fin, chicas —nos recibió igual que a los demás, con un cálido abrazo y un montón de besos—. Susi no deja de hablar de vosotras cuando viene, tampoco ellos.

—Gracias por acogernos en tu casa, Marisa —dije.

—Nada de gracias, mi niña, mi casa, es la vuestra. Tenéis una habitación para cada una, cuando me avisó Susi de que veníais, ya tenía todas las habitaciones dobles reservadas.

—No te preocupes, está bien. Pero tienes que decirnos cuánto hay que pagarte.

—¿Pagar? ¿Aquí? —dijo con ambas cejas elevadas— No, mi niña, aquí la familia no paga. Y eso soy vosotras para ellos, y, por ende, para mí —sonrió—. Hora de repartir las llaves.

Regresó tras el mostrador, cogió las cinco llaves y nos las entregó. Iba a acompañarnos a ellas, pero en ese momento entraron varios huéspedes más y se quedó para atenderlos junto a la chica que tenía trabajando con ella.

—¿Os veré para comer, hijo? —le preguntó a Carlos.

i —No creo, pero para la cena sí. Vamos a llevar a Melisa y Rebeca a la playa, al parecer la benjamina tiene ganas de ir.

—¡Ay, sí! Me muero por un primer bañito —dijo mi sobrina la mar de emocionada.

—Divertíos entonces, nos vemos en la cena.

Entramos en los dos ascensores y subimos a la última planta, donde estaban situadas nuestras habitaciones.

Susi nos llevó a las nuestras y cuando vimos las vistas del inmenso mar que teníamos desde allí, me enamoré.

—Esto es precioso —sonreí.

—¿Verdad qué sí? Si no fuera porque tengo a mi hermano en Madrid, me vendría a vivir aquí con Carlos sin pensarlo —dijo con un suspiro.

—Pero Carlos también vive en Madrid —le recordé lo obvio.

—Él y Yeray llevan un tiempo pensando en venirse a la isla. Marisa es lo único que les queda y no quieren que esté aquí sola. Aunque ella les ha insistido siempre que no lo está, tiene a Karina, la chica de recepción, que es como una hija más, y al resto de empleados. Si aún no han tomado la decisión definitiva, es por eso, y en el caso de Carlos, porque me tiene a mí.

—Yeray no tiene a nadie, ¿por qué no se ha mudado? —preguntó Rebeca.

—Tiene a su primo, a Julen, a... —carraspeó— Que Carlos esté allí es suficiente motivo para no venir. Pero bueno, olvidad que os he dicho esto, ¿sí? Vamos, deshaced las maletas, poneos el bikini, y reuniros con nosotros en el vestíbulo dentro de quince minutos. ¡Nos vamos a la playa! —dijo con un gritito de felicidad que nos contagió a nosotras.

Dejé a Rebeca en su habitación y fui a la mía, donde me esperaba la maleta. Guardé toda la ropa en el armario y la cómoda, me puse el bikini tal como había ordenado la sargento Susana, y tras recogerme el pelo en un moño deshecho y ponerme unas sandalias, cogí mi bolso de playa con todo lo necesario y salí.

—Veo que estás bien preparada —me giré al escuchar la voz de Yeray.

Cuando lo vi, bien sabía Dios que tuve que hacer un esfuerzo inmenso para poder hablar, puesto que verlo en bermudas, una camiseta de tirantes con todos esos músculos de los brazos bien visibles, las chanclas y una toalla colgada al hombro, me había dejado sin palabras.

Es que ese hombre estaba guapo de cualquier modo que vistiera.

—Claro, la toalla, crema protectora, el móvil, una gorra, las gafas de sol, y ropa seca para poder cambiarme —me encogí de hombros.

—Con esos shorts y la camiseta, vas muy bien.

—Pero se pueden mojar cuando me vuelva a vestir para ir a comer, por eso llevo otra ropa, para volver con ella.

—Vale, vale —levantó ambas manos sonriendo—. ¿Me guardas mi toalla? Me ofrezco para llevarte el bolso hasta la playa.

—No es necesario, no creo que una toalla más haga que pese tanto —volteé los ojos mientras habría el bolso, preguntándome dónde narices estaba el ascensor y por qué tardaba tanto, si solo había cuatro plantas a las que subir desde la recepción.

En cuanto la toalla estuvo guardada en mi bolso, la puerta del ascensor se abrió por fin, y aquello fue aún peor que el hecho de estar con Yeray en el mismo pasillo.

Los dos solos, en un espacio tan reducido, tan cerca el uno del otro, que el irresistible aroma de su perfume se arremolinaba a mi alrededor, el modo en que su brazo rozaba sutilmente el mío y se me erizaba la piel, mientras mi mente iba por libre y se imaginaba cosas, cosas de esas que se clasificarían con dos rombos, o incluso con tres o cuatro bajo mi punto de vista si, además, rememoraba aquella noche diez años atrás cuando las yemas de sus dedos me acariciaron las piernas y sus labios se posaron sobre los míos en el que, debía admitir, había sido el mejor beso que me habían dado en toda mi vida.

—¿Acabas de gemir, Campanilla? —preguntó en un tono de lo más burlón, y cuando lo miré tenía esa sonrisa canalla que acompañaba con la ceja arqueada.

Mierda, ¿había gemido? ¿Cómo había podido pasar eso?

1

—No he gemido —respondí, esperando tener razón y que él se hubiera equivocado.

—Pues a mí me parece que sí. ¿En qué pensabas? —interrogó apartándose de la pared, acortando la distancia entre nosotros y llevando una mano a mi cadera, de modo que su cuerpo quedó a solo unos pocos centímetros del mío.

—En nada, y no he gemido —fruncí el ceño y antes de que Yeray pudiera hablar de nuevo, la puerta del ascensor se abrió ante nosotros revelando a los demás charlando mientras nos esperaban.

—Por fin —exclamó Susi—, ¿por qué habéis tardado tanto?

—El ascensor no subía —me encogí de hombros.

—Adiós, chicos —dijo Marisa desde el mostrador.

Nos despedimos de ella y salimos del hotel para ir dando un paseo hasta la playa, que no quedaba muy lejos de allí, donde Susi nos informó que habían decidido que pasaríamos el resto del día hasta la hora de volver para prepararnos para cenar.

En cuanto llegamos, Rebeca y yo hicimos lo mismo. Cerramos los ojos, respiramos hondo y sonreímos al mirarnos.

Sin duda alguna, ambas estábamos más que dispuestas a que aquellas, fueran las vacaciones de nuestras vidas.

—Por fin —exclamó Susi—, ¿por qué habéis tardado tanto?

—El ascensor no subía —me encogí de hombros.

—Adiós, chicos —dijo Marisa desde el mostrador.

Nos despedimos de ella y salimos del hotel para ir dando un paseo hasta la playa, que no quedaba muy lejos de allí, donde Susi nos informó que habían decidido que pasaríamos el resto del día hasta la hora de volver para prepararnos para cenar.

En cuanto llegamos, Rebeca y yo hicimos lo mismo. Cerramos los ojos, respiramos hondo y sonreímos al mirarnos.

Sin duda alguna, ambas estábamos más que dispuestas a que aquellas, fueran las vacaciones de nuestras vidas.

Capítulo 12



Tras dejar las toallas colocadas bajo una de las sombrillas, nos quitamos la ropa quedando solo con los trajes de baño.

Me había puesto el blanco con dibujos en azul oscuro y azul claro, y al ver el modo en el que Yeray tenía puestos los ojos sobre mí, no pude evitar sonrojarme.

Fuimos a darnos el primer baño de las vacaciones, y solté un grito al notar que estaba un poco más fría de lo que pensé en un principio.

—Vamos, Campanilla, que esto no es nada —dijo Yeray, cogiéndome en brazos.

—¿Qué haces? —grité.

—Llevarte un poco más profundo.

—No, no, yo aquí estoy bien, en serio.

Pero no me hizo caso, siguió avanzando conmigo en brazos y cuando noté que el agua le llegaba un poco más arriba de la cintura, me lanzó al aire para dejarme caer.

Sentí que me tragaba el mar, literalmente, y cuando salí a la superficie, escupiendo agua como un pececillo moribundo...

—¡Serás idiota! —grité medio ahogada mientras le daba un manotazo en el pecho.

—¿Pero a que ya no la sientes tan fría?

Comencé a nadar para alejarme, pero no fui muy lejos. Yeray me cogió el tobillo y tiró de mí, hasta que me pudo

agarrar por las caderas.

—¿Ya te vas, Campanilla? —susurró en mi oído mientras sentía su cuerpo mojado pegado a mi espalda.

—Los demás están allí.

—Y nosotros aquí. ¿Acaso me tienes miedo?

—¿Miedo? ¿A ti? ¿Por qué debería?

—No lo sé, dímelo tú. Te pongo nerviosa, y cuando te toco... —comenzó a deslizar las manos despacio hasta mi vientre— Te estremeces.

—Eso es porque el agua está fría —mentí, y él sonrió aún más.

—Es la primera vez que estamos en el agua, Meli.

—Ya, bueno, pues se me eriza la piel por eso, porque está fría.

—¿Y en el local aquella noche que bailamos? ¿Por qué te estremeciste? ¿Y cuando te toco porque me apetece? ¿Qué excusas me das, Campanilla? —seguía susurrando, pero con un tono ronco y sensual que me hacía tener pensamientos muy poco apropiados con un amigo— Y que sean convincentes —me pidió mirándome fijamente.

—Yo... —no sabía qué responder a eso.

No podía simplemente decirle que era lo que él me provocaba, que cuando sus manos se posaban en mi cuerpo este reaccionaba a él como si le perteneciera, como si supiera que esas eran las manos que siempre deberían tocarlo.

—¿Y bien? —me acarició la mejilla y después deslizó despacio el pulgar por mis labios— Aún recuerdo aquella noche —dijo.

—¿Qué noche? —Fruncí el ceño haciéndome la que no sabía, pero maldita fuera si lo sabía perfectamente ante es gesto, porque yo no había olvidado nada de lo que ocurrió en ese oscuro armario en casa de nuestros amigos.

—La noche que te robé las medias, Campanilla.

—Ah, eso —le quité importancia con un gesto de la mano—. Susi no debió pedir esa locura.

—Pues me alegré de que lo hiciera —seguía mirándome con esos profundos ojos verdes que me hacían estremecer—. Por fin besé a la chica que quería besar desde hacía un par de años.

Tragué con fuerza ante sus palabras, porque debía haber escuchado mal, ¿cierto? No podía ser que Yeray hubiera dicho eso.

—¿Disculpa? —Abrí los ojos.

—Me has oído, Campanilla —sonrió mientras sus manos se entrelazaban en la parte baja de mi espalda, mirándome con tanta intensidad que, de no estar entre sus brazos, mis piernas serían gelatina en ese instante—. Quería besarte desde que tenías dieciséis años.

Pues sí, había escuchado perfectamente, no era producto de mi imaginación, ni a consecuencia de los sentimientos que tenía por él desde... Bueno, desde siempre, para qué mentirme a mí misma.

Se hizo el silencio entre nosotros mientras nos mirábamos fijamente, mientras los ojos de Yeray iban de los míos a mis labios. ¿Y si me besaba? ¿Y si volvía a sentir el calor de esos labios que no había olvidado en diez años?

¿Y si...?

—¡Chicos! —me separé de él tan deprisa como pude al escuchar la voz de Susi— ¿Qué hacéis ahí?

—Le ha dado un tirón —mintió Yeray—. Estamos esperando a que se le pase.

—Ay, Meli, ¿qué has hecho, cariño?

—Nada, solo... di un mal paso y me dio un tirón en el gemelo.

—Vamos a salir un poquito. ¿Os pedimos una cerveza?

—Sí —respondimos al unísono.

e

Susi asintió y vimos a los cuatro ir hacia la orilla para salir del agua.

—Deberíamos salir también —dije mirándolo de nuevo, y Yeray asintió.

No había dado más que un paso cuando su mano se entrelazó con la mía, tiró de mí y cuando nuestros cuerpos

chocaron, sentí de nuevo el calor de sus labios sobre los míos.

r

Cerré los ojos y me limité a sentir, a saborear la menta de sus caramelos favoritos en su aliento, el suave roce de su lengua acariciando la mía y el modo en el que me mantenía sujeta con la mano en mi espalda.

Gemí en su boca, lo que hizo que él sonriera como si aquello fuera un triunfo. Llevé la mano a su cuello, le acaricié la nuca y acabé enredando los dedos en aquel cabello que tantas veces había imaginado que tocaba.

Era suave, sedoso incluso aunque estuviera mojado.

Yeray me atrajo más hacia él y noté la dureza de su entrepierna en mi vientre. Abrí los ojos ante la sorpresa que aquello me había provocado y que no esperaba, pero él seguía con ellos cerrados.

³ La realidad me golpeó con fuerza en ese instante, me aparté y frunció el ceño al mirarme.

—¿Qué pasa? —preguntó, extrañado.

a

—Esto... Esto no está bien —dije al tiempo que negaba moviendo la cabeza de un lado a otro, y me alejé de él para volver con el resto.

No sabía si nos habían visto, y ojalá que no porque no estaba preparada para una lista interminable de preguntas por parte de Susi.

Cogí la toalla para secarme y mi sobrina preguntó si estaba bien.

—Sí, perfectamente.

—Susi dijo que te había dado un tirón. ¿Se te ha pasado?

—Sí, sí —sonreí—. Mucho mejor ya.

Ella asintió y vi que se quedaba mirando hacia el agua, al echar un vistazo, vi a Yeray salir.

El agua caía por su cuerpo y por un momento quise poder pasar la yema de mis dedos por su torso, acariciarlo tan despacio como las gotas se deslizaban por él.

—Esos tres hombres deberían estar prohibidos —dijo mi sobrina—. Son una tentación demasiado fuerte para la vista de cualquier mujer con ojos en la cara.

—Una tentación muy peligrosa, sobrina —suspiré.

—¿Por qué no le dices lo que sientes?

—Porque no es algo recíproco —me encogí de hombros—. ¿Qué podría querer él conmigo?

—Eso no lo sabes, tía.

—Que me besara aquella vez cuando a Susi se le ocurrió esa fascinante idea, no quiere decir que vuelva a suceder

Volví a extender la toalla pensando en mis palabras. Había vuelto a suceder hacía apenas unos minutos, y no entendía por qué.

Por no hablar de que estaba duro bajo el bañador, algo raro, ya que solo éramos amigos.

—Aquí están las cervezas —dijo Carlos cuando regresaron mientras nos entregaba una a Yeray y otra para mí.

—Toma, preciosa, tu refresco.

—Gracias, Julen —Rebeca sonrió mientras cogía el vaso.

—Hemos reservado ya la mesa para comer —nos informó Susi—. Así que no hay problema ni prisa para ir, podemos relajarnos aquí un rato con las cerveza, darnos otro chapuzón y después, a comer.

—Por mí, perfecto, así cojo un poco de colorcito —dije sacando el bote de crema protectora del bolso.

Mientras la extendía por mis piernas y brazos no me pasó desapercibido el hecho de que Yeray, sentado en su toalla a mi derecha, no me quitaba el ojo de encima.

Evitaba mirarlo a toda costa, no quería que pudiera leer en mis ojos todo eso que se me pasaba por la cabeza, las dudas, la culpa, el sentirme tan tonta por siquiera pensar que aquel beso había sido porque él...

—¿Has terminado con la crema, tía? —me preguntó Rebeca.

—¿Eh? Casi, me falta la espalda.

—Yo te la pongo —me estremecí al escuchar la voz de Yeray, y cuando lo miré, ya estaba acercándose a mi toalla.

para sentarse justo detrás.

Me quitó el bote de crema, se puso un poco en la mano y se lo dio a mi sobrina.

En cuanto sentí sus manos grandes y fuertes por la espalda, me estremecí. Instintivamente miré por encima del hombro y vi que sonreía mientras sus ojos permanecían fijos en lo que hacían sus manos.

Procuré concentrarme todo lo que pude en un punto de la lejanía mientras seguía extendiendo la crema, y cuando acabó sin que nadie lo viera, dejó un beso rápido y suave en mi hombro.

—Listo —murmuró.

—Gracias.

Regresó a su toalla tras un leve asentimiento y me recosté para tomar el sol.

Después de un buen rato en la toallas, relajados y en silencio, Susi propuso ir de nuevo al agua, donde estuvimos no más de diez minutos antes de secarnos para ir a comer.

Pidieron raciones para compartir, tomamos café y volvimos a las toallas antes de darnos un último baño.

A las seis y media dimos el día de playa por terminado y recogimos para ir al hotel.

—¿Y si salimos a tomar algo después de cenar? —preguntó Carlos.

—Sí, vamos al local de tu amigo Christian —dijo Susi.

—Voy a llamarlo para que nos guarde un reservado.

—¿Vamos a ir a un reservado? —pregunté.

—Sí, es una pasada —Susi sonrió—. Vamos a ser *VIP's*, muñeca —hizo un guiño y me eché a reír.

No tenía remedio, esa loca no tenía remedio.

Capítulo 13



Y allí estábamos, entrando en el local del tal Christian, a quien no tardaríamos en conocer según nos había dicho Susi.

En cuanto llegamos a la barra, Carlos saludó al camarero y este, después de una breve conversación, asintió y se fue.

Dos minutos después llegaba un hombre alto, moreno, de ojos marrones, con perilla, un pendiente con una cruz en la oreja derecha y un tatuaje en el antebrazo derecho, con camisa y pantalón blancos, sonriendo y con los brazos extendidos.

—Carlos, qué bueno verte, hermano.

—Chris —Carlos sonrió aceptando el abrazo de su amigo.

—Te dejás ver poco —le dijo.

—En vacaciones, ya sabes —Carlos se encogió de hombros—. Te acuerdas de mi chica, ¿verdad?

—Susi, pues claro que sí —la abrazó igual de sonriente que a él, y ella le dio un beso en la mejilla.

—Julen, Yeray —otro abrazo para ellos, y luego nos miró a Rebeca y a mí—. A vosotras no os conozco.

—Son Melisa y Rebeca —dijo Susi—, mis mejores amigas.

—Hola —le saludamos al mismo tiempo levantando la mano.

—Un placer, chicas —nos dio un par de besos—. Vamos, os llevaré al reservado. Ya sabéis, barra libre de copas esta noche —hizo un guiño al tiempo que miraba a Carlos.

Lo seguimos entre la gente que se agolpaban bailando mientras hablaban y reían, hasta una mesa redonda con un sofá en forma de semicírculo.

Se marchó y no tardó en llegar una morena de piernas infinitamente largas, sonriendo, para preguntar qué queríamos tomar.

—Chupitos de tequila para todos, una botella de vodka caramelo y tres mojitos —dijo Susi.

—Y una botella de whisky con tres vasos —añadió Carlos.

—Enseguida lo traigo todo, chicos —sonrió antes de retirarse.

Durante el tiempo que esperamos en aquel lugar lejos del resto, noté la mirada de Yeray puesta en mí.

Cuando lo miré, sonrió y me hizo un guiño, lo que acabó por ponerme más nerviosa.

1

En cuanto tuvimos las bebidas en la mesa, me tomé aquel chupito de tequila como si de un vaso de agua se tratara

Susi se fue hacia la pista con Carlos para bailar poco después, no tardaron en seguirlos Rebeca y Julen, y yo me disculpé con Yeray, necesitaba ir al baño y alejarme de él.

Estaba llegando a la puerta, cuando noté su mano entrelazada en la mía, lo miré con los ojos muy abiertos y comenzó a tirar de mí, hasta que llegamos a una puerta al final del pasillo.

La cerró, incluso con llave, en cuanto la cruzamos y tras pegarme a ella, sentí sus labios sobre los míos.

No pude evitar gemir ante aquel beso robado que volvía a darme y a los que podría acostumbrarme sin problemas

Me mantenía entre su cuerpo y la puerta, deslizando ambas manos por mis costados, subiendo despacio y dejando ese calor que me quemaba incluso a través de la tela del vestido.

Volví a gemir en sus labios, Yeray soltó una especie de jadeo ronco y noté que bajaba los finos tirante de mi vestido hasta que la tela comenzó a caer liberando mis pechos.

Rompió el beso, me miró fijamente y comenzó a masajearlos y jugar con los pulgares sobre mis pezones, dibujando círculos mientras sus ojos parecían no querer abandonar los míos.

Cuando se inclinó y comenzó a lamer uno de mis pezones, cerré los ojos y llevé ambas manos a sus hombros para poder sostenerme, sentía que empezaba a marearme por lo que ese hombre le provocaba a mi cuerpo, y podría acabar cayéndome en cualquier momento por un fallo de mis débiles piernas.

—Perfectas —murmuró haciendo que abriera los ojos y lo mirara.

Seguía frotando los pezones, los pellizcó y tiró de ellos, haciendo que se me escapara un leve grito al tiempo que me mordía el labio inferior.

—Eso es, Campanilla —dijo antes de pasar la lengua por un pezón, y succionarlo después—. Grita para mí, quiero oírte.

Sentí una oleada de placer y deseo entre las piernas, una punzada de necesidad, y arqueé la espalda mientras él saboreaba a conciencia el otro pezón.

Eso le debió servir como aliciente para llevar una mano a mi muslo, esa que comenzó subir despacio por la erizada piel hasta alcanzar el interior, donde se detuvo con el pulgar sobre la tela de mi tanguita.

Poco a poco empezó a frotar el clítoris mientras seguía lamiendo mis pezones, mordiéndolos y llevándome al borde de la locura.

Hizo a un lado la tela y deslizó el dedo por mis pliegues, esos que podía sentir extremadamente húmedos. ¿Cuándo fue la última vez que me había excitado tanto? Si no lo recordaba, era que nunca había ocurrido, como decía Susi.

Grité en el momento en el que Yeray me penetró con el dedo, y me aferré aún más fuerte a sus hombros, tanto, que incluso clavé las uñas en ellos a través de la camisa que llevaba.

Cada segundo que pasaba me penetraba más rápido y fuerte, y antes de que pudiera darme cuenta, estaba sintiendo el creciente orgasmo formándose en mi vientre.

—Yeray —dije entre jadeos.

—Córrete, mi niña —me pidió mirándome a los ojos antes de volver a besarme.

Jamás, en toda mi vida, había tenido un orgasmo tan intenso como aquel. Me corrí mientras mis gemidos eran amortiguados por su boca, por ese beso que compartíamos, ese que acabó antes de lo que me hubiera gustado.

Vi a Yeray arrodillarse ante mí, separó mis piernas y tras colocar una de ellas sobre su hombro, hundió el rostro

entre ellas lamiendo mi sexo con avidez, llevando consigo la humedad que él mismo había provocado desde que entramos en ese lugar.

Me mantenía sujeta con una mano en mi nalga mientras con la otra seguía atendiendo mis pezones, masajeando los pechos y haciéndome gritar más y más cada vez.

—Ay, Dios —gemí al sentir que volvía a estar al borde del orgasmo.

—No soy Dios, pero si quieres llamarme así... —sonrió con un guiño antes de volver a deslizar su lengua ojuguetona con destreza entre mis pliegues.

Gemí, grité, me agarré a él con fuerza y me corrí mientras su lengua seguía y seguía lamiendo hasta el punto de que mi cuerpo comenzó a temblar mientras me recorría un escalofrío de pies a cabeza.

Incluso desde allí podía escuchar la música que resonaba en el local. La voz de India Martínez me llegó tan clara, como lo hizo en ese instante la de Marc Anthony, mientras Yeray me cargaba en brazos y me miraba fijamente, deslizando centímetro a centímetro su miembro erecto en mi vagina.

“Confíesame el amor y deja ya el temor, respira. Confíesame tu amor, que el tiempo se nos va, respira bebé...”

Ambos gemimos cuando estaba completamente enterrado en mí, cuando nuestros sexos se unieron en ese instante

Yeray volvió a besarme mientras se movía, mientras me penetraba una y otra vez sin parar, sin detenerse ni un segundo, rápido y con fuerza, llegando a lo más hondo de mi ser.

¿Estaba soñando aquello? ¿Era un sueño lo que vivía en ese instante, en la penumbra del cuarto de un local de copas?

°—Meli... —Yeray jadeó mi nombre tras romper el beso y comenzó a besarme el cuello, el hombro, bajando hasta lamer uno de mis pezones y mordisquearlo sin dejar de penetrarme una y otra vez.

Cada vez era más intenso, más fuerte, más rápido y profundo, y yo no quería que aquello terminara nunca.

“Y hablé con la noche pa’ que no amanezca. Pa’ poderla disfrutar entera. Y hablé con la Luna pa’ que no se fuera. Pa’ que me puedas beber entera...”

Ojalá, ojalá no amaneciera, ojalá la Luna no se fuera esa noche tal como pedían ellos en su canción. Ojalá esa noche con el hombre al que llevaba deseando y queriendo tanto tiempo no acabara nunca.

—Yeray —gemí cerrando las manos sobre la tela de su camisa.

—Meli, mi niña —susurró antes de volver a besarme.

Y así nos alcanzó el clímax a ambos, entre besos, gemidos y sus fuertes y profundas embestidas.

Apoyé la cabeza en la puerta mientras me corría a chillidos como nunca antes lo había hecho. Yeray apoyó la frente en mi hombro y siguió entrando y saliendo hasta que se liberó por completo.

Con un fuerte suspiro me estrechó entre sus brazos y dejó un beso en mi hombro.

Tras el éxtasis, tras el momento ardiente que había vivido con el hombre que tantas noches había imaginado en mi cama, abrazándome después de hacerme el amor, la realidad volvió a golpearme con fuerza.

—Por Dios, ¿qué hemos hecho? —dije llevándome la mano a la frente y cerrando los ojos.

—¿Tan mal ha estado? —preguntó y cuando lo miré, tenía la ceja arqueada.

—No, yo... Maldita sea, no es eso a lo que me refiero.

—¿Entonces? —insistió acercándose para dejar un suave beso en mis labios.

—Esto, esto no... —suspiré— Somos amigos, Yeray.

—Ajá, ¿y?

—¿Y? ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—¿Cuál es el punto, Campanilla? Los dos deseábamos esto, ¿cierto? Solo ha pasado lo que tenía que pasar.

—No debería haber pasado —murmuré y al ver mis pechos desnudos, me cubrí con ambas manos.

—No —dijo con el ceño fruncido—. No vas a volver a cubrirte, no vas a esconder tu cuerpo de mí, ¿me oyes?

—Pero...

—Eres preciosa, Meli, eres perfecta, un jodido diamante ante mis ojos. Eres... —se quedó callado mientras me miraba fijamente, sonrió y volvió a darme un dulce beso en los labios antes de sostener mis mejillas entre sus

manos— Eres mi hermosa Campanilla —susurró con sus penetrantes ojos verdes fijos en los míos.

Se apoderó de mis labios en un beso aún más intenso y profundo que los que me había dado hasta el momento, como si con ese simple gesto pudiera decirme más de lo que podía o se atrevía a expresar.

—Deberíamos volver —dijo y asentí.

El vacío que sentí cuando se retiró por completo de mi interior, era indescriptible, casi agónico. Aquello había sido un error, estaba segura, tenía la certeza de que no volvería a ocurrir.

Nos vestimos de nuevo y salimos de aquel cuarto cogidos de la mano.

i

Al llegar a la puerta del cuarto de baño lo solté y entré antes de que pudiera impedírmelo, encerrándome en uno de los cubículos ante la mirada de las tres mujeres que había ante el espejo, retocándose el maquillaje.

Cogí aire, con los ojos cerrados mientras rememoraba todo lo que había pasado en ese cuarto.

No salí de allí hasta que escuché que me quedaba sola por completo. Me refresqué la cara con un poco de agua y regresé al reservado donde esperaba encontrar a todos.

Solo que lo que veían mis ojos no me lo habría imaginado ni en un millón de años.

Yeray estaba de pie en medio del reservado con una morena despampanante en brazos que le estaba dejando sin aire en los pulmones a juzgar por el beso que se estaban dando.

Era una idiota, una ingenua por pensar que lo que acababa de pasar entre nosotros podía significar algo más para él, qué equivocada estaba.

—¡Ey, Meli! —me giré al escuchar a Susi a mi espalda, sentía los ojos húmedos por las lágrimas que luchaban por salir— Cariño, ¿qué pasa?

—Que soy una idiota —dije y sentí una lágrima quemando en mi mejilla mientras caía.

—¿Por qué dices eso, tía? —preguntó Rebeca que había llegado con ella.

Solo hizo falta un vistazo a mi espalda, donde la morena seguía en los brazos de Yeray quien parecía no tener ojos más que para ella.

—Ay, Dios —suspiró Susi—. Cariño, esa...

—No quiero saber nada, Susi —le dije evitando que siguiera hablando—. ¿Sabes lo peor? Que acaba de follarme en un cuarto al final del pasillo, y esto me hace entender que no ha significado nada para él.

Las dos me miraron con los ojos muy abiertos, y cuando vi que Carlos y Julen se acercaban, me disculpé con ellas para salir de allí tan rápido como pudiera.

Habíamos ido en taxi desde el hotel hasta el local, por lo que en cuanto puse un pie en la calle, paré el primero que vi y le dije el nombre del hotel para que me llevara de vuelta a la seguridad de mi habitación, donde Yeray no podría hacerme más daño del que ya me había hecho.

¿Era una ingenua, una tonta por haberme dejado seducir de ese modo. ¿Pero cómo evitarlo si quería a ese hombre, si tenía unos fuertes sentimientos por él y había deseado que me besara y me tocara como lo hizo diez años atrás?

Desde luego, estaba claro que serían unas vacaciones inolvidables.

—Ay, Dios —suspiró Susi—. Cariño, esa...

—No quiero saber nada, Susi —le dije evitando que siguiera hablando—. ¿Sabes lo peor? Que acaba de follarme en un cuarto al final del pasillo, y esto me hace entender que no ha significado nada para él.

Las dos me miraron con los ojos muy abiertos, y cuando vi que Carlos y Julen se acercaban, me disculpé con ellas para salir de allí tan rápido como pudiera.

Habíamos ido en taxi desde el hotel hasta el local, por lo que en cuanto puse un pie en la calle, paré el primero que vi y le dije el nombre del hotel para que me llevara de vuelta a la seguridad de mi habitación, donde Yeray no podría hacerme más daño del que ya me había hecho.

Era una ingenua, una tonta por haberme dejado seducir de ese modo. ¿Pero cómo evitarlo si quería a ese hombre, si tenía unos fuertes sentimientos por él y había deseado que me besara y me tocara como lo hizo diez años atrás?

Desde luego, estaba claro que serían unas vacaciones inolvidables.

Capítulo 14



Había dormido poco y mal, esa era la verdad.

El beso que la morena y Yeray se dieron en el reservado ante mis ojos no dejó de repetirse una y otra vez en mi mente.

Incluso había estado llorando porque lo vivido con él, quedó manchado por ese momento.

Estaba envolviéndome el cuerpo en aquella suave y mullida toalla tras la ducha, cuando escuché que sonaba mi móvil.

—Dime, Susi —contesté al descolgar.

—Buenos días, cariño. ¿Estás vestida?

—No, iba a ello, acabo de ducharme.

—Genial, pues ponte el bikini y ropa cómoda, vamos a pasear en barco.

—Vale.

Colgué sin decir nada más y volví a dejar el móvil en la mesita, cogí el segundo bikini que había comprado, el azul pastel con topitos rosas pastel y blancos, me lo puse con un *short* vaquero y una camiseta azul de tirantes anchos, las sandalias, y me recogí el pelo en una coleta alta.

Tras guardar lo necesario en la mochila, salí de la habitación para bajar al comedor donde cenamos la noche anterior y tendrían ya servido el *buffet* para el desayuno.

No vi a ninguno de los demás por allí, así que llené una bandeja con lo que me apetecía comer y me senté en una

de las mesas libres.

Para mi desgracia, el primero en aparecer fue Yeray.

—Buenos días, Campanilla —sonrió mientras se inclinaba para darme un beso en la mejilla, pero me aparté evitándolo.

Frunció el ceño, pero no dijo nada, no porque no quisiera, sino porque Rebeca y Julen, se acercaron en ese momento.

Cuando Susi y Carlos se unieron a nosotros, desayunamos mientras me contaban lo de la excursión en barco para ese día.

Nadie hizo alusión a mi huida del local la noche anterior, sin duda alguna a Yeray parecía no importarle el hecho de que me hubiera ido después de que me follara y se liara con otra, solo unos minutos más tarde.

Salimos del hotel y subimos a una furgoneta que al parecer Carlos había pedido prestada a un amigo, para movernos por la isla durante las vacaciones.

Tras un trayecto no muy largo, llegamos a nuestro destino.

—Bienvenidas al dique sur del puerto de Mogán, chicas —dijo Susi con una amplia sonrisa.

En cuanto bajamos de la furgoneta avanzamos por el puerto hasta un barco donde nos esperaba un simpático hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años que nos dio chalecos salvavidas a todos.

—Espero que no naufraguemos —dije mientras subía.

—Tranquila, que Oliver maneja el barco como nadie —respondió Carlos con una sonrisa, mientras miraba al capitán del barco.

Junto a Oliver había otros dos tripulantes más, dos chicos de unos veintipocos años que no perdían la sonrisa en ningún momento.

Ni siquiera cuando, en un momento de descuido y torpeza por mi parte provocado por los nervios de la mirada de Yeray puesta en mí, derramé la bebida que me habían dado poco antes sobre uno de ellos.

Ese era el efecto que el maldito bombero tenía sobre mí.

Durante aquel paseo en barco de tres horas, disfrutamos de las vistas que nos ofrecían los impresionantes acantilados de la zona que recorría la costa desde el puerto de Mogán hasta Tasarte.

Y entonces vi que el barco se dirigía a una playa, ahí entendí el hecho de que Susi me dijera que tenía que ponerme el bikini.

—Esta es la playa de El Parchel, y solo se puede acceder en barco —informó Julen.

Yeray había estado callado todo el trayecto, tan solo me miraba como si quisiera leer mi mente y saber por qué había evitado recibir su beso. ¿Es que las chicas no le habían dicho el motivo de mi marcha la noche anterior?

—Espero que estéis listas para hacer *snorkel*, chicas —dijo Carlos, sacándome de mis pensamientos.

—¿*Snorkel*? —preguntamos Rebeca y yo, al unísono.

—Sí, va a ser muy divertido —respondió Susi.

Los chicos del barco nos dieron todo el equipamiento necesario, y tras algunas instrucciones, uno a uno nos zambullimos en el agua ataviados con las gafas para poder ver la vida marina que nos rodeaba.

Aquello era precioso, algo que jamás pensé ver, pero que estaba viviendo de primera mano.

Los peces nadaban a nuestro alrededor como si nada, como si no fuéramos extraños invadiendo su espacio.

Rebeca me miraba sonriendo y no me pasó desapercibido el hecho de que Julen se mantuviera muy cerca de ella en todo momento.

Cuando menos lo esperaba, la mano de Yeray atrapó la mía y me llevó nadando hasta alejarnos de los demás, una vez salimos a flote, vi que la arena de la playa nos daba la bienvenida.

—¿Se puede saber qué haces? —grité retirándome el pelo de la cara.

—Quería hablar contigo.

—Pues yo no —dije girándome para tratar de sumergirme de nuevo, pero no me lo permitió, me cogió por la cintura y acabó sacándome del agua—. ¡Suéltame!

—Cuando lleguemos a la playa.

—Deja que vuelva con los demás.

—Primero vamos a hablar.

—¿No puedes esperar a que volvamos a la isla?

—¿Otras tres horas? Ni de coña.

Me dejó en el suelo poco después y se quedó mirándome con el ceño fruncido, pero sin decir nada.

—Habla, que no quiero que se vayan sin nosotros y nos dejen aquí tirados.

—¿Tan malo sería estar a solas conmigo en esta playa, Campanilla?

—Sí —respondí sin pensar—. No quiero estar con un imbécil como tú.

—¿Y por qué soy un imbécil, si puedo saberlo?

—No te hagas también el tonto, que no te pega —me crucé de brazos y comencé a caminar hacia la playa.

No había nadie allí, estábamos solos, completamente solos, y el barco estaba tan lejos que no podrían escucharnos.

—Melisa —me cogió por la cintura de nuevo haciendo que me girara—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué te fuiste anoche del local? Estabas bien, estábamos bien, lo que pasó...

—Fue un error, ya te lo dije. Además, para ti no significó nada, ¿no es así?

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño.

—Oh, por favor —volteé los ojos al mismo tiempo que levantaba los brazos al aire, desesperada—. Me follaste contra aquella puerta, y unos minutos después, estabas comiéndole la boca a aquella morena.

—¿Qué?

—No te hagas el sorprendido, Yeray, sé lo que vi, así que no me tomes por tonta, y no se te ocurra decirme que no era lo que parecía. La tenías en brazos y os estabais besando como si no hubiera un mañana.

No dijo nada, simplemente se quedó allí parado ante mí, mirándome con el ceño fruncido.

Suspiré antes de pasar por su lado dispuesta a volver al agua, quería alejarme de él.

—¿Dónde vas? —preguntó alcanzándome en un par de zancadas.

—Al barco, aquí ya no hago nada si no vas a decir una sola palabra más —respondí y me lancé al agua para regresar nadando hasta el barco.

Uno de los chicos me ayudó a subir, sonreí en agradecimiento y me sequé con la toalla que llevaba en mi bolso de playa.

Los demás seguían en el agua, pero poco después subieron también.

Cuando Yeray regresó al barco, nos sirvieron varios platos de comida y bebida durante el trayecto de vuelta.

Susi y Rebeca, me miraban con esa pregunta silenciosa en la mirada, querían saber algo, lo que fuera, pero simplemente me encogí de hombros.

Durante esas tres horas de regreso, hicimos muchas fotos, algunas se las enviamos a mi madre y a Saul, que respondían diciendo que esperaban que nos lo estuviéramos pasando bien.

Ojalá pudiera borrar lo que había pasado después de que Yeray y yo nos dejáramos llevar por lo que ambos habíamos deseado, porque no era agradable saber que se había acostado con aquella morena igual que había hecho conmigo.

Yeray se conocía muy bien aquel lugar, seguro que no era la primera vez que llevaba a una chica a aquel cuarto y se la follaba contra la puerta.

Cuando llegamos al puerto nos despedimos de Oliver y los otros dos chicos, regresamos al hotel para darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

Acabamos cenando en un bonito restaurante junto a la playa donde nos sirvieron un pescado que estaba riquísimo

acompañado de patatas y verduras.

La noche no acabó ahí, sino en el local de Christian, donde decidí no separarme de Rebeca, donde bebí, bailé y canté como si no hubiera un mañana, sintiendo la mirada de Yeray constantemente puesta en mí.

Hasta que la morena volvió a aparecer en escena, sonriente, vestida para seducir a cualquier hombre a su paso, pero con un objetivo claro: Yeray.

—Cariño —miré a Susi que me acarició la mejilla—. No te vayas, ¿eh?

—Tranquila, que esos dos no me joden más, sobre todo, él —me encogí de hombros.

Me hacía la fuerte, pero en lo más profundo de mi ser, estaba hecha pedazos.

Yeray me miró evitando a la morena, pero ella era insistente y cuando miró hacia donde él tenía puestos los ojos, frunció el ceño al verme.

—¿Otra vez ha venido Omaira? —escuché que preguntaba Carlos.

—Sí —dijo Susi con un suspiro.

—Joder, no va a darse por vencida.

—La culpa es de tu primo —respondió—, si hubiera cortado todo de raíz hace tiempo...

Yo fingía que no los oía, que me limitaba a beber de mi copa, pero los escuchaba perfectamente. Y eso solo me llevaba a preguntarme quién era ella, y por qué Yeray debería haber cortado con lo que fuera a lo que se refería Susi.

,

Estaba claro que se conocían muy bien, que eran algo más que amigos, porque yo no iba comiéndome la boca con mis amigos de ese modo por ahí.

Vale, tampoco iba follándomelos y con él me había dejado llevar hasta el punto de tener los tres orgasmos más increíbles de mi vida.

Patético, lo sabía, pero lo peor era que seguía enamorada de él.

,

Capítulo 15



Me desperté con un dolor punzante en la cabeza, y cuando abrí los ojos, la luz del sol entrando por la ventana se sintió como si me dejara ciega.

—¡Por el amor de Dios! —mascullé dejándome caer de nuevo en la cama.

—Feliz resaca, Campanilla —dijo Yera desde algún rincón de mi habitación.

En cuanto al fin pude abrir los ojos sin que el sol me cegara, eché un vistazo y lo encontré sentado en el sillón junto a la ventana. Llevaba unas bermudas color beige y una camiseta blanca. Estaba guapo con el pelo húmedo.

—¿Qué mierda haces en mi habitación? —odiaba hablar así, pero era el efecto de mis resacas matutinas tras una noche en la que me había pasado con las copas.

Y por lo que recordaba, puesto que aun habiendo bebido más de lo que debería siempre recordaba lo que había hecho, me bebí los mojitos y los chupitos de vodka caramelo como si fueran simples vasos de agua.

—Evitar que te levantas de madrugada, vomitaras, te cayeras de la cama, te desmayases o te ahogaras con tu propio vómito, por ejemplo.

—Espera, ¿dónde has...? —Señaló el lado vacío de mi cama y vi que estaba algo revuelto.

Genial, yo borracha y él haciendo de vigilante nocturno durmiendo en mi cama. Esto debía ser una broma.

—Acabo de volver de darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

—Oh, por Dios. Dime que no has dormido desnudo —mi voz sonó suplicante, a pesar de lo ronca que estaba por todo lo que canté y bailé la noche anterior.

—Aunque me encanta dormir así, no lo he hecho. Me dejé el bóxer puesto.

En ese momento me di cuenta de que notaba la tela de la sábana directamente sobre mi piel, lo que quería decir que...

—Sí —dijo, como si pudiera leer mi mente.

—Sí, ¿qué? —Fruncí el ceño.

—Tuve que quitarte el vestido, has dormido usando solo ese tanga blanco tan sexy.

—Jesús —me froté el rostro queriendo despertar, otra vez, pero esta vez sin tener la presencia del hombre que me hacía arder como si estuviera en el mismísimo Infierno.

Claro que, si lo pensaba bien, allí acabaría por haber tenido sexo con él, con uno de mis amigos.

Olvidemos por un momento que tengo sentimientos hacia este hombre, sentimientos muy fuertes y profundos, de hecho.

—Vamos, te vendrá bien una ducha —dijo y escuché que comenzaba a caminar hacia la cama.

—No se te ocurra quitar la sábana —le advertí mientras me aferraba a ella con fuerza, cubriendo aún mis pechos desnudos.

—¿Prefieres que me vaya? —su pregunta fue apenas un susurro mientras se apoyaba en la cama, mirándome fijamente con esos ojos verdes capaces de desnudarme, de ver mi cuerpo incluso mi alma a través de cualquier tela con la que me cubriera.

¿Quería que se fuera? Debería querer eso, sí, pero mi cuerpo en ese instante parecía ir por libre, al igual que mi mente, donde comenzaron a formarse las imágenes de lo ocurrido hacía solo dos noches.

Yeray, besándome.

Yeray, acariciándome.

Yeray, apartando la tela de mi tanga a un lado para llevarme al orgasmo con la mano, con la lengua, mientras me follaba contra la pared...

—Si vuelves a gemir y sonrojarte de ese modo, Campanilla, te aseguro que me enterraré tan profundamente en ti, que haré que grites mi nombre hasta que te quedes sin voz —susurró, y aquella excitante amenaza no solo hizo que se me escapara un gemido más, o que mis mejillas se sintieran tan calientes de repente como lava, sino que mi sexo se humedeciera tras una punzada de deseo, de anhelo de sentirlo, tan fuerte e indescriptible, que tuve que tragar con fuerza y mantenerme firme sin apartar la mirada de sus ojos—. Has gemido, te has sonrojado, y apostaría todo lo que tengo a que, si toco entre tus piernas, estás completamente mojada y excitada —Dios mío, ¿por qué era tan fácil para él leerme de ese modo? —. ¿Me equivoco? —Arqueó la ceja.

—Sal de mi habitación, Yeray —le pedí, esperando que mi voz sonara tan segura y convincente como quería que sonase.

—Voy a besarte, Melisa —susurró, acortando aún más la distancia entre nosotros, y apenas unos segundos después sentí el calor de sus labios sobre los míos.

Olía a su perfume, a gel de ducha y champú, y sabía a pasta de dientes mentolada.

Gemí en su boca mientras le permitía acceder con su boca en busca de la mía, mientras su mano sostenía mi nudo evitando que pudiera apartarme, alejarme de ese beso que empezaba a nublar me los sentidos, pero entonces otro beso vino a mi mente, uno que yo no le había dado.

Yeray de pie en el centro del reservado. La morena en sus brazos besándolo como si el hombre fuera suyo.

Lo aparté con la mano en su pecho tan fuerte como pude y frunció el ceño cuando me miró.

—No vuelvas a hacer eso —exigí mientras salía de la cama.

En ese momento no me importaba estar prácticamente desnuda, me daba igual que viera mi cuerpo curvilíneo, mis grandes pechos moviéndose con cada pisada fuerte y cargada de rabia que daba en mi habitación de camino al cuarto de baño.

Todo me daba igual, absolutamente todo, porque lo que él quería hacer conmigo, lo que yo quería hacer con él, ya lo habíamos hecho aquella noche.

Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta cuando entré, me quité el tanga sabiendo que podía verme y aun así me daba igual. Abrí el grifo de la ducha, comprobé que el agua estaba como a mí me gustaba y entré dispuesta a quitarme el peso y el cansancio de la maldita resaca.

Cerré los ojos con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando hacia el techo, dejando que el agua me cubriera por completo. Fue entonces cuando escuché la puerta de la ducha abriéndose y vi a Yeray entrando allí desnudo y

erecto.

ⁱ —¿Qué...? —no me dio tiempo a preguntar, se lanzó a mis labios con ávida desesperación y me besó con esa misma intensidad.

A la mierda todo, pensé mientras me rodeaba por la cintura con el brazo atrayéndome hacia él y nuestros cuerpos chocaron con un golpe seco.

Gemí de nuevo en sus pecaminosos labios, al tiempo que mis manos se enredaban en su cabello, acercándolo aún más a ese beso salvaje y fiero que me consumía.

¿La morena? En ese momento no estaba allí, no sabía quién era y en ese instante tampoco me importaba.

Yeray estaba conmigo, me besaba a mí, me tocaba a mí, eso era lo que había querido desde la primera vez que sentí sus labios y las yemas de sus dedos, hacía una década.

^a Me cargó en brazos y tras pegarme a la pared de la ducha, mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros, me penetró con fuerza y sin encontrar resistencia. Estaba tan excitada, tan mojada por él como había adivinado apenas unos segundos antes, que su miembro erecto entraba y salía con facilidad de lo más profundo de mi ser.

Me agarré a sus hombros, clavé las uñas en su carne, le arañé la espalda mientras arqueaba la mía y gritaba sintiendo su lengua y sus dientes en mis pezones, y tiempo después, no sabía cuánto exactamente, los dos nos corrimos liberando el clímax.

Yeray apoyó la frente en mi hombro mientras buscaba llenar de aire sus pulmones mientras yo, que también luchaba por recobrar el aliento, miraba hacia un punto fijo de la pared contraria.

^s

Y al igual que la vez anterior, la primera que nos entregamos a ese deseo y anhelo de sentirnos el uno al otro, el arrepentimiento me golpeó con fuerza.

^l —Vete —le pedí empujándolo por los hombros.

—¿Qué? —Me miró con el ceño fruncido.

—Bájame y vete de aquí, esto... no debería haber pasado, no otra vez.

—Campanilla...

—No, por favor —me negaba a mirarle—. Vete.

Permaneció en silencio durante el tiempo suficiente como para que pudiera escuchar el fuerte y retumbante latido de mi corazón aun con el sonido del agua rodeándome.

Finalmente me dejó en el suelo de la ducha, mirándome fijamente, y salió de allí sin decir una sola palabra más.

La morena de aquella noche volvió a mi mente, haciendo que me sintiera tan idiota como en el momento en el que vi a Yeray, después de hacerlo conmigo, besándose con otra.

Tras una ducha rápida, me vestí y bajé al comedor, necesitaba un café bien cargado y un par de pastillas para quitarme el dolor de cabeza.

Todos estaban en una de las mesas desayunando, sonrieron al verme y la primera en hablar fue Susi.

—¿Resaca? —preguntó al ver que solo llevaba un café y una tostada con jamón y tomate.

^S —Se me está pasando —me encogí de hombros.

—La ducha te sentó bien, entonces —dijo Yeray sin mirarme.

—Así es, muy bien de hecho.

Le dio un sorbo a su café y se quedó callado, pero esa conversación entre nosotros, que llevaba doble sentido sin que nadie lo supiera, hizo que cuatro pares de ojos nos miraran a uno y otro con preguntas silenciosas del tipo: “¿qué les pasa?”.

No pensaba contarles nada, nada más quería decir, puesto que tanto Susi, como Rebeca, sabían lo que pasó dos noches antes.

—Hola, chicos —nos giramos al escuchar una voz saludando y de haber tenido la tostada o la taza de café en la mano, se me habría caído al ver a la morena allí.

—Omaira, ¿qué haces aquí? —preguntó Carlos.

—¿Qué voy a hacer, tonto? Ver a mi chico —respondió ella, que, sin cortarse lo más mínimo, rodeó a Yeray por los hombros y tras sostener su barbilla hizo que la mirara para plantarle un beso en los labios—. Buenos días, bombón. ¿Me echaste de menos anoche?

Esa era una buena pregunta. ¿Echó Yeray de menos anoche a la morena, mientras dormía en mi cama? ¿O esta mañana cuando dijo que me iba a follar, y de hecho lo acababa de hacer apenas veinte minutos antes en mi ducha?

—¿No contestas, Yeray? —lo apremié, y me miró con el ceño fruncido— Podías presentarnos a tu chica —dije con todo el veneno que pude en mi voz.

¿—Meli...

—No, Susi, es de mala educación que no nos presente a su chica. O sea, vosotros tres la conocéis —dije señalándola a ella, a Carlos y Julen—, pero nosotras no —miré a mi sobrina y ella inclinó la mirada, lo que me hizo sospechar que sabía algo al respecto de quién era esa mujer.

—Soy Omaira —contestó la morena—, la amiga especial de Yeray, si sabes lo que quiero decir... —sonrió.

Y yo, sonreí, claro que lo hice. Pero no solo eso, sino que la miré con las cejas elevadas y escupí el veneno con el que podría envenenarme si me quedaba callada.

—Así que, amiga especial. O sea, algo así como... ¿Nos vemos para follar? —ella sonrió de nuevo, sintiéndose victoriosa— Vaya, pues deja que te diga algo. No eres tan especial entonces. Verás, te explicó —sonreí mientras me ponía de pie apoyándome en la mesa—. Hace dos noches, antes de que te besara y posiblemente te llevara a ese cierto lugar del local, estuvo follando conmigo en ese mismo cuarto. Anoche, durmió en mi cama, por lo que no creo que te echara mucho de menos. Y, ah, sí —sonreí mientras me erguía en toda mi pequeña estatura—. Acabamos de follar en la ducha. Chicos, os espero fuera.

Salí de allí caminando con paso firme, dejando a la morena en *shock* y con los ojos tan abiertos, que temí que se le acabaran saliendo de las cuencas.

¿Me importaba lo que pasara a continuación? No, no me importaba ni lo más mínimo.

—¡Tía!

—¡Meli!

Rebeca y Susi me llamaron al mismo tiempo, pero no me giré, tan solo seguí caminando hasta la calle, con ellas a mi lado.

—Esa mujer es odiosa hasta decir basta —dijo Susi, y solo asentí.

?

3

Capítulo 16



Ni cinco minutos llevábamos en la calle las tres esperando a que los chicos decidieran unirse a nosotras, cuando salieron Julen y Carlos.

—¿Yeray? —preguntó Susi.

—No viene —respondió Carlos—. Tiene asuntos que resolver.

—Puedes decirlo, Carlos —me dirigí a él con una sonrisa—. Va a pasar el día con ella y a follar, está bien. ¿Qué soy yo, a fin de cuentas? Una amiga, una amiga idiota que se enamoró de él hace años y con la que ha tenido sexo dos veces, eso es todo —me encogí de hombros y fui hacia la furgoneta.

Nadie dijo nada, cosa que agradecí sinceramente, y cuando se unieron a mí en la furgoneta, nos subimos para ir donde quiera que fuéramos esa mañana.

Durante el camino fui callada, mirando el paisaje y diciéndome a mí misma que dos días habían sido suficientes para estar molesta, pero se acababa ahí, desde ese mismo instante iba a hacer lo que me propuse cuando accedimos Rebeca y yo, a acompañar a mi mejor amiga en esas vacaciones. Disfrutar de todo lo que me pusieran por delante.

—Hemos llegado —dijo Carlos con una sonrisa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rebeca.

—A punto de dar un paseo en camello por las Dunas de Maspalomas —respondió Susi.

—¿En camello? —gritamos las dos al unísono.

—Sí —sonrió ella.

Bajamos de la furgoneta y fuimos hacia el lugar en el que esperaban los camellos.

Lo primero que hicimos fue saludarlos y tomarnos algunas fotos con ellos. Resultaron ser muy simpáticos y en el momento de hacer la foto, había alguno que acercaba el hocico y lo apoyaba en nuestra cabeza.

—A ese le gustas, Susi —reí al ver que el que estaba a su lado, acababa de darle un lengüetazo en la mejilla.

—Creo que me conoce de otros años —dijo entre risas.

—Colega, esta chica es mía —le advirtió Carlos, y el camello hizo un ruido como de protesta.

—Pelea de machos, lo veo venir —dije sin poder parar de reír.

—¿Estáis preparados? —curioseó el guía.

—No, pero que viva la aventura —contestó mi sobrina.

Los camellos se acomodaron en el suelo para ponernos fácil el acceso.

Se suponía que iríamos de dos en dos, puesto que a esas vacaciones habíamos ido seis personas, pero al quedarse Yeray con la morena, Julen dijo que iría solo en uno de los camellos, por lo que Rebeca y yo, nos sentamos en las sillas en uno de ellos, y Susi y Carlos en otro.

El guía nos fue contando que sería un paseo de apenas treinta minutos, y esperaba que disfrutáramos del paisaje.

Y lo hicimos, desde luego que sí.

Aquellos montículos de arena, que según nos dijo Carlos solían cambiar de posición según las condiciones del viento, te hacían sentir paseando por el mismísimo desierto del Sáhara, algo impresionante y digno de fotografiar, nada que ver con las grandes ciudades llenas de edificios y tráfico.

El guía nos dijo que todo aquello era la Reserva Natural Especial de las Dunas de Maspalomas donde convivían diferentes especies de fauna y flora acostumbradas a esos parajes desérticos.

Sin duda alguna, aquella fue una experiencia maravillosa que me quedaría en el recuerdo para siempre.

Tras regresar pudimos alimentar a nuestros camellos y despedirnos de ellos. El que nos llevaba a Rebeca y a mí

resultó ser un encanto y cuando le frotamos el hocico para decirle adiós, cerró los ojos y se inclinó.

—Busca una caricia con tu frente —me dijo el guía—. Así es como sus madres les dan afecto.

—Oh, así que, ¿buscas afecto, pequeñín? —sonreí y tras frotar un poco más su hocico, acerqué la frente y él movió la cabeza— Tú también me caes bien —murmuré.

Era curioso cómo había conseguido olvidar lo ocurrido con Yeray durante aquel paseo en camello.

—Y ahora, vamos a dar otro paseo, pero este no será tan tranquilo —anunció Carlos, mientras ponía la furgoneta en marcha.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunté.

—En absoluto —sonrió, pero del mismo modo que lo haría un niño pequeño a punto de hacer una travesura.

No pregunté más, preferí esperar y sorprenderme con lo que fuera que tenían planeado.

No tardé mucho en saberlo cuando llegamos a nuestro destino, un lugar donde nos esperaba un chico de cabello rubio y ojos grises, junto a cuatro *buggys*.

—Tito, gracias por hacernos un hueco —dijo Carlos, estrechándole la mano.

—Para los amigos, lo que necesiten.

Carlos nos presentó a Rebeca y a mí, entonces Tito preguntó por Yeray y Carlos lo excusó diciendo que no había podido acompañaros.

—Vale, dejaremos aquí uno de los *buggys*. ¿A quién llevaré de copiloto? —preguntó Tito, mirándonos a Rebeca y a mí.

—A la rubia —respondió Julen—. La morena viene conmigo.

—Perfecto, me gustan las rubias —Tito sonrió y me sonrojé—. ¿Vamos, preciosa?

Asentí y fui tras él para subir a uno de los *buggys*.

Julen y Carlos se encargaron de ayudar a las chicas, mientras Tito me ponía algunas prendas de protección.

—Espero que no le tema mucho a la velocidad —dijo.

—Depende de lo rápido que vayas.

—¿Seguimos hablando del *buggy*? —arqueó la ceja con una sonrisa, y me eché a reír.

—Sí.

—Vale. Voy a la velocidad justa para disfrutar de la experiencia. Levantar polvo en la arena y dar algún que otro salto sobre los montículos o los caminos, es lo mejor para descargar adrenalina.

—Mientras no me pierdas en el camino, puedes correr cuanto quieras.

—Tranquila, te llevaré bien sujeta —me hizo un guiño y subí, me abrochó varios cinturones de seguridad, y tras prepararse y ocupar su asiento, empezamos con aquel paseo.

Tito conducía rápido, pero no como para que me diera un miedo mortal, todo lo contrario, mis gritos eran de euforia y podía asegurar que me estaba divirtiendo y riendo con aquella experiencia.

No mintió, me llevaba bien sujeta en el *buggy* y los saltos que daba por montañas y caminos, conduciendo por un sinfín de senderos irregulares con los que mi cuerpo a veces se levantaba del asiento y estaba segura que acabaría con algún moratón, mientras nos llevaba a recorrer el sur de Gran Canaria y disfrutando de las vistas del valle que ofrecía aquel recorrido.

En cuanto regresamos al punto de partida Tito me miró con una sonrisa y al desabrocharme todos los cinturones, lo abracé.

—Ha sido alucinante —sonreí.

—Podrías conducir un poco, si quieres.

—No, mejor no, a no ser que quieras acabar volcando en algún punto del camino y tengan que venir a remolcarnos —reí.

—Vale, tú, mejor siempre de copiloto.

—Gracias, creo que necesitaba esto. Soltar adrenalina, ya sabes... —Me encogí de hombros.

—Un placer haberte sido útil. Cuando quieras volver, dile a Carlos que me llame y paso a recogerte.

Asentí, bajamos del *buggy* y nos reunimos con los demás. Rebeca estaba igual de emocionada que yo, incluso decía que aún podía sentir las piernas temblando con tanto ajeteo.

Nos despedimos de Tito y regresamos al centro para ir a comer a un bar cerca de la playa.

Seguíamos sin saber nada de Yeray, pero no me molesté ni siquiera en preguntar, podía hacer lo que quisiera, no éramos... nada.

Comimos, bebimos y reímos mientras decidíamos ir a tomar unas copas a un chiringuito que había en la playa con tumbonas y camas donde ponían buena música para bailar y estaríamos tranquilos.

—¿Y mañana qué tenéis planeado? —preguntó Rebeca— ¿Dónde iremos?

—¿Te gustan las sorpresas, preciosa? —dijo Julen con una sonrisa de medio lado y la ceja arqueada.

—Sí, suelen gustarme —sonrió ella.

—Pues entonces, déjate sorprender cada día. Los mejores planes, los que más se disfrutan, son esos que se improvisan —le hizo un guiño.

—En cuanto lleguemos al hotel, me voy echar un rato en la cama —dije—. Creo que voy a tener agujetas de tanto salto, hasta que volvamos a Madrid.

—Pero, ¿a qué ha sido divertido? —curioseó Susi con una amplia sonrisa.

—Sí, he gritado emocionada más que en una montaña rusa —reí.

—Oh, sí, eso desde luego —dijo mi sobrina—. La última vez que subiste a una montaña rusa, tuviste un ataque de pánico y prácticamente veías a Dios entre las nubes.

—Por favor, olvidemos ese día —le pedí riendo mientras me cubría el rostro.

—En mi vida te había visto tan pálida —dijo Julen.

—No vomitó de milagro —añadió Rebeca.

—Tener sobrina para esto... —resoplé.

Todos acabamos riendo, y tras tomarnos el café regresamos al hotel.

No había rastro de Yeray, por lo que supuse que, o estaba en su habitación con la tal Omaira, o se habían ido donde fuera que viviera ella.

Quedamos en vernos a las ocho y media en el comedor para cenar con Marisa, y en cuanto entré en la habitación, me desnudé, quedándome en ropa interior, y me metí en la cama.

En ese punto del día me sentía como si un camión me hubiera pasado por encima. ¿Habría algún sitio de masajes por allí?

—Tener sobrina para esto... —resoplé.

Todos acabamos riendo, y tras tomarnos el café regresamos al hotel.

No había rastro de Yeray, por lo que supuse que, o estaba en su habitación con la tal Omaira, o se habían ido donde fuera que viviera ella.

Quedamos en vernos a las ocho y media en el comedor para cenar con Marisa, y en cuanto entré en la habitación, me desnudé, quedándome en ropa interior, y me metí en la cama.

En ese punto del día me sentía como si un camión me hubiera pasado por encima. ¿Habría algún sitio de masajes por allí?

Capítulo 17



Cuando llegamos al chiringuito de la playa Carlos nos llevó hasta una mesa rodeada de sofás de madera con cómodos asientos y respaldos blancos.

Había varias en esa zona, todas con una gran vela en el centro a modo de iluminación, además de las guirnaldas de bombillas que colgaban del techo de aquella carpa.

Un poco más adelante estaban las tumbonas y casi al final de la parte que pertenecía al chiringuito, unas camas balinesas que Rebeca dijo que quería probar.

Yeray se sentó a mi lado, al igual que había hecho durante la cena con su tía Marisa, me miraba de reojo, como si estuviera estudiándome, como si quisiera leer mis pensamientos, pero no me dirigió la palabra ni una sola vez.

—¿Qué pedimos, chicos? —preguntó Julen.

—Aquí hacen unos cócteles sin alcohol buenísimos —dijo Susi, mirándome.

—¿Y por qué me miras al decirlo? —Arqueé la ceja.

—Bueno, ya sabes, por si no quieres levantarte mañana con otra resaca olímpica.

—Si está de ser, que así sea —me encogí de hombros—. Pide lo que quieras, Julen, si hay alcohol, mucho mejor.

Yeray suspiró a mi lado y cuando lo miré, movía la cabeza de un lado a otro, negando.

—No te preocupes, que no me voy a dar a la bebida por tu culpa —le dije.

Carlos y Susi miraron a Yeray, ellos sabían mucho más que yo, de lo que fuera que había entre la morena y él, pero no quería preguntarles, no me incumbía.

Julen llamó a uno de los camareros que, con una amplia sonrisa, se acercó a la mesa para tomar nota de nuestros pedidos.

Empezamos por cócteles para nosotras y whisky para ellos, pero no faltó una primera ronda de chupitos de tequila.

—Ven, sobrina, vamos a hacernos una foto allí con la palmera y las luces de fondo y se la mandamos a tu padre. Que vea lo guapas que están sus chicas esta noche —dije sonriendo tras dar el primer sorbo a mi cóctel—. Susi, háznosla, cariño.

—Vale, pero llevaros los cócteles —comentó sonriendo, al tiempo que se ponía de pie y cogía mi móvil.

Esa noche me había puesto un vestido en amarillo pastel monísimo que tenía del verano pasado, me gustaba cómo me quedaba y se ajustaba perfectamente a mi silueta.

Al pasar por delante de una de las mesas donde había un grupo de chicos, nos miraron y sonrieron, alguno incluso nos hizo un guiño y nosotras tres dejamos escapar una sonrisita tímida.

—Hasta en Gran Canaria ligas, petarda —me dijo Susi—, y encima te quejas de que tienes mal cuerpo.

—Os han sonreído y guiñado el ojo a vosotras, no a mí —le aseguré.

—Claro, claro, por eso el moreno de camisa azul sigue mirándote como un león hambriento —rio Rebeca.

—Anda, anda —moví la mano quitándole importancia—. Vamos, posa para la foto, loca —reí.

Nos hicimos varias fotos, incluso le pedimos a la camarera que recogía las mesas en ese momento que nos hiciera unas cuantas, a las tres juntas, la verdad es que salíamos estupendas con aquella iluminación en mitad de la noche

—¿Estáis solas, chicas? —preguntó uno de los chicos que nos sonreía desde la mesa.

—No, estamos con nuestros niños —contestó Susi mientras pasábamos por delante de ellos sin detenernos.

—Habla por ti, que ella y yo hemos venido solteras a estas vacaciones —le dije a mi amiga.

—Meli —murmuró ella.

—Ni Meli, ni nada.

—Tía, vamos a la mesa, anda —me pidió Rebeca.

—Genial, ahora qué pasa, ¿dos contra una? ¿Es eso? O mejor aún, ¿él se puede acostar con su amiga especial y yo no puedo quedarme a charlar con un grupo de chicos?

—No es eso, pero... Cariño, deberías hablar con él —dijo Susi.

—¿Hablar? Pues dime cómo, porque no me ha dirigido la palabra en toda la noche. Mira, da igual, voy a pasear por la orilla.

Llegué a la mesa donde nos esperaban los chicos y tras acabarme de un sorbo el cóctel, dejé la copa en la mesa y me giré para ir hacia la orilla.

Apenas si había llegado a la tarima de madera donde bailaban algunas parejas, cuando noté unas manos que conocía perfectamente posándose en mis caderas.

Me llevó hasta la tarima y se pegó a mí, entrelazando nuestras manos cuando hice el intento de apartar las suyas de mi cuerpo, ese cuerpo jodida y malditamente traicionero que se estremecía en cuanto él lo tocaba.

Los acordes de una guitarra empezaron a sonar en ese momento, y Yeray se inclinó para susurrarme al oído.

—Baila conmigo, Campanilla.

Me estremecí al escucharlo, era lo primero que me decía en toda la noche, y su voz sonaba tan dulce, pero tan ronca y sensual, que no pude negarme.

Dejé que nos meciera al ritmo de aquella guitarra, hasta que la voz de Tutto Durán se hizo presente.

“Apágame la Luna por favor, que no amanezca nunca, que lo que a mí me alumbra está en tu corazón...”

Cerré los ojos, había escuchado tantas veces esa canción desde que Yeray y yo la bailamos una noche en Madrid, que me hacía sentir todas y cada una de sus palabras como si fueran mías.

Le solté las manos y comenzó a deslizar las suyas por mi cintura, hasta rodearme con ambos brazos mientras me mantenía pegada a su cuerpo.

Fue entonces cuando me sorprendió escuchar su voz cantando en mi oído.

—*Aunque no quiera sin querer, me sale quererte todas las veces...*

Tragué con fuerza, no me podía estar cantando esa canción a mí, ¿verdad?

,

Había repetido tantas veces en mi cabeza que él no sentía lo mismo, que esto no estaba pasando realmente.

—*Lo que duro en tus manos enredado en tu mirada...* —seguía cantando y no pude evitar mirarlo por encima del hombro, luchando para que las lágrimas no salieran de mis ojos— *Aunque muera y yo vuelva a nacer, solo me sale quererte más...*

Se inclinó y me besó en los labios, hizo que me girara entre sus brazos y con las manos temblorosas luchando por no llorar, me aferré a sus hombros con fuerza.

—Yeray —murmuré cuando rompió el beso y apoyó la frente en la mía.

—Vamos —dijo entrelazando nuestras manos.

Caminamos hasta la orilla, donde nos descalzamos y tras dejar allí sus deportivas y mis sandalias, comenzamos a pasear notando el agua en los pies.

Permanecí en silencio sin saber qué hacer o qué decir, tan solo esperando que hablara él.

Y tras cinco minutos de silencio, me llevó lejos de la orilla y se sentó en la arena haciendo que me acomodara entre sus piernas.

—Conozco a Omaira desde hace años —comenzó a decir.

—No me interesa vuestra historia —dije intentando levantarme, pero me lo impidió abrazándome por los hombros aún más fuerte.

—Sí, sí te interesa —me aseguré—. Entenderás muchas cosas, Campanilla.

—Lo dudo.

—La conocí en unas vacaciones, cuando Carlos y yo vinimos a la isla a visitar a nuestros padres. Tú, tenías veinte años y acababas de empezar a salir con ese chico.

—Pedro —respondí.

—Ese. Te besé dos años antes, me dije que solo había sido un beso, únicamente porque no quería reconocirme a mí mismo que me gustabas desde hacía un tiempo —eso hizo que abriera los ojos, no me esperaba aquella confesión—. Éramos amigos desde hacía una eternidad, ¿cómo iba a sentir algo por ti? Estuve saliendo unos meses con una chica, pero no funcionó. Quise hablar contigo, quise decirte lo que sentía, y entonces nos presentaste a Pedro. No quería verte ese verano en brazos de otro tío, así que vine aquí.

—Y apareció Omaira —intuí.

—Sí. Nos conocimos una noche que Carlos y yo salimos, estuvimos hablando, riendo, bailando, y la siguiente noche que nos vimos, nos liamos. Cada verano que venía a pasar unos días, me liaba con ella. Tú tenías a tu novio y por más que pensaba en aquel beso que te di, en cómo te estremeciste al tocarte, me decía que solo fue cosa del momento, que no sentías lo mismo que yo. A fin de cuentas, salías con alguien.

—Pero rompió conmigo —murmuré.

—Y yo seguí con Omaira, solo liándonos en verano, y con alguna otra chica cuando podía en Madrid. Me decía a mí mismo que no tenía que desearte, que no podía sentir eso por ti, por una de mis mejores amigas.

—Yo sentía lo mismo —confesé—. Y cuando rompí con Pedro y tú estabas con otras chicas, volvía a decirme que era solo algo unilateral, que nunca habría nada entre nosotros. Conocí a Nacho, y tú empezaste a salir con Carolina. Se os veía bien, enamorados, ibais en serio y me alegré de que alguien llenara tu corazón.

—La quise mucho, pero creo que nunca la amé como debería. Solo un año juntos y la perdí en aquel maldito incendio, junto a mis padres. Si no hubiera salido con Carlos...

—No —dije girándome para mirarlo a los ojos y le acaricié la mejilla—. No te culpes por lo que pasó esa noche.

^S—Se cerró el caso sin que pudieran decirme qué pasó en realidad —murmuró con pesar—. Enterré a mis padres y a mi novia sin saber qué provocó aquel incendio.

—Yeray —le rodeé con los brazos por los hombros y él me abrazó con fuerza.

—Después de aquello no me permití sentir nada por nadie, solo era sexo, todas las veces que estuve con alguna mujer en Madrid, no era más que eso. Pero en todas, te veía a ti, te deseaba a ti.

—¿Y Omaira? —pregunté, con temor.

—Seguíamos acostándonos cuando venía en verano. Tú, empezaste a salir con Guille.

—Y desde hace dos años no he salido con nadie.

—¿Por qué, Campanilla? —interrogó con la frente apoyada en mi hombro.

—Porque no quería a nadie que no fueras tú.

—Seguía diciéndome que no podía ser, que no podía quererte, pero lo hacía. Y la otra noche simplemente hice lo que llevaba años deseando y evitando a partes iguales.

—Y después estuviste con ella.

—No, mi niña —me miró sosteniendo mis mejillas entre sus manos—. Ella se lanzó sobre mí como ha hecho siempre que he venido, me besó y la aparté en cuanto tuve ocasión. Le dije que se había acabado, que no iba a volver aquí para estar con ella, que cuando viniera, traería a mi chica de la mano.

—Te besó en el hotel de tu tía —le recordé.

—Y por eso no fui con vosotros, para aclararle que no habría un “nosotros” nunca más. Te quiero a ti, Melisa, siempre ha sido así, siempre debió ser así.

Me besó y sentí que la tensión del cuerpo se desvanecía poco a poco, que todo lo que había pensado siempre que podría pasar, estaba pasando de verdad.

—¿En serio esto es real? —susurré.

—Sí, mi niña —sonrió—. Si me aceptas, esto será real.

—¿Qué viste en mí? —pregunté— Mis ex solo veían mis grandes pechos y una cara bonita, el cuerpo no...

—Tus ex eran unos jodidos estúpidos, Melisa. Tu cuerpo es perfecto, toda tú lo eres. Toda tú me vuelve jodidamente loco desde que tenías dieciséis años. He sido un idiota por no hablar antes, lo sé, pero no quería seguir esperando. Por no hablar de que mi primo y Susi, me amenazaron con romperme un brazo si no me lanzaba de una puta vez, palabras tuyas —sonrió.

—Sí, eso suena mucho como Carlos y Susi —reí.

—¿Me concederás el honor de quererte, Campanilla? ¿Permitirás a este tonto que te ame de hoy en adelante? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Solo si tú me lo permites a mí, Peter Pan —sonreí.

—Dios, ven aquí —volvió a besarme y acabó arrastrándome hasta que se recostó en la arena conmigo sobre su pecho.

Empecé a reír y me abrazó con fuerza. ¿De verdad esto era real? ¿De verdad podría tener al hombre que me había robado el corazón siendo apenas una niña?

Se veía como un sueño, pero si ese era el caso, que no me despertara nadie.

—¿Me concederás el honor de quererte, Campanilla? ¿Permitirás a este tonto que te ame de hoy en adelante? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Solo si tú me lo permites a mí, Peter Pan —sonreí.

—Dios, ven aquí —volvió a besarme y acabó arrastrándome hasta que se recostó en la arena conmigo sobre su pecho.

Empecé a reír y me abrazó con fuerza. ¿De verdad esto era real? ¿De verdad podría tener al hombre que me había robado el corazón siendo apenas una niña?

Se veía como un sueño, pero si ese era el caso, que no me despertara nadie.

Capítulo 18



Esa mañana desperté entre los brazos de Yeray, sonreí mientras deslizaba la yema de los dedos por cada músculo de su torso, y cuando se despertó, volvió a hacerme suya en la cama y después en la ducha.

El hombre decía que quería recuperar el tiempo, que doce años sin sexo con su Campanilla, eran muchos encuentros los que nos debíamos.

Me había reído hasta que empezó a dolerme la tripa, pero que me perdonara Dios si mentía diciendo que no tenía razón.

Después de vestirnos y bajar al comedor a reunirnos con los chicos, todos sonrieron al vernos llegar a la mesa cogidos de la mano.

—¿Qué planes hay para hoy? —pregunté.

—Pasaremos el día en alta mar —contestó Carlos—. Alquilamos un barco y vamos a navegar, comeremos allí, y podremos darnos un chapuzón.

—Espero que debajo de ese vestido lleves el bikini —dijo Susi con una sonrisa.

—Lo llevo —sonreí mirando a Yeray por el rabillo del ojo.

Me había dicho que le gustaba cómo me veía con ellos, y ahora que sabía dónde iríamos, me quedaba claro por qué propuso que me pusiera uno de ellos.

En cuanto acabamos el desayuno salimos del comedor y nos encontramos con Marisa.

—Buenos días, chicos —sonrió—. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Navegar, mamá —dijo Carlos, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—Oh, ¿vais a llevarlas a ver los delfines?

—¿Delfines? —preguntó Rebeca.

—Sí, mi niña. Delfines, orcas y ballenas. Es un espectáculo precioso de ver.

—Carlos, dime que vas a llevarnos a ver eso —le pidió mi sobrina.

—A la mierda la sorpresa —suspiró él—. Gracias, mamá.

—Ay, lo siento mucho cariño.

—No te preocupes, Marisa —Rebeca se acercó a ella y la agarró del brazo—. Te aseguro que volveré a hacerme la sorprendida cuando los vea.

Nos despedimos de la madre de Carlos y subimos a la furgoneta para ir hacia el muelle del que partiríamos con el barco, uno que según nos fue diciendo Julen, manejaba un amigo de Carlos y Yeray.

Llegamos al conocido muelle de Puerto Rico y los chicos nos guiaron hasta el barco que nos llevaría a navegar.

—Aquí estáis —dijo un chico de cabello castaño que debía tener la misma edad que ellos—. Bienvenidos —sonrió.

—Adam —Carlos lo saludó con un apretón de manos y nos lo presentó a Rebeca y a mí.

Subimos a bordo de aquella embarcación y tras soltar los amarres, los chicos se quitaron la ropa y se quedaron con el bañador de bóxer que llevaban. Nosotras hicimos lo mismo, dejando la ropa en los bolsos de playa y quedándonos con el bikini y el pareo que llevábamos a juego.

Tomamos un zumo de frutas y mientras Adam nos llevaba a surcar el océano, nos acomodamos en las tumbonas que tenía en la cubierta del barco para tomar el sol.

—Así que, Yeray y tú... ¿Eh, pillina? —dijo Susi y me reí.

—No te hagas la tonta, que sé que Carlos y tú lo amenazasteis con romperle el brazo si no se lanzaba.

—Espera, alto ahí —dijo Rebeca incorporándose—. ¿A Yeray le gustaba mi tía y no dijo nunca nada?

—No te sorprendas, que ella tampoco movió ficha para hacerle saber que bebía los vientos por él —Susi volteó los ojos.

—Sabes por qué no dije nunca nada —protesté—. Pensé que no me veía más que como a una amiga.

—Obviamente, habéis sido un par de tontos que guardaban sus sentimientos hacia el otro de la manera más hermética —dijo Susi.

—¿Y qué pasa con la morena?

—¿Con Omaira? —pregunté.

—Sí, como sea que se llame —le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Le dejó claro que su relación de sexo veraniego se había acabado.

—¿Sexo veraniego? —Frunció el ceño.

—Sí, Rebeca —contestó Susi—. Yeray solo se liaba con ella cuando venía aquí en verano. El año pasado le dijo que eso debía acabar, que ella parecía querer algo más. Estuvo con ella antes de Carolina, y después de que la perdiera, volvió a sus brazos porque tu tía tenía novio.

—Así que, básicamente, los dos estuvisteis saliendo con otras personas al mismo tiempo porque no os atrevíais a decir en voz alta lo que sentíais el uno por el otro.

¹—Buen resumen, sobrina —asentí.

—Entonces, ¿ya puedo llamarlo tío? —Arqueó la ceja.

—¿A quién vas a llamar, tío? —la voz de Yeray nos sorprendió a las tres— Hola, Campanilla —se inclinó y me besó.

—Al que está besando a mi tía, por ejemplo —dijo Rebeca, al tiempo que volteaba los ojos.

—Ah, entonces sí, sobrina —él le hizo un guiño y sonreí.

—Chicos, estamos llegando a la zona de los delfines —dijo Carlos.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó mi sobrina, poniéndose en pie.

La seguimos y desde el barco pudimos ver a los delfines dando saltos cerca del barco.

Hicimos fotos y vídeos que después enviaríamos a mi madre y mi hermano, y disfrutamos de las orcas y las ballenas.

Tal como había dicho Marisa, era un espectáculo precioso de ver.

Continuamos navegando mientras comíamos un poco de fruta y algunos bollos que sacó Carlos, y tras esas tres horas de navegación, el barco se detuvo.

—Hora de un chapuzón, señoritas —anunció Julen.

Los seis nos lanzamos al agua, estuvimos nadando un buen rato y Adam desde el barco nos preguntó si queríamos hacer *snorkel*. En cuanto dijimos que sí, subimos a equiparnos y pasamos la siguiente media hora disfrutando del mundo marino que nos rodeaba.

Cuando decidimos salir del agua antes de que nos salieran aletas, nos esperaba todo un festín para comer.

Yeray no dejaba de tocarme, besarme y acariciarme el brazo de manera distraída.

Cuando terminamos de comer los demás fueron a la zona de tumbonas a tomar el sol, mientras Yeray y yo, nos quedamos sentados allí, en el sofá.

—Me encanta lo tranquilo que se está aquí —dije—. La paz que se respira.

—Por eso vengo cada verano, para olvidarme de la ciudad —me besó en la cabeza.

—¿Visitas a tus padres? —pregunté.

—Sí.

—Pero, aún no has ido...

—No.

—Deberías ir a llevarles unas flores.

—Me gustaría que me acompañaras.

—¿Qué? —Me giré para mirarlo.

—Quiero que vengas conmigo —volvió a decir con los ojos fijos en los míos.

—Yeray...

—Oye, eres mi chica, ¿no? Puedes acompañarme a llevarles unas flores —me besó.

—Ah, ¿soy tu chica? —Arqueé la ceja.

—Creí que era obvio desde anoche —sonrió.

—Disculpa que no lo sea, porque a mí, nadie me pidió nada —me encogí de hombros.

—Así que quieres que te lo pida, ¿eh? —sonrió de medio lado.

—Por supuesto.

Yeray soltó una carcajada, me cogió por la cintura haciendo que me sentara a horcajadas sobre su regazo y comenzó a acariciarme las mejillas y bajó hacia la espalda.

—Que me gustas, es obvio —comenzó a decir—. Que soy un tonto por no decírtelo antes, está claro —sonreí—. Que te quiero en mi vida para siempre, quedó claro anoche, ¿cierto? —arqueó la ceja y asentí— Bien, pues ya que tenemos los puntos básicos claros, dime, Melisa, mi pequeña Campanilla: ¿quieres ser mi chica?

Reí mientras le sostenía ambas mejillas entre mis manos y lo besé, fue un beso rápido, pero se sintió igual de bien que cada uno de los besos que nos dábamos.

—Siempre lo he sido, Yeray —le aseguré.

Me abrazó y comenzó a besarme el cuello.

Con cada nuevo beso y caricia que me hacía, sentí que ambos nos excitábamos. Yeray se puso en pie cargando

conmigo en brazos y bajó a la zona donde estaba el cuarto de baño.

—¿Qué haces? —murmuré cuando nos encerró allí.

—Comprobar cuán mía eres, Campanilla —dijo con ese tono ronco y cargado de deseo en su voz.

Me besó al tiempo que desabrochaba la parte de arriba del bikini, esa que me quitó y dejó caer en el suelo.

Masajeó mis pechos desnudos, acarició y pellizcó mis pezones y tras romper el beso se lanzó con hambre a ellos.

Lamió y mordió a placer, arrancando un gemido tras otro de mi garganta, mientras llevaba la mano dentro de la braguita del bikini y deslizaba el dedo entre mis labios, comprobando la humedad que comenzaba a formarse.

Moví las caderas yendo en busca de más, necesitando que me penetrara con el dedo y me hiciera gritar mientras me corría.

—Yeray... —gemí.

—¿Qué necesita mi chica? —preguntó mirándome con ese brillo de lujuria en sus ojos.

—Quiero que hagas que me corra.

—¿Cómo quieres que lo haga? —tragué con fuerza. Nunca había pedido nada, mis ex simplemente hacían lo que querían para satisfacerse a sí mismos y ya, mi placer no importaba, no tanto como el suyo al menos en sus mentes
— Dime, Melisa, ¿cómo quieres que te haga tener un orgasmo?

—Con tu mano, con tu lengua, y mientras me follas —dije, muerta de vergüenza, pero a él pareció gustarle escucharme porque el verde de sus ojos se tornó un poco más oscuro, más hambriento incluso.

—Que así sea, Campanilla.

Comenzó a penetrarme con el dedo, rápido y profundamente, tirando hacia él, arrancándome un gemido tras otro, y así me llevó al primer orgasmo, ese que me dejó con las piernas temblorosas.

Tras retirar la mano de mi sexo, se lamió el dedo saboreando mis jugos mientras me miraba fijamente.

Se arrodilló llevando entre sus dedos la braguita, me la quitó y la dejó caer en el suelo junto a la parte de arriba de bikini que había quedado por allí abandonada.

Me cogió por la cintura y, tras sentarme en el borde del lavabo, volvió a arrodillarse y comenzó a lamer mi clitoris como si la vida le fuera en ello.

Agarraba con todas mis fuerzas el mármol mientras dejaba la cabeza caer hacia atrás, arrastrada por todas esas sensaciones que me recorrían el cuerpo mientras la lengua de Yeray me llevaba lenta, pero inevitablemente al segundo orgasmo.

—Oh, joder —exclamé llevando la mano a su cabello, tirando de él ligeramente mientras el orgasmo me azotaba como un rayo a punto de hacerme estallar en pedazos.

—¿Vamos a por el tercero, Campanilla? —preguntó en tono seductor y asentí.

Tras bajarme del lavabo me giró, poniéndome de espaldas a él, haciendo que contemplara nuestro reflejo en el espejo.

Me inclinó hacia delante, separó mis piernas y tras enrollar mi cabello en uno de sus puños, me penetró mientras con la otra mano se aferraba con fuerza a mi cadera, haciendo que ardiera bajo la yema de sus dedos clavándose en mi piel.

Nuestros ojos se encontraban en el espejo, y en los suyos veía el mismo brillo que mostraban los míos, ese que solo el deseo, la lujuria y el amor podía formar en la mirada de una persona.

—Eres mi chica, Campanilla —dijo inclinándose para besarme el hombro sin apartar la mirada de mí, a través del espejo—. Por fin eres mía.

Siguió penetrándome con fuerza y hasta lo más profundo de mi ser, llevándome al tercer orgasmo, ese en el que se liberó él también con un ligero gruñido.

Cuando recobramos el aliento, me besó sin retirarse de mí, me abrazó y cogió una toallita para limpiarme antes de volver a vestirnos y subir a cubierta con los demás.

Seguían en las tumbonas por lo que supuse que no se habían dado cuenta de nuestra ausencia, hasta que Susi abrió la boca para decirme lo equivocada que estaba.

—¿El mueble del lavabo es resistente, Meli? —preguntó con una sonrisa de lo más perversa, la muy jodida.

¹—Lo es, prima —contestó Yeray, riendo antes de besarme el cuello.

Negué mientras suspiraba, hacía falta muy poco para que mi amiga dejara volar su mente, y eso, sin duda, había sido suficiente.

e

;

5

Negué mientras suspiraba, hacía falta muy poco para que mi amiga dejara volar su mente, y eso, sin duda, había sido suficiente.

Capítulo 19



Cuando llegamos al hotel, eran poco más de las seis y media. Yeray me pidió que me diera una ducha, me cambiara de ropa y bajara a reunirme con él cuando estuviera lista.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando subimos a la furgoneta.

—A llevar flores a mis padres —respondió cogiéndome la mano.

El resto del camino hasta el cementerio lo hicimos en silencio.

Lo que estaba a punto de vivir era algo tan íntimo, que me sentía mal por invadir ese momento en el que se reunía con sus padres, aunque fuera a través de una lápida y un montón de tierra sobre el ataúd.

Pero él había querido que lo acompañara, lo que no imaginé era que fuera a ser ese mismo día que hablábamos de tema.

Paró a comprar unas flores y cuando llegamos al cementerio, aparcó cerca de la entrada.

El camino por aquellos pasillos donde descansaban en paz aquellas almas, lo hicimos nuevamente en silencio y cogidos de la mano.

Estar allí me recordaba tanto a las visitas que le hacíamos a mi padre, que tenía el corazón encogido con cada paso que daba.

—Aquí es —dijo parado frente a dos lápidas unidas con la figura de un ángel esculpida en medio.

Antonio y Guadalupe eran sus nombres. Nunca los conocí, pero sentí el dolor de la pérdida de Yeray, tanto como sentí la de mi padre años atrás.

Dejó las flores en el centro de ambos tras limpiar un poco las hojas que caían del árbol que los cobijaba, se metió la mano en el bolsillo del vaquero y volvió a cogerme la mía.

—Les habrías gustado —dijo sin apartar la mirada de las lápidas—. Siempre dijeron que esperaba que encontrara a una mujer que no solo fuera mi esposa, sino también mi amiga, querían para mí eso mismo que ellos tuvieron. Carolina les gustaba, solo la conocieron durante esos meses de verano, pero la quisieron. Solo que mi madre sabía que ella no era la mujer con la que debía pasar mi vida.

—¿Cómo podía saberlo? —pregunté en un susurro.

—No lo sé, pero hay cosas que nuestras madres saben y nosotros no llegamos ni a sospechar —se encogió de hombros—. Creo que ella supo incluso antes que yo mismo, que me había enamorado de una de mis mejores amigas. Carlos solía decir que era porque hablaba mucho de ti cuando veníamos a verlos.

—¿Hablabas de mí? —Lo miré sorprendida.

—Sí, lo hacía sin darme cuenta, te lo aseguro —sonrió—. Pero eso debió alertar a mi madre lo suficiente como para saber que me gustabas.

—¿Te llevabas bien con ellos?

—Sobre todo con mi padre —sonrió—. Nos gustaba pasar una mañana entera revisando su coche. Aprovechaba cuando yo venía para hacerle cambios de aceite y esas cosas. Con mi madre me sentaba por la noche en el jardín a charlar después de cenar antes de salir con Carlos. Me preguntaba cómo me iba en el trabajo, si alguna vez volvería a la isla...

—Susi nos dijo el otro día que Carlos y tú, os estáis planteando veniros a vivir aquí —dije tragándome el nudo en la garganta, porque ahora que estábamos juntos, no podría separarme de él.

—Es cierto, hace tiempo que lo pensamos. Mi tía está aquí sola, por mucho que ella diga que tiene a sus empleados. Pero Carlos no quiere dejar a Susi.

o

—Ella está dispuesta a mudarse, solo tiene a Julen, pero seguro que él la seguiría.

—No lo creo —sonrió.

—¿Por qué piensas que no? Es su hermana pequeña, no querrían separarse.

—Campanilla, Julen adora a Susi, la quiere con locura, pero hay alguien en Madrid por quien no podría venirse a

la isla.

—Oh, eso no lo sabía.

—Solo Carlos y yo lo sabemos —se encogió de hombros.

—¿Está saliendo con alguien, y no nos lo ha contado a nosotras? Eso es un sacrilegio —protesté—. Nosotras siempre os hemos presentado a nuestros novios.

—Ojalá no hubiéramos conocido a los tuyos, eran unos idiotas.

—Coincido, pero ahí están, formando parte de mi pasado y nuestras vidas.

—No está saliendo con nadie, solo... Es complicado.

—Bueno, imagino que algún día nos hablará de ello.

—Cuando esté preparado para dar el paso. Quizás ahora que yo lo he dado, se atreva a darlo él también.

—Qué misterioso todo —sonreí—. ¿Tú te vendrías a la isla? —pregunté volviendo al tema que teníamos entre manos.

—Antes sí, aunque me dolería haberme alejado de ti, aun siendo solo una de mis mejores amigas. Ahora, creo que no podría dejarte allí.

—Pero tu tía...

—Si Carlos se viene con Susi, mi tía ya no estará tan sola. Además, seguiríamos viéndonos en verano, durante las vacaciones.

—Yeray —me miró cuando lo llamé y respiré hondo antes de hablar de nuevo—. Si quieres volver a la isla, hazlo. No te quedes en Madrid por mí.

—Campanilla —se giró sosteniéndome las mejillas entre ambas manos—, ya sabes que Peter Pan siempre está con su pequeña hada —sonrió mientras se inclinaba para besarme—. No voy a dejarte, mi niña, no ahora que después de tanto tiempo por fin te tengo.

Me abrazó y miramos juntos hacia las lápidas.

—Ya la tengo, papá —dijo en un susurro—. Tengo a la mujer que quiero, esa que ante todo siempre será mi mejor amiga.

Cerré los ojos aferrándome a su abrazo, sintiendo las lágrimas queriendo salir, pero las controlé tanto como pude.

Yeray volvió a cogerme de la mano y regresamos a la furgoneta para ir de vuelta al hotel, donde dijo que nos esperaban todos para ir a cenar.

En cuanto llegamos, subieron a la furgoneta y Yeray nos llevó hasta un bar cerca del Puerto de Mogán donde dijo que servían las mejores papas arrugadas con mojo picón.

Pedimos varias raciones para compartir, y después de cenar fuimos a tomar una copa en el local de Christian.

No es que me encontrase demasiado cómoda allí sabiendo que Omaira podía aparecer en cualquier momento, y eso me hacía sentir de nuevo insegura.

Ella era el tipo de mujer con la que había visto siempre a Yeray, por eso me resultaba tan difícil creer que sintiera algo por mí.

La noche fue avanzando y no hubo rastro alguno de aquella morena que se lanzó a sus brazos para besarle sin saber si había alguien en su vida en ese momento.

Estábamos bailando en la pista, pegados el uno al otro, cuando empezó a sonar una canción de Pablo Alborán, esa que disfrutamos los dos al máximo a golpe de cadera, pero que en un momento del estribillo Yeray me rodeó por la cintura con un brazo mientras me acariciaba la mejilla con la otra mano.

“No vaya a ser que me enamore aún más de ti. No vaya a ser que me equivoque y te vuelva a perder...”

Sonreí, lo abracé mientras le besaba en los labios y susurré en su oído.

—No me vas a perder, Yeray, ya no.

Suspiró aliviado, y volví a besarle.

Capítulo 20



Tras el desayuno, los seis nos subimos a la furgoneta y Carlos nos llevó a conocer un poco más la isla.

Empezamos por el Barrio de Vegueta. Los chicos nos guiaron por sus calles hasta la Ermita de San Antonio Abad donde según contaban las historias de los isleños más antiguos, Cristóbal Colón entró a rezar durante una de sus escalas por la isla. Prueba de aquel hecho era la placa conmemorativa ubicada junto a la puerta de la ermita.

Y frente a la ermita se erigía la llamada Casa de Colón, un edificio pensado y dedicado a mostrar, como un museo todas las esas visitas que hizo a la isla en sus travesías marítimas.

Nos adentramos por los callejones y todo lo que nos rodeaba no hacía sino confirmar que me iba a ir de esa isla mucho más enamorada de lo que ya estaba.

Llegamos a la Plaza de Santa Ana, donde las esculturas en hierro de ocho perros nos dieron la bienvenida.

—Las esculturas representan las ocho principales islas de Canarias —dijo Carlos mientras caminábamos entre ellos—. Fue un regalo que, en mil ochocientos noventa y cinco, el hijo de Thomas Miller, un empresario británico afincado aquí, hizo a la ciudad. Los perros de Santa Ana podrían considerarse los custodios de la catedral —señaló hacia la fachada de la misma.

Si la fachada impresionaba, el patio de naranjos que hacía las veces de antesala a la catedral junto con el aroma que se apreciaba, era una maravilla.

Nos adentramos en la catedral donde no se podía evitar admirar sus columnas, los altos techos y las lámparas que colgaban de ellos.

Los chicos nos guiaron hacia el acceso para subir a las torres y las vistas panorámicas del barrio, así como de la isla, eran un espectáculo digno de ver que no podía perderse nadie que visitara la isla.

De vuelta en la calle, hicimos una parada para tomar café en la Plaza del Espíritu Santo, donde la fuente de piedra con una cubierta y rodeada de diversas plantas tropicales, ubicada en el centro, era el reclamo turístico de la plaza

Mi móvil empezó a sonar y al ver que era mi madre, sonreí mientras descolgaba.

—Hola, mamá —saludé.

—Hola, cariño. ¿Qué tal lo estáis pasando?

—Muy bien, hoy hemos salido a conocer un poco más de la isla. Estamos tomando un café antes de continuar.

—¿Y tu sobrina? Cuidala, que eres la mayor.

—Tranquila, que está perfectamente. ¿Quieres hablar con ella?

—Sí, dile que se ponga.

—Espera —me retiré el móvil de la oreja y se lo acerqué a Rebeca—. La abuela —le dije—, quiere hablar contigo.

—¡Abuela! —gritó emocionada al saludarla— Genial, esto es precioso.

Sentí la mano de Yeray cogiendo la mía, y cuando lo miré, sonrió mientras se inclinaba para besarme.

—Así que te está gustando mi isla —curioseó.

—Mucho. Podría vivir aquí —sonreí.

—No, jamás te apartaría de tu familia —lo dijo en tono serio, como para dejar claro que en sus planes no entraba mudarse a la isla y arrastrarme con él.

—Pero si yo quisiera...

—Melisa —cuando decía mi nombre completo con ese tono autoritario, sabía que no tendría opción a réplicas—. Tu familia está en Madrid, y allí vamos a quedarnos.

—Al menos hasta que lo nuestro acabe —respondí.

—¿Por qué tendría que acabar, Campanilla? —Arqueó la ceja.

—Todo acaba, Yeray —suspiré encogiéndome de hombros.

—Lo nuestro no, a menos que la parca nos lleve a uno de los dos, ¿me oyes? Lo nuestro, es para siempre —susurró y volvió a besarme.

Mentiría si dijera que no tenía el corazón a punto de salirse del pecho dada la velocidad de sus latidos. ¿Cuándo me había dicho alguien unas palabras tan bonitas? Nunca, ninguno de mis ex lo hizo.

Para ellos era una mera distracción hasta que se cansaron de mí, no estaba dentro de los estándares que ellos andaban buscando, siempre fui una cara bonita con dos grandes pechos y listo.

Cuando Rebeca terminó de hablar con mi madre, regresamos a la furgoneta. La visita a la isla continuaba y lo hicimos yendo al puerto de Mogán para ver el mercadillo.

—Os va a encantar, chicas —dijo Susi la mar de emocionada—. Hoy toca hacer compritas —sonrió, al tiempo elevaba ambas cejas de manera juguetona.

—Y eso nos deja a nosotros el papel de cargar con ellas —comentó Carlos por lo bajo.

—No murmures, que te quedas sin postre esta noche —le advirtió ella.

—No quieras ser castigado de ese modo, colega —rio Julen.

—Tú, compra, nena, que yo llevaré con gusto tus bolsas —la rodeó por la cintura y le dio un beso.

Hacían una pareja preciosa, perfecta, ambos con el mismo sentido del humor y ese amor que se profesaban.

Sonreí mientras nos dirigíamos hacia la zona de los puestos, y Susi tenía razón, había de todo.

Ropa, calzado, flores, productos gastronómicos típicos de Canarias y una gran variedad de artesanía.

Me enamoré de un vestido azul cielo con el escote en V y un cinturón en azul marino que compré con la intención de usarlo una de esas noches, además de unas sandalias de tacón en el mismo tono de azul.

Compramos algunos recuerdos que llevar a casa y picamos con esos dulces típicos que Rebeca miraba con ojos de cachorro. Éramos las tres unas golosas, aunque después me arrepintiera un poquito de comer ciertas cosas. Pero

nada que una buena caminata no solucionase.

Los chicos nos dejaron por allí para ir a una de las tiendas, no dijeron nada, pero tampoco preguntamos, puesto que nos quedamos allí comprando algunas pulseras artesanales, así como unos pendientes que serían el complemento perfecto para mi nuevo vestido.

Cuando nos reunimos todos de nuevo fuimos hacia la zona del puerto para pasear por la orilla de sus canales, donde se encontraban las casitas de los pescadores, toda una atracción turística, dado que en el blanco de sus fachadas resaltaban los colores vivos de los ribetes y cenefas con los que habían sido decoradas.

—Hora de comer, y ningún lugar mejor que este —dijo Yeray—. En cada restaurante de la zona sirven pescado fresco y lo preparan de varias formas, a cual más buena.

Entramos en uno de ellos y tras pedir vino y varios platos de pescado para compartir, degustamos aquellas delicias, así como papas arrugadas y ensalada para acompañar.

—¿Salimos esta noche o nos quedamos de tranquis en el hotel? —preguntó Carlos mientras tomábamos el café—. Podemos tomarnos unas copas en el jardín. Lo digo porque, si queréis, podemos visitar el acuario ahora —dijo mirando el reloj.

—Suená bien —sonreí—. Vamos al acuario y esta noche descansamos. Podemos salir mañana a cenar y bailar.

—Mañana por la noche haremos algo mejor que cenar y bailar, Campanilla —comentó Yeray.

—¿Y qué sería eso? —Arqueeé la ceja.

—Es una sorpresa, Meli —contestó Susi con una sonrisa de oreja a oreja.

—Una sorpresa para nosotras dos, querrás decir —señalé a Rebeca y después a mí.

—Obvio que sí, yo sé todo lo que haremos cada día en estas vacaciones.

—Eso es jugar sucio —protestó.

—No, es planear con mi chico las cosas que más os van a gustar. Os conozco mejor que ellos.

—Ahí tiene razón mi hermana —rio Julen.

—Vale, veo que seréis cuatro contra dos. Me rindo —levanté ambas manos al aire.

—Entonces, ¿visita al acuario, señoritas? —interrogó Carlos.

—Una idea fantástica, don Carlos —respondí.

—Joder, me siento como El Padrino, ¿dónde está mi gato?

—Tú tienes gata, cuñado —dijo Julen con una sonrisa.

—Oh, sí. Miau.

Al ver a Susi mover la mano como si arañara mientras maullaba como una gata, nos echamos a reír. Era única y estaba loca, pero era nuestra loca favorita.

En cuanto acabamos de comer regresamos a la furgoneta cargados con las compras y Carlos puso rumbo al acuario llamado, Poema del Mar.

Cuando llegamos, me maravilló aquel espacio donde fauna y flora de todo el mundo convivían en las diferentes zonas del acuario.

Durante todo el recorrido Yeray caminaba a mi lado, cogidos de la mano, pasándome el brazo por los hombros y manteniéndome pegada a su costado, besándome cuando le apetecía o dejando un sutil y breve beso en mi cabeza como gesto de cariño.

Por más que alguna vez me preguntara cómo sería ser pareja de Yeray, nunca llegué a imaginar que se mostrara tan atento y cariñoso.

Llegamos al final del recorrido y, a través de aquel enorme y curvo cristal que nos daba la bienvenida a las profundidades marinas, contemplamos rayas, atunes, pirañas y tiburones entre otras muchas especies de depredadores que habitaban en las aguas de Gran Canaria.

Dimos por finalizado aquel día de excursión conociendo la isla y regresamos al hotel, donde teníamos la intención de darnos una ducha, ponernos cómodos y cenar con Marisa para después tomar una copa tranquilamente en el jardín.

—Una pregunta a las novatas —dijo Julen antes de bajar de la furgoneta—. ¿Alguna de las dos tiene claustrofobia?

—No, al menos que sepamos —contesté después de mirar a mi sobrina.

—¿Por qué lo preguntas? —curioseó Rebeca.

—Porque mañana os llevamos a dar un paseo en submarino.

—Sabía que no podías mantener el secreto, hermanito —resopló Susi.

—Es que es mi parte favorita de las vacaciones, ya lo sabes.

—Pues eso, chicas, mañana después del desayuno, vamos hasta el puerto de Mogán para subir en un submarino.

—Me encanta la idea, será casi como antes, en el acuario —dijo Rebeca.

Entramos al hotel, saludamos a Marisa y subimos a las habitaciones, quedando en vernos una hora después en el comedor.

—No, al menos que sepamos —contesté después de mirar a mi sobrina.

—¿Por qué lo preguntas? —curioseó Rebeca.

—Porque mañana os llevamos a dar un paseo en submarino.

—Sabía que no podías mantener el secreto, hermanito —resopló Susi.

—Es que es mi parte favorita de las vacaciones, ya lo sabes.

—Pues eso, chicas, mañana después del desayuno, vamos hasta el puerto de Mogán para subir en un submarino.

—Me encanta la idea, será casi como antes, en el acuario —dijo Rebeca.

Entramos al hotel, saludamos a Marisa y subimos a las habitaciones, quedando en vernos una hora después en el comedor.

Capítulo 21



Tras una noche donde no faltaron las risas ni las copas en el jardín del hotel, y un sueño de lo más reparador, desayunamos y cogimos la furgoneta para ir hasta el puerto donde empezaría nuestro paseo en submarino.

—De verdad que no tenéis claustrofobia y que podréis estar sumergidas, ¿verdad? —preguntó Julen cuando llegamos.

—Sí, sí, seguro —sonrió Rebeca.

—Son cuarenta minutos allí abajo, a unos veinticinco metros de profundidad —continuó.

—¿Quién dijo miedo? —respondí.

—A ver, que tú te pusiste histérica en lo alto de una atracción no hace mucho —Carlos arqueó la ceja.

—Por el amor de Dios, ¿ese momento me perseguirá el resto de mi vida? ¿Es que no pensáis dejar de mencionarlo?

—No —rieron los cinco.

—Genial, tener amigos y familia para esto —resoplé.

—Campanilla, no te enfades —me pidió Yeray, rodeándome por la cintura—. Solo habías estado un par de horas y dijiste que llevabas cinco —rio.

—A mí me lo parecieron, desde luego —contesté—. Y agradece que no fuera más lejos porque seguro que podría haberme parecido una maldita eternidad estando allí arriba.

—Si hubiera sabido que estabas ahí, habríamos llegado mucho antes.

—El camión de bomberos corre, pero no vuela —arqueé la ceja.

—Hubiera logrado que corriera más —me besó y continuamos caminando hasta el lugar en el que se pagaba para subir al submarino.

La verdad era que no tenía claustrofobia, pero, ¿el hecho de estar encerrada en un habitáculo a tanta profundidad? Daba un poquito de miedo, la verdad.

Cuando accedimos al interior del submarino junto con otros muchos turistas que darían aquel paseo, me quedé impresionada.

—El espacio es más grande de lo que pensaba. Y eso que desde fuera se veía grande, pero... —comenté.

—Tranquila, que no pareceremos sardinas en lata —rio Susi.

—Ya veo, ya —sonreí.

Nos acomodamos en los asientos junto a las grandes ventanas panorámicas, y una vez que todo el mundo estuvo en su sitio, el submarino empezó la travesía.

Poco a poco fue avanzando y comenzó a hacer la maniobra de inmersión, de modo que el agua cubría las ventanas, alejándonos de la superficie y diciendo adiós a las casas y todo lo que había en ella, dando paso al mundo marino ante nosotros.

Yeray me mantenía cerca todo el tiempo, algo que me pareció de lo más reconfortante, ya que, un poquito de miedo sí que tenía. Pero era normal, a fin de cuentas, no tenía los pies en la tierra por decirlo de algún modo, no caminaba sobre llano, sino que me estaba dejando llevar al fondo del océano.

Multitud de peces y otros animales marinos nadaban tranquilos cerca de nosotros, como si ya estuvieran tan acostumbrados al submarino que no se sintieran atacados ni amenazados por él.

Algunos bancos de peces se acercaban a las ventanas, nadando de un lado a otro, mostrándose curiosos como si pudieran vernos a través del cristal y pensarán: “¿Quiénes son esos seres?”.

Pero no solo peces pudimos ver en aquel recorrido marítimo hacia el fondo del océano, sino que encontramos diferentes restos de barcos hundidos en aquella zona.

—Debió ser agonizante para quienes sufrieron en esos barcos —dije, y noté que Yeray me abrazaba aún más.

—Lo fue, estoy seguro. Solo hay una muerte que no lo es —contestó con calma—. Esa que llaman la muerte dulce, mientras duermes.

—Tus padres... Carolina —murmuré y él asintió.

—Sí, eso al menos me consuela. Estaban dormidos, inhalaron tanto gas que no se enteraron de nada.

Le besé la barbilla, me miró con ese brillo en sus preciosos y penetrantes ojos verdes y se inclinó para apoderarse de mis labios en un beso profundo.

—¿Estás bien, Campanilla?

—Si te refieres a que estamos a varios metros de profundidad en mitad del océano, y que eso podría provocar que entrara en pánico, tranquilo, no pasará, estoy bien.

—No queda mucho para que se acaben las vacaciones.

—Y por eso vamos a aprovechar todo ese tiempo para seguir disfrutando —sonreí.

—Tortolitos, ¿cómo vais? —preguntó Rebeca.

—Perfectamente —la miré—. Puedes estar tranquila, no me va a dar un ataque de histeria ni empezaré a gritar que quiero salir de aquí —sonrió ante mi respuesta—. Estoy disfrutando de las vistas.

—Seguimos hablando de las vistas marítimas, ¿cierto? —arqueó la ceja con esa sonrisa picarona en los labios.

—De todas, Susi, de todas —reí.

—Esa es mi chica —hizo un guiño y nos dejó tranquilos.

Seguimos disfrutando del paseo rodeados de agua y animales, poco después empezó con la maniobra de ascenso y de nuevo la luz del día nos daba la bienvenida a la superficie.

Salimos del submarino y los chicos nos llevaron a tomar un café mientras decidíamos qué hacer a continuación.

La propuesta de Carlos y Julen fue ir a hacer *coastering* allí mismo, en el Puerto de Mogán.

¿Y qué diantres era eso? Pues por lo que nos explicaron a Rebeca y a mí, se trataba de hacer un recorrido multiaventura con escalada, rápel, recorridos y tirolinas yendo por acantilados, desde los que podríamos saltar al agua y explorar cuevas.

—A ver, a ver —levanté ambas manos—. Lo de sumergirme a veinticinco metros de profundidad en un submarino, pase porque iba protegida y no había mucho riesgo de que me ahogara. Pero, ¿saltar desde un acantilado, donde podría caer de mala postura y partirme, Dios sabe qué partes del cuerpo en el proceso al caer al agua? No, me niego. Conmigo no contéis.

—Vamos, Meli, si seguro que te gusta —dijo Julen.

—¿Debo recordaros que casi veo a nuestro creador en lo más alto de aquella atracción? —Arquee la ceja.

—Nada de saltos para ti, entonces —comentó Carlos.

—Solo la tirolina, si quieres —añadió Susi.

—¿La tirolina? —Abrí mucho los ojos— Madre mía, quiero volver intacta a Madrid, ¿sabéis?

¿Qué pasó después, os estaréis preguntando? Pues que sí, que acabé accediendo a hacer *coastering* y Carlos nos llevó hasta la zona del Puerto de Mogán donde nos encontrábamos para vivir aquella experiencia única, según dijo.

^e Y desde luego que iba a ser única, al menos para mí, porque en cuanto me dieron el casco protector, me pusieron el arnés y demás protecciones para una práctica de escalada, rápel y lanzamientos en tirolina, supe que una y no más, Santo Tomás, como solía decir mi madre.

Fue divertido, sí. Que solté adrenalina gritando como una loca, también.

Que disfruté explorando esas cuevas de las que hablaban, tras un salto desde el acantilado en el que no me rompí ni un solo hueso, lo admitía, disfruté y mucho sobre todo porque Yeray, me acompañaba y me mantenía tranquila y serena sin soltarme de la mano, acariciándola de vez en cuando y besándome como diciendo: “estoy aquí, / Campanilla, siempre lo estaré”.

Pero por mucho que todo eso fuera increíble y emocionante, no habría una repetición al respecto en mi vida donde lo más arriesgado que hacía era subirme, una vez al año, en atracciones vertiginosas con mi sobrina.

Tras la aventura vivida fuimos a comer a uno de los restaurantes del puerto y volvimos a disfrutar de un paseo por sus calles, donde compramos algunos dulces e hicimos más fotos para guardar como recuerdo de las que, sin lugar

a dudas, sí que estaban siendo unas vacaciones inolvidables en todos los sentidos.

e

.

r

a dudas, sí que estaban siendo unas vacaciones inolvidables en todos los sentidos.

Capítulo 22



Los días habían ido pasando entre la playa, paseos y cenas charlando mientras recordábamos algunas de las locuras que los cinco habíamos hecho juntos a lo largo de los años.

Rebeca, que era la más joven y solo hacía un par de años que salía con nuestro grupo, decía que le parecía imposible que los adultos que pensaba que éramos, sobre todo los chicos, hubiéramos sido capaces de algunas de aquellas ocurrencias.

Y como no podía ser de otra manera, el decimoctavo cumpleaños de Susi salió en una de esas conversaciones, y dijo que quería ver las fotos para poder creerse a ciencia cierta que Yeray había usado leotardos como Peter Pan.

También disfrutamos de la compañía de Marisa, esa mujer nos trataba a Rebeca y a mí del mismo modo que a su hijo, su sobrino, a Susi y a Julen, como si fuéramos realmente de su familia.

No le pasó desapercibido a esa mujer de ojos suspicaces y una sabiduría propia de la edad, el hecho de que Yeray estuviera mucho más atento conmigo, por no hablar de cómo sonrió al ver a su sobrino besarme cuando pensaba que ella no miraba.

—Hacía tiempo que no lo veía así. Tan solo una vez fue feliz con una persona y la tragedia que se la arrebató lo mantuvo desolado durante meses. Mi sobrino te ama, Melisa, y por lo que puedo ver, no es de ahora, sino de mucho antes —fueron sus palabras cuando Yeray me dejó a solas con mi vergüenza tras el beso y las mejillas como dos tomates.

Pero las vacaciones llegaban a su fin, estábamos a solo unos días de regresar a Madrid, pronto se cumplirían las dos semanas de permiso que teníamos todos para descansar, desconectar y vivir aquella isla como nunca antes pensé que la viviría.

Para aquella noche de viernes los chicos tenían una sorpresa preparada, algo que no querían decirnos bajo ningún concepto, ni siquiera Susi podía hablar sobre el tema porque aseguraba que en esa ocasión no habían contado con ella para prepararlo.

Tan solo nos dijeron que usáramos ropa cómoda y nos dejáramos llevar, así que después de cenar, nos hicieron subir a la furgoneta con destino a un lugar secreto, así lo había dicho Carlos.

—Hemos llegado, señoritas —anunció cuando paró la furgoneta en una especie de aparcamiento.

—Susi, dime que tu novio no nos ha traído aquí para que nosotros cuatro demos un paseo nocturno por el bosque y que vosotros uséis la furgoneta de picadero —dije mirando a mi mejor amiga—. Para eso tenéis vuestra habitación de hotel, por el amor de Dios, Carlos.

—Oye, que no estamos aquí para eso —Carlos frunció el ceño—. Oh, bueno, no sé, igual los chicos tienen planes y quieren seduciros esta noche en el bosque, pero eso es cosa suya —dijo levantando ambas manos.

—Campanilla, os hemos traído a la Ventana del Nublo para contemplar las estrellas —miré a Yeray que me cogía de la mano—. Este es el mejor rincón de la isla para disfrutar de la vista del firmamento nocturno. Aquí no hay edificios que lo impidan —sonrió.

—Oh —no sabía qué más decir, aquello me había pillado tan de sorpresa que miré hacia afuera y vi que había muchos coches aparcados en los que antes no había reparado.

—Vamos, es un bonito paseo entre montañas bajo el manto de la noche —dijo Julen con un guiño.

Cuando bajamos de la furgoneta vi que los chicos sacaban unas mochilas del maletero que se colgaban a la espalda, además de que cada uno de ellos llevaba una linterna con la que alumbrar el camino.

—¿Qué...? —escuché a Rebeca preguntar tras de mí y, cuando miré, Julen la tenía cogida de la mano tal y como Carlos y Yeray nos llevaban a Susi y a mí.

—Para que no te nos pierdas, pequeña —sonrió él y vi que mi sobrina se sonrojaba.

Ahí había algo que ella no me estaba diciendo, pero él tampoco. O tal vez solo eran cosas mías, no podía estar segura.

Emprendimos el paseo en aquella ruta de senderismo nocturno por las montañas de Gran Canaria para llegar a la llamada Ventana del Nublo como había dicho Yeray.

La verdad era que, en aquel lugar alejado de las casas, así como de algunos edificios, era una pasada poder disfrutar de las vistas que el firmamento nos ofrecía.

Me pareció escuchar un crujido a un lado y me estremecí, ¿sería posible que hubiera animales salvajes por ese lugar?

—Tengo la sensación de que en cualquier momento saldrá un hombre lobo de entre las sombras y nos atacará a todos —dije más alto de lo que pretendía, así lo supe cuando escuché a un niño preguntarle a su madre, a solo unos pasos de nosotros.

—¿Aquí hay hombres lobo, mamá?

—No cariño, no los hay —respondió mirándome con los ojos tan entrecerrados que en ese momento parecía que fuera a evaporarme tras ser fulminada.

—Ya te vale, Meli —rio Susi.

—Por Dios, ¿qué sabía yo que nos seguía ese pobre niño? —murmuré.

—Lo has traumatizado, tía —dijo Rebeca y cuando volví a mirar hacia atrás, vi al niño agarrado a la mano de su madre, y mirando hacia todas partes.

Bueno, en realidad no lo culpaba, aquello por mucha linterna que alumbrara la zona estaba oscuro como la cueva de Batman antes de encender los cientos de halógenos que colgaban del techo, así que, sí, más valía que tuviera un poquito de miedo porque si salía un hombre lobo de entre los árboles y se comía a su madre, él podría ser el siguiente.

Bromas aparte, el paseo estaba siendo tranquilo, pero me impacientaba poder llegar al final del destino, dado que debía admitir que la oscuridad y yo, en mitad del bosque como si estuviéramos en una película de terror, no éramos buenas amigas.

—¿Por qué estás nerviosa? —preguntó Yeray, dándome un leve apretón en la mano.

—Lo del hombre lobo era broma, ¿vale? Pero no me gusta la oscuridad en mitad de un bosque.

—No va a pasar nada —sonrió—, no saldrá ningún asesino de detrás de un árbol.

—Joder, me quedo mucho más tranquila —resoplé.

—Ya estamos llegando, Campanilla —se inclinó y me besó en la mejilla.

Por suerte así fue, unos diez minutos después de que me lo dijera, y debía admitir que las vistas de la isla desde aquel lugar, eran una auténtica maravilla, con una piedra alta junto a una más pequeña que se presentaba como el centro de atención ante el cielo.

—Qué bonito —dijo Rebeca.

—Esta es la vista panorámica de Roque Nublo —comentó Carlos.

Nos habló de aquel monolito que se había convertido en uno de los símbolos más emblemáticos de la isla. Roque Nublo era el nombre que recibía la piedra más grande, mientras que la que lo acompañaba era denominada La Rana. Por no hablar de otra, no tan cerca, a la que llamaban El Fraile, dada su forma ya que se asemejaba mucho a la de un monje rezando.

—Se trata del resto erosivo de una colada piroclástica de bloques y cenizas soldadas tras la erupción de un estratovolcán —continuó diciendo—. El Roque Nublo, tiene una altura de ochenta metros.

—Desde luego, se ve alto —comenté observando hacia arriba desde la lejanía en la que nos encontrábamos, casi a los pies de aquella enorme construcción volcánica.

—Vamos, sigamos por aquí —dijo Carlos y emprendimos de nuevo el camino.

1

Paramos en varios puntos desde los que se podía ver las estrellas y donde muchos de quienes habían decidido ir esa noche lo plasmaban con sus cámaras de fotos y sus móviles. Nos detuvimos en algunos de ellos para tomar esa instantánea que subir después en las redes, y seguimos caminando hasta una zona arbolada, pero donde el cielo se veía bastante despejado.

—Hemos llegado a nuestro destino —anunció Julen.

—Te ha faltado usar el tono del GPS —reí.

Los chicos se quitaron las mochilas y tras sacar una manta fina cada uno que extendieron en el suelo, nos invitaron a sentarnos y se unieron a nosotros.

Carlos y Yeray, lo hicieron justo detrás de Susi y de mí, rodeándonos con los brazos.

Julen, por su parte, se había sentado al lado de mi sobrina con un brazo por detrás de ella, apoyando la mano en la manta.

Estábamos todos cerca, pero con el suficiente espacio entre cada pareja como para hablar con absoluta privacidad

de cualquier cosa, por lo que no me sorprendió ver a Susi sonreír con picardía antes de besar a su chico.

Y allí, en mitad de aquella zona boscosa, rodeados de caminos, montañas y piedras, el cielo se veía perfecto, con esas estrellas titilando tan limpias y nítidas, que era una vista preciosa para quienes la contemplaran.

—Desde cada una de las islas se pueden ver varias constelaciones —me dijo Yeray con la barbilla apoyada en mi hombro—. Por ejemplo, desde La Palma se aprecian la Estrella Polar, así como las constelaciones de Casiopea y Cefeo. Desde Lanzarote y La Graciosa, disfrutan de Sagitario, que se representa con la forma de una tetera, y Escorpión. En Fuerteventura también pueden ver a Casiopea y la Estrella Polar, así como la Osa Menor. En La Gomera ven algunas más como Orión, Gémini, la Osa Mayor y también Sagitario y Escorpión. Desde El Hierro solo ven a Tauro, y en Tenerife disfrutan de las vistas de Orión y sus dos perros, Can Mayor y Can Menor, especialmente en las noches de fin de año.

—¿Desde aquí también pueden verse constelaciones? —pregunté.

—Sí —sonrió—. Mira, allí —señaló hacia un punto en el cielo mientras me guiaba sosteniendo mi barbilla con dos dedos— tenemos a Gémini. Justo ahí —me guió hasta otro punto del firmamento— está Auriga. Allí se encuentra Tauro y esa de allá —volvió a guiarme sin soltar mi barbilla—, es Orión.

—Brillan mucho —sonreí.

—Sí, aunque en las noches de primavera son mucho más bonitas que ahora.

a

—Pues tendré que venir a verlas entonces —comenté.

—Me encantaría mostrártelas, Campanilla —susurró haciendo que lo mirara y entonces, me besó.

Aquel beso bajo las estrellas y las constelaciones fue, sin dudarlo, el más tierno y romántico que Yeray y yo habíamos compartido.

nAntes de que se retirara noté algo alrededor del cuello, así como el suave roce de sus dedos en esa zona de mi piel

—¿Qué has hecho? —pregunté frunciendo el ceño cuando me miró.

—Ponerte un regalo —respondió al tiempo que llevaba la mano izquierda a mi pecho, y cuando miré, vi un colgante precioso.

—Yeray, ¿y esto?

—La constelación de Orión —respondió sonriendo.

El colgante se unía a una fina y elegante cadena de oro blanco. Tenía el fondo azul y se veía la perfecta forma de la constelación grabada en ella, y en los lugares donde las estrellas debían ser más brillantes, había pequeños cristales de Swarovsky.

—Es precioso —murmuré.

—Quería regalarte algo con lo que recordaras siempre este viaje, algo que formara parte de mí, de la isla en la que nací.

—Nunca podría olvidarlo —sonreí con las lágrimas queriendo salir—. Ha sido un viaje increíble, de verdad. Jamás pensé que de él pudiera salir algo... casi real entre nosotros.

—¿Casi? —arqueó la ceja y asentí.

—Sí, casi, porque puede que cuando regresemos a Madrid, cuando salgamos de este bonito cuento de hadas que estoy viviendo, todo acabe y volvamos a ser solo amigos, como siempre hemos sido, como siempre seremos —aparté la mirada, y me quedé observado y tocando aquel precioso colgante.

—Mi niña —dijo en aquel tono y acento de su isla que tanto me gustaba—. Esto no es solo un cuento, no es un casi real entre nosotros —volvió a sostenerme la barbilla para que lo mirara—. Es un “nosotros”, de ahora en adelante, es un “quiero todo contigo ahora y siempre”, un “te he amado y te amaré sin miedo”. Es un “quédate a mi lado”, un “cásate conmigo, y sé la madre de mis hijos”.

—Yeray —murmuré mientras que una lágrima caía por mi mejilla y él, se apresuró a retirar.

—No te lo estoy pidiendo oficialmente —sonrió—, no tengo un anillo con el que hacerlo, pero quiero que sepas que desde antes de que fuera consciente, algo en mí debió saber que te quería, que algún día serías para mí. Y ese día ha llegado, Melisa, porque, aunque cuando te besé por primera vez hace una década en aquel armario me dije a mí mismo que todo lo que había sentido no podría volver a sentirlo jamás, fracasaba una y otra vez. Pero ahora no me maldigo, no al menos por quererte a mi lado, por amarte, sino porque dejar que te me escapes de nuevo sería la mayor estupidez que haría en mi vida. ¿Recuerdas la película, Novia a la fuga? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—¿Cómo olvidarla? Es la favorita de tu prima, la hemos visto, cuánto, ¿unas mil veces? —sonreí.

—Ahora entiendo mejor que nunca la frase que él le dice a ella —me acarició la mejilla y me estremecí ante su contacto, mientras sus ojos conectaban directamente con los míos—. Te garantizo que, si no te pido que seas mía,

me arrepentiré durante el resto de mi vida porque sé, en lo más profundo de mi ser, que estás hecha para mí, Campanilla.

Volvió a besarme y me dejé llevar por aquel momento. Yeray era un hombre a quien nunca había visto actuar de un modo tan romántico, tan tierno. Jamás pensé que tuviera ese lado hasta que me lo fue mostrando cada día durante ese viaje.

Yo siempre había sabido que él estaba hecho para mí, y ahora que él también lo confirmaba, jamás dejaría que lo , que había empezado entre nosotros en su isla se acabara.

a

,

a

me arrepentiré durante el resto de mi vida porque sé, en lo más profundo de mi ser, que estás hecha para mí, Campanilla.

Volvió a besarme y me dejé llevar por aquel momento. Yeray era un hombre a quien nunca había visto actuar de un modo tan romántico, tan tierno. Jamás pensé que tuviera ese lado hasta que me lo fue mostrando cada día durante ese viaje.

Yo siempre había sabido que él estaba hecho para mí, y ahora que él también lo confirmaba, jamás dejaría que lo que había empezado entre nosotros en su isla se acabara.

Capítulo 23



Como habíamos estado haciendo prácticamente todas las noches desde que empezamos aquellas vacaciones en la isla, después de cenar nos fuimos al chiringuito de la playa a disfrutar de una de las últimas salidas en aquel paraje isleño.

Cuando llegamos nos acomodamos en una de las mesas con sofás, una de las camareras se acercó a preguntar qué tomaríamos, y Carlos pidió mojitos y una ronda de chupitos para todos.

Yeray acababa de pasarme el brazo por los hombros, dejando un beso en mi sien, cuando escuchamos la voz de una mujer llamándolo.

Al girarnos, vimos a Omaira mirándolo con el ceño fruncido.

—Así que ibas en serio, me dejas por esta insignificante muchacha —dijo, señalándome con desprecio.

—No te voy a consentir que la menosprecies —contestó poniéndose en pie—. Ella es mi novia, ya te lo dije.

Bueno, realmente no éramos nada formal cuando habló con ella, pero entendía el punto al que llegaba, haciéndole ver que yo sí era algo serio y no pasajero o descartable solo para seguir acostándose con ella.

—No puedes dejarme, Yeray, siempre he sido yo la que ha estado ahí para ti. ¿Acaso has olvidado que estaba antes y después de aquella chica?

—Aquella chica se llamaba Carolina, y tampoco quiero que hables de ella —le advirtió poniéndose en pie.

—Yeray —Carlos lo llamó al ver que se dirigía a Omaira, pero no le hizo el menor caso.

—Entre nosotros no hubo nunca nada salvo sexo, ya lo sabes, Omaira. Te lo dejé claro desde el inicio, nunca podría darte más de lo que ya te daba.

—Mientes, yo lo veía en tus ojos. Cuando me hacías el amor, cuando me acariciabas, yo veía tus sentimientos, me amabas.

—La veía a ella, joder —dijo mientras me señalaba—. Cada puta vez que te follaba era a ella, a quien imaginaba —sonó rudo y cruel, pero con una sinceridad aplastante.

Omaira me miró con desprecio haciendo que me encogiera en mi asiento. Rebeca no tardó en acercarse a mí, abrazándome y dándome el consuelo que solo mi sobrina podía darme en ese instante.

—No se parece en nada a mí, no sé por qué la veías a ella, cuando yo era real en ese momento.

—Porque la quería a ella en cada segundo que pasaba contigo, porque la amaba a ella y no era mía. Por eso, Omaira, porque cuando amas a una persona, por más que luches por no hacerlo, la ves cuando más deseas tenerla cerca.

—Eres un cabrón —dijo entre dientes—. ¿Qué hay de la noche que me dijiste que me querías?

—Jamás hice tal cosa —frunció el ceño y me miró por encima del hombro, como diciéndome de ese modo que la morena mentía.

—Claro que lo hiciste, una de esas noches en las que me entregué a ti en mi cama, cuando acabamos de hacerlo, suspiraste mientras me rodeabas con el brazo y mantenías la frente apoyada en mi hombro. Dijiste que me querías

—Si lo hice, fue porque pensaba en ella, en lo mucho que quería decírselo.

—Mientes, no la amas, solo... —tragó con fuerza antes de apretar los puños y darle con ellos en el pecho— Solo quieres hacerme creer eso para que me aleje, para romper conmigo porque eres un cobarde. Ya lo hiciste una vez, cuando te pavoneaste con aquella novia por toda la isla, dejando que mi gente, que mis amigos, vieran cómo me menospreciabas. Pero volviste a mí, lo hiciste, y cuando ella no esté —me señaló con desprecio— volverás de nuevo. Y porque te quiero, porque te amo y sé que tú a mí también, estaré esperando que eso pase y haré que te olvides de ella, como te olvidaste de la otra.

—No la menciones, Omaira —le advirtió de nuevo cogiéndola del codo—. No vuelvas a hablar de ella. Vete, y créete de una maldita vez que no hay nada entre tú y yo. Nada.

Se quedó callada mirándolo a los ojos y puede que en ellos viera algo que realmente le hizo entender que Yeray hablaba en serio, porque tras un rápido vistazo hacia a mí, se soltó de su agarre con brusquedad y dio un paso atrás.

—Volverás, antes o después volverás a mí, Yeray.

Se giró y comenzó a alejarse de nosotros, dejé de mirarla en el momento en el que Yeray se sentó de nuevo a mi lado y me rodeó por la cintura para atraerme hacia su cuerpo, acariciándome la mejilla mientras.

—Dime que no la has creído, Campanilla —me pidió—. Porque nunca le dije que la quería, solo era sexo.

—Lo sé, pero esa mujer hablaba desde el dolor —me encogí de hombros.

—No quiero a nadie más que a ti, y espero que me creas mi niña —se inclinó y me besó con ternura.

—Bueno, y después de este momento al más puro estilo telenovela donde la mala ha lanzado dagas y llamaradas por los ojos —dijo Susi llamando nuestra atención—, vamos a tomarnos la ronda de chupitos que viene en camino y a bailar un rato. No voy a consentir que esa idiota nos arruine la noche, una de las últimas que nos quedan en la isla, ¿me habéis oído?

—Alto y claro, nena —contestó Carlos con una sonrisa.

Cuando dejaron nuestras bebidas en la mesa, nos tomamos los chupitos de un solo trago y yo casi hice lo mismo con el mojito. Acabé con el contenido de medio vaso del tirón antes de dejarlo en la mesa y ponerme en pie cuando escuché la música de la canción de Marc Anthony. En cuanto el cantante entonó aquel estribillo, lo acompañé mientras bailaba alejándome un poco de la mesa.

—*Voy a reír, voy a bailar. Vivir mi vida, la la la la...*

—Esa es mi chica —gritó Susi levantándose para unirse a mí, al igual que hizo mi sobrina con una amplia sonrisa.

Las tres nos fuimos a la zona de tarima habilitada para quien quisiera bailar y allí dimos rienda suelta al movimiento de caderas al que nos llevaba la música.

Reíamos y bailábamos tal como decía la letra, y cuando menos lo esperamos teníamos a los chicos justo al lado para marcarse un baile de los más salsero en aquella pista.

—Me alegra ver que confías en mí —dijo Yeray pegado a mi espalda antes de besarme el cuello.

—Siempre lo haré, porque el modo en el que la miraste a ella, no es el mismo en el que me miras a mí.

—¿Y cómo te miro, Campanilla? —sonrió cuando lo miré por encima del hombro.

—Con amor, pero también con deseo y pasión, como si no pudieras apartar los ojos de mí, ni un solo segundo.

—Porque así es, mi niña, así es —murmuró antes de besarme.

No, no iba a permitir que aquella mujer me estropeara una de las últimas noches en la isla, ni que me hiciera pensar que realmente Yeray volvería a ella. Estaba conmigo, tal como él dijo, desde ahora y para siempre estaba conmigo.

»

.

—¿Y cómo te miro, Campanilla? —sonrió cuando lo miré por encima del hombro.

—Con amor, pero también con deseo y pasión, como si no pudieras apartar los ojos de mí, ni un solo segundo.

—Porque así es, mi niña, así es —murmuró antes de besarme.

No, no iba a permitir que aquella mujer me estropeará una de las últimas noches en la isla, ni que me hiciera pensar que realmente Yeray volvería a ella. Estaba conmigo, tal como él dijo, desde ahora y para siempre estaba conmigo.

Capítulo 24



Acababa otra canción y todos regresamos a la mesa. En ese momento me di cuenta de que Julen llevaba a mi sobrina cogida de la mano y no la soltaba.

En cuanto se sentaron, le pasó el brazo por los hombros mientras sus manos seguían muy unidas.

—¿He bebido tanto como para estar viendo eso? —pregunté señalándolos a ambos.

Rebeca se sonrojó y fue a soltar a Julen, pero no se lo permitió, en cambio sonrió mirándola por el rabillo del ojo.

—No se te ocurra soltarme, que ya lo hemos hablado, pequeña —le dijo.

—Julen —murmuró mirándolo por el rabillo del ojo.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Fruncí el ceño.

—Tía, yo...

—Espera, que creo que voy a necesitar un trago antes de que digas nada —levanté la mano mientras me inclinaba hacia la mesa y cogía un vaso de chupito para llenarlo de vodka caramelo, pero en lugar de uno, me tomé dos—. Vale, ahora sí. ¿Decías? —Arqué la ceja.

—No sé cómo ha sido —empezó a decir.

—En realidad ninguno lo sabemos —la interrumpió Julen—. Sé que soy el adulto aquí, pero el último año he visto a esta mujer de otra forma.

—No como la niña que siempre fue, imagino —dijo Yeray con una sonrisa de medio lado, y supe que él podía entender a Julen.

—Así es.

—Ah, se convirtió en mujer a tus ojos, cuñado —sonrió Carlos mientras pegaba a Susi más a su costado y ella se dejaba mimar.

—Igual que vosotros dos, sí —contestó Julen, y me miró—. Melisa, sé que probablemente esto no está bien, pero... Me he enamorado de ella.

—¿Rebeca? —la llamé y ella se limitó a morderse el labio mientras miraba su mano libre jugando con el dobladillo de su falda— Mírame, sobrina —le pedí y al fin lo hizo—. ¿Sientes lo mismo?

—Yo... —tragó con fuerza y vi el brillo en sus ojos, el modo en el que las lágrimas se agolpaban en ellos como si quisieran salir a toda costa— Sí —confesó con un suspiro volviendo a apartar la mirada—. Creí que solo era algo tonto, que lo admiraba y ya, pero...

—Sé de lo que hablas, y Susi también —la corté—. Probablemente tu padre no esté contento con esto, pero haré lo que esté en mi mano para que no se interponga.

—¿Lo harás? —preguntó en apenas un susurro y le cogí la mano, estaba sentada a mi lado donde había estado toda la noche.

—Sí, cariño, porque he estado donde estás tú y sé que no se puede luchar contra lo que sientes.

—Gracias, tía —se le escapó una lágrima y Julen la secó mientras le sonreía.

—Te dije que lo entendería, pequeña.

—Y tú —lo señalé a él—. Más vale que no le hagas daño, que no le rompas el corazón ni vea una sola lágrima en sus ojos por tu culpa, o juro que te arranco los ojos.

—Tranquila, antes de le hacerla sufrir, me voy tan lejos como pueda.

—Bien, pues entonces, ¿vas a empezar a llamarme tía Meli? Porque eso sería raro de narices —reí.

o

—No lo había pensado, pero podemos probar —rio él.

—Será divertido ver la reacción de la gente, eso seguro —dijo Susi.

—Si me disculpáis, voy al cuarto de baño —dije poniéndome en pie.

Mientras me alejaba de la mesa me di cuenta de que había tenido señales durante algunas semanas y no las había visto. O no había querido verlas, que también podría ser.

Mi sobrina se sonrojaba cada vez que el nombre de Julen aparecía en alguna de las conversaciones entre Susi, ella y yo, al igual que su rostro adquiría un rubor notoriamente rosado cuando el bombero estaba cerca suyo.

Por no hablar de la conversación con Julen en la que pensé que bromeaba sobre una relación con mi sobrina.

Pero el amor era así, como decía mi madre, llegaba sin que nos diéramos cuenta y a veces lo hacía con la persona que jamás imaginamos.

Entré en el cuarto de baño tras esperar lo que me pareció una cola interminable de chicas delante de mí, y cuando al fin pude liberar el exceso de líquido alcohólico de mi organismo, suspiré con alivio, creía que me había aguantado demasiado.

Cuando salí tras refrescarme un poco la cara, me pareció escuchar a alguien sollozando a un lado de aquel pequeño, pero coqueto bar de playa estilo chiringuito.

—¿Hola? —llamé, pero no obtuve respuesta, tan solo aquellos sollozos— ¿Estás bien? —pregunté acercándome más al lateral, y vi una figura encogida, como arrodillada contra la pared— Oye, ¿necesitas ayuda?

Continué caminando y en aquella penumbra solo podía ver la figura de una chica que se sacudía con cada nuevo sollozo. Eché un vistazo hacia atrás pensando en ir en busca de ayuda, pero para cuando regresara, posiblemente ya no estaría allí.

Fui a sacar el móvil para llamar a Susi o a Yeray, pedirles que vinieran y ver qué podíamos hacer con la chica que no dejaba de llorar entre las sombras cubriéndose el rostro.

—¿Por qué no me dices qué te pasa? —pregunté dando un paso más hacia ella, pero se limitó a sacudirse de nuevo— ¿Te han robado? —Negó mientras movía la cabeza de un lado a otro— Eh... ¿un chico te ha intentado forzar? —pregunté con cautela, rezando al cielo que por favor no fuera aquello, por suerte volvió a negar— ¿Tu novio ha roto contigo? Porque sé lo doloroso que puede ser eso, ¿sabes? A mí me dejaron mis tres únicos novios, pero con el tiempo entendí que estaba mucho mejor sin ellos. Sabía que en algún momento llegaría el indicado.

Seguía sin decir una sola palabra, tan solo sus sollozos rompían con el silencio de aquel lugar, donde la música de la pista de baile llegaba como un leve murmullo.

—Mira, puedes acompañarme si quieres —le ofrecí volviendo a dar un paso más hacia ella—, estoy con mi novio y unos amigos, puedes unirme a nosotros hasta que te encuentres mejor. ¿Qué te parece? Me llamo Melisa, por cierto —sonreí dando los últimos pasos hacia aquella temblorosa y llorosa chica que parecía no tener consuelo—. ¿Cómo te llamas, cielo?

Cuando le toqué el hombro sentí una oleada de temor que no pensé que fuera posible en ese momento, hasta que ella dejó de temblar y sollozar bajo mi mano.

En el momento en el que comenzó a girarse lenta, muy lentamente hacia mí, y pude ver su rostro, abrí los ojos tratando de incorporarme y regresar por donde había venido, pero ella fue mucho más rápida que yo.

Casi de un salto, se incorporó mientras cogía un trozo pesado de madera, ese mismo que fue lo último que vi antes de que me golpeará con él, haciendo que todo cuanto me rodeaba se volviera oscuro y silencioso.

¿Sería aquel mi final? ¿Había llegado mi hora de partir de este mundo en aquella isla donde fui feliz y sentí el verdadero amor durante los últimos días de mi vida?

Ojalá que no, porque la vida no podía ser tan cruel de darme por fin la oportunidad de estar con Yeray, para quitármelo así, de un solo golpe, fuerte, certero y cruel.

—Mira, puedes acompañarme si quieres —le ofrecí volviendo a dar un paso más hacia ella—, estoy con mi novio y unos amigos, puedes unirme a nosotros hasta que te encuentres mejor. ¿Qué te parece? Me llamo Melisa, por cierto —sonreí dando los últimos pasos hacia aquella temblorosa y llorosa chica que parecía no tener consuelo—. ¿Cómo te llamas, cielo?

Cuando le toqué el hombro sentí una oleada de temor que no pensé que fuera posible en ese momento, hasta que ella dejó de temblar y sollozar bajo mi mano.

En el momento en el que comenzó a girarse lenta, muy lentamente hacia mí, y pude ver su rostro, abrí los ojos tratando de incorporarme y regresar por donde había venido, pero ella fue mucho más rápida que yo.

Casi de un salto, se incorporó mientras cogía un trozo pesado de madera, ese mismo que fue lo último que vi antes de que me golpeará con él, haciendo que todo cuanto me rodeaba se volviera oscuro y silencioso.

¿Sería aquel mi final? ¿Había llegado mi hora de partir de este mundo en aquella isla donde fui feliz y sentí el verdadero amor durante los últimos días de mi vida?

Ojalá que no, porque la vida no podía ser tan cruel de darme por fin la oportunidad de estar con Yeray, para quitármelo así, de un solo golpe, fuerte, certero y cruel.

Capítulo 25



Cuando desperté no sabía qué hora era ni cuánto tiempo había pasado inconsciente.

Me llevé la mano al golpe en la cabeza, ese que palpitaba y en el que encontré aún algo de sangre.

¿Por qué me había golpeado aquella chica a la que solo intentaba ayudar? Por Dios, era de locos.

Notaba que mi cuerpo se balanceaba ligeramente, y en el momento en el que pude enfocar bien el lugar en el que me encontraba, vi que estaba recostada sobre lo que parecía el sofá de alguna pequeña embarcación. ¿Qué diablos hacía yo en el mar?

Siseé al incorporarme tocando aún aquel golpe en el que parecía haberse empezado a formar lo que sería el chichón de mi vida, y cuando me senté con las piernas colgando y tocando el suelo de aquel lugar con ambos pies miré por la ventana que había a mi espalda.

Sí, sin duda alguna, estaba en un barco.

Me levanté y comencé a caminar hacia las escaleras que llevaban a la cubierta, una vez que me asomé vi que la isla no estaba demasiado lejos, parecía que acabábamos de salir del puerto.

Al girarme hacia el timón, la vi, aquella silueta que había visto en el callejón, y entonces todo vino a mí como un resorte.

—Omaira —dije, y ella se giró con los ojos cargados de ira.

—¿Ya despertaste, muchacha? Vaya, pues tendré que hacerlo todo antes de lo previsto —suspiró.

—¿Qué vas a hacer? —Fruncí el ceño.

—¿No es lógico? Quitarme de en medio a la competencia, Yeray tiene que volver conmigo como siempre hace — se encogió de hombros y paró el motor del barco.

No quería perderla de vista mucho tiempo, por lo que eché un vistazo rápido hacia atrás, hacia las luces del puerto y de la isla, y si me lanzaba al agua en ese momento, quizás podría llegar a nado en... ¿Una hora? Eso, o moriría en el intento si el agua estaba muy fría.

—Yeray es mío, ¿no lo ves? Siempre lo fue, desde el principio. Cuando nos conocimos me habló de una chica a la que no podía olvidar, él estaba un poco bebido y me dio todo lujo de detalles de cómo era, de cómo le gustaba cada gesto que hacía, incluso me dijo su nombre. Por eso cuando apareció en la isla con una mujer que no tenía nada que ver con esa a la que decía amar, me enfurecí. ¿Cómo se atrevía a salir con otra solo porque no pudiera estar con esa a quien tanto deseaba? ¿Y por qué no estaba conmigo en lugar de con aquella que trajo?

—Se llamaba Carolina, y era una buena mujer que no merecía el final que tuvo.

—Oh, muchacha, le di el mejor final —sonrió con malicia—. ¿No es poético? Un bombero que no pudo salvar de las fauces del fuego a su novia, ni a sus padres. Se culpó durante tanto tiempo de no haber estado allí.

—¿Fuiste tú? —pregunté con los ojos muy abiertos, incapaz de creer que ella provocara aquel incendio, que la mujer que tenía delante fuera la culpable de la peor tragedia vivida por el hombre que amaba, el que siempre amé.

—Claro que fui yo, algo sencillo. Un pequeño escape de gas, una vela aromática encendida en la habitación de Yeray donde dormía esa roba hombres, y, ¡voilà! Todo ardió como una de las hogueras de San Juan.

—Destrozaste a Yeray, perdió a sus padres además de a la mujer que amaba.

—Oh, no, muchacha, no la amaba a ella. Quererla, posiblemente sí lo hiciera, pero, ¿amarla? No, ese privilegio no lo tenía ella, sino tú —me señaló mientras se ponía un chaleco salvavidas para después coger una garrafa de lo que, sin duda, debía ser gasolina.

—Nunca lo supe, no hasta hace unos días.

—Ah, también me contó esa parte —rio—. Decía que erais amigos desde hacía tanto tiempo, que no quería desearte, no debía sentir lo que sentía por ti. Entonces, ¿por qué no sentirlo por mí en vez de por aquella con la que vino a la isla? Fui el hazmerreír de mis amigos, me miraban con tanta lástima en los ojos cuando estábamos en el mismo sitio que él y aquella mujer, que el odio y la rabia dieron paso al plan de librarme de ella.

—Cometiste asesinato, tres, de hecho —le recordé.

—En el amor y en la guerra todo vale, muchacha. Yo solo hice lo necesario para que mi hombre volviera a mí. Lo consolé durante aquellos días hasta que dejó la isla para volver a Madrid, estuve con él, a pesar de que me había humillado de ese modo, y nunca lo dejé solo, seguí hablando con él hasta que regresó a la isla y fue él quien me buscó.

—Se acostó con otras mujeres durante meses, mucho después de perder a su novia —le aseguré.

—Lo sé, como también sé que hubo otras zorras abriéndose de piernas para él durante estos años, mientras yo lo esperaba aquí y él trabajaba. Pero siempre, siempre, volvía a mí. Cada verano lo hacía, y aunque él quiera hacer ver que no había nada más allá que sexo entre nosotros, estaba tan equivocado, pero tanto, que ahora tengo que volver a hacerle ver que soy la única mujer que podrá tener, la única que nunca, pase lo que pase, lo dejará.

—Carolina no lo dejó, tú, la mataste.

—Y es exactamente lo mismo que va a pasar contigo. No pudiste soportar saber que me quería, creíste en mis palabras y no en las suyas, robaste un barco del puerto y te echaste al mar, la mala suerte quiso que ese barco tuviera un fallo mecánico y acabara estallando en pedazos. Cuando esto arda y mueras, no quedará nada de ti, ni siquiera un pedacito que puedan comerse los peces.

Lo decía con tanto odio y rencor, con tanta confianza en sus palabras, que sabía que no estaba mintiendo. Aquello no era una amenaza velada sin más, se trataba de un auténtico hecho de lo que estaba a punto de ocurrir en aquel barco, en medio del mar, lejos de la isla.

Tragué con fuerza y comencé a retroceder mientras ella avanzaba vertiendo la gasolina en el barco, rociándolo todo como quien esparce ambientador en una habitación para que huela a flores.

Solo que allí no habría olor a flores, sino a humo, fuego y muerte cuando me redujera a cenizas.

Lo vi en sus ojos, estaba dispuesta a asesinarme igual que asesinó a Carolina, con tal de tener a Yeray.

—No se creará que me fui sin más —dije mientras seguía caminando hacia atrás, con ambas manos en la espalda esperando agarrarme en cualquier momento a la barandilla del barco—. Sabe que no te creí, lo quiero y lo conozco bien para no creer en tus mentiras.

—Bueno, eso será hasta que yo cuente lo que vi. Estaba paseando por la playa, agente —comenzó a decir con un tono cargado de sollozos—. La vi pasar corriendo, la seguí hasta el puerto y cuando le pregunté a dónde iba me dijo que necesitaba alejarse de él, que no quería verlo, que lo que deseaba era estar sola un tiempo y pensar. Que ese hombre la había engañado durante días solo para llevársela a la cama. No pude retenerla, ni siquiera sabía que podría manejar ese barco.

Todo cuanto decía lo hacía como si llorara, como si de verdad aquello le pesara, era una mentirosa, una gran mentirosa con años de experiencia, a decir verdad, dado el secreto que le había ocultado a Yeray desde que asesinó a sus padres y a Carolina.

Al fin toqué la barandilla del barco, eché un vistazo rápido por encima del hombro y vi que por suerte no era mucha altura la que me separaba del agua. Un salto, solo un salto eficaz hacia el mar y podría comenzar a nadar de vuelta a la isla.

—Trágico final para sus queridas novias, siendo pasto de las llamas en la misma isla que lo vio nacer —dijo con un suspiro.

—Necesitas ayuda, Omaira, no puedes sentir esta insana obsesión por Yeray.

—Lo amo, maldita estúpida, y al igual que ya me quité de en medio a una roba hombres como ella, te voy a eliminar a ti como el insignificante mosquito que eres en nuestras vidas.

Cuando vi que sacaba el mechero tras tirar la garrafa de la que aún salía algo de gasolina, supe que ese era el momento exacto para mí.

O saltaba, o mi existencia acabaría convertida en cenizas antes de lo que la vida tuviera pensado para mí.

Fui rápida, pero sutil al mismo tiempo, evitando que supiera cuál sería mi siguiente movimiento.

Un pie primero, después el otro, me senté en la barandilla y cuando sus ojos y su sonrisa se fijaron en mí, tragué con fuerza armándome de valor.

—Saluda a la pobre Carolina de mi parte, muchacha.

Antes de que soltara el mechero, salté por la borda hacia el mar.

Apenas llevaba un vestido fino que se me pegó al cuerpo en cuanto el agua me engulló, salí a la superficie como pude esperando que fuera lo suficientemente lejos del barco como para que ella no me alcanzara si también pensaba en saltar, y pude escuchar sus gritos y sus insultos mientras protestaba.

Me permití echar un vistazo rápido por encima del hombro y la vi agarrada a la barandilla liberando unos gritos de rabia que la enloquecían.

No había fuego, no parecía que fuera a incendiar aquel barco si yo no estaba en él, cosa que agradecí.

Continué nadando tan rápido como el frío mar me permitía y rezando para que no se me entumecieran los brazos y las piernas, que pudiera llegar al puerto, aunque estuviera cansada, y que mis pies resistieran descalzos para correr hasta el hotel de Marisa.

«Por favor, Dios, no dejes que muera antes de llegar a la isla, tengo que hablar con Yeray, tiene derecho a saber que Carolina y sus padres fueron asesinados.»

Pensaba eso mientras mis brazos seguían moviéndose, al igual que mis piernas, incluso pensé en mi padre y le pedí fuerza y resistencia para llegar a mi destino.

Estaba dispuesta a hacerlo, estaba dispuesta a ayudar a Yeray a saber la verdad de lo ocurrido la peor noche de su vida.

Continué nadando tan rápido como el frío mar me permitía y rezando para que no se me entumecieran los brazos y las piernas, que pudiera llegar al puerto, aunque estuviera cansada, y que mis pies resistieran descalzos para correr hasta el hotel de Marisa.

«Por favor, Dios, no dejes que muera antes de llegar a la isla, tengo que hablar con Yeray, tiene derecho a saber que Carolina y sus padres fueron asesinados.»

Pensaba eso mientras mis brazos seguían moviéndose, al igual que mis piernas, incluso pensé en mi padre y le pedí fuerza y resistencia para llegar a mi destino.

Estaba dispuesta a hacerlo, estaba dispuesta a ayudar a Yeray a saber la verdad de lo ocurrido la peor noche de su vida.

Capítulo 26



No sabía qué hora era cuando al fin vi la fachada del hotel de Marisa y solté el aire con alivio.

Estaba helada, temblando y con dolor en todos y cada uno de mis músculos que sabía que existían, así como otros tantos que desconocía.

Sentía los pies ardiendo, había estado corriendo por la isla algo desorientada hasta que conseguí ubicarme para poner rumbo al único sitio en el que esperaba que estuvieran todos, seguramente preocupados por mi ausencia.

—Marisa —dije al entrar en el hotel cuando vi a la tía de Yeray tras el mostrador.

—¡Melisa, mi niña! —gritó al verme, con la mano en la boca, y salió corriendo mientras llamaba a los demás— ¡Está aquí! —decía a gritos— Por Dios, cariño, estás empapada, ¿dónde has estado?

—Omaira —dije mientras respiraba tan despacio como podía, estaba realmente sofocada.

—¡Meli! —La voz de Yeray me llegó como si de una melodía celestial se tratara, bien sabe Dios que pensé que moriría en esas aguas y no lo volvería a ver— ¿Qué te ha pasado, mi niña? —preguntó asustado, de rodillas ante mí.

No tardó en cogerme en brazos y llevarme al comedor, mientras escuchaba a Marisa pedirle al chico que estaba en recepción con ella que trajera una toalla cuanto antes.

—Omaira —volví a repetir y él frunció el ceño—. Me golpeó, desperté en un barco. Ella —me estremecí cuando Yeray se sentó en la silla conmigo sobre su regazo—. Ella dijo que iba a hacer conmigo lo mismo que con Carolina —los ojos se le abrieron tanto al escucharme, que creí que se le saldrían—. Fue ella quien provocó el incendio en casa de tus padres, quería que volvieras.

—No me lo puedo creer —dijo Carlos que estaba justo detrás de Yeray—. ¿Ella asesinó a Carolina y a tus padres?

—se lo preguntaba a un incrédulo Yeray que no salía del *shock* en el que parecía encontrarse, por lo que yo asentí mirando al primo de mi chico— Qué hija de...

—¿Estás segura de esto, Melisa? —interrogó Yeray, como si pensara que alguna vez podría mentir sobre eso.

—Ella me lo dijo, Yeray —respondí mientras le acariciaba la mejilla—. No mentiría sobre esto, sabiendo lo mucho que te duele.

Me miró durante un interminable segundo, asintió y se inclinó para abrazarme con todas sus fuerzas.

—Lo siento, Campanilla, por mi culpa ella te llevó y quiso...

—Pero no lo consiguió —le aseguré—. Me tiré al agua y nadé hasta la isla.

—¿Dónde está ella? —preguntó Julen, que al igual que Susi y Rebeca permanecían en un segundo plano viendo todo.

—No lo sé, cuando la salté del barco iba a lanzar el mechero sobre la gasolina. Al salir a la superficie la escuché maldecir a gritos y seguí nadando, después escuché una explosión y al mirar vi el barco donde me había llevado en llamas, pero supongo que salió antes de que se incendiara todo.

—¿Sabe dónde vive esa mujer? —le preguntó a Yeray uno de los policías que estaba allí y a los que no había visto hasta ese momento, justo cuando Marisa apareció con la toalla.

—Sí, sé dónde vive —contestó y mientras cogía la toalla para cubrirme con ella, les dio la dirección.

Ambos policías salieron del hotel mientras hablaban con alguien de su comisaría, pidiendo que enviaran una patrulla a su dirección y otra al puerto, así como que pusieran en alerta a la Guardia Civil para que buscaran por la isla. Iban a culparla de un incendio que aún no se había resuelto, así como agredirme y tratar de asesinarme en el mar.

1

Yeray cargó conmigo en brazos y me llevó a mi habitación, donde me desnudó con calma mientras el agua de la ducha se templaba.

Se apresuró en desnudarse a sí mismo y entramos en la ducha, donde al sentir el calor del agua que bañaba mi cuerpo, me estremecí por el alivio.

—Ya está, mi niña —murmuró abrazándome mientras sus manos acariciaban mi espalda—. Tienes un buen chichón aquí —dejó un beso donde Omaira me había golpeado.

—Al menos ya no sangra —me encogí de hombros.

—Me asusté cuando no volvías, las chicas fueron a buscarte y encontraron tu móvil y el bolso tirado en el suelo. Supongo que Omaira tenía prisa por salir de allí contigo.

—Escuché un sollozo cuando salí, me fui acercando y vi una mujer asustada, pero no la reconocí, estaba de rodillas. No fue hasta que la toqué que ella se giró y la vi por fin. No me dio tiempo a salir corriendo ni a gritar pidiendo ayuda, el golpe llegó rápido. Lo siento, todo se quedó negro y en silencio de repente.

—¿Cómo pudiste nadar tanto?

—No estábamos muy lejos del puerto, calculé que, tal vez, a una hora a nado.

—Podrías haber muerto.

—Eso pensé, pero no era una opción. No iba a dejar que ella ganara, ¿sabes? Quería llegar a ti y poder decirte lo que me había confesado, tenías el derecho a saber lo que pasó con ellos, dejar de culparte por no haber podido hacer nada por sacarlos, por no estar allí. Fue ella y su obsesión por ti lo que la llevó a cometer aquella atrocidad.

—Nunca sospeché de ella, siempre estuvo ahí cuando... —cerró los ojos y suspiró.

o

—Lo hizo para que volvieras a ella después de eso, como siempre hiciste.

—Hasta ahora —me miró y apartó el pelo de mi rostro mientras me observaba—. Vine decidido a declararme en esta isla, y no pensaba marcharme sin ti siendo mía.

^l —Bueno, no es que la primera noche te declararas, me besaste y follaste en ese cuarto.

—Y no me arrepiento, Campanilla —susurró antes de besarme.

Estaba mucho más tranquila y calmada, Yeray se puso un poco de gel en las manos y comenzó a enjabonarme todo el cuerpo con un mimo y un cuidado que me hacía sentir muy relajada.

Me besaba el cuello y el hombro, pero no había nada sexual en aquel momento entre nosotros.

Yeray se limitaba a cuidar de mí tras una experiencia, cuanto menos, traumática, y cuando acabamos de ducharnos, tras ponernos el albornoz, salimos a la habitación para meternos en la cama, pero alguien llamó a la

puerta.

—Acaba de llamar la policía —dijo Carlos al otro lado—. La han detenido, ha acabado por confesarlo todo. Creo que pasará un tiempo encerrada.

—Si es así, tendrá lo que se merece, ni más ni menos —contestó Yeray.

—Descansad, han pedido que vayáis mañana a poner la denuncia, cuando ella esté mejor.

—Gracias por avisar, primo.

Cerró la puerta y regresó a la cama conmigo, me besó antes de abrazarme y comenzó a acariciarme el vientre mientras los dos permanecíamos en silencio, ese que yo misma rompí poco después.

—Yeray —lo llamé.

—¿Sí, Campanilla?

Respiré hondo, me armé de valor y tras girarme entre sus brazos, le acaricié la mejilla mientras lo miraba fijamente, perdiéndome en aquellos ojos verdes con los que tantas veces había soñado.

—Te quiero —dije, lanzándome al agua sin salvavidas, sin saber si él respondería lo mismo.

—Y yo a ti, mi niña —sonrió inclinándose para besarme.

—¿Te casarás conmigo?

—¿Es una proposición en toda regla? —Arqueó la ceja.

—Sí, lo es.

—Vaya, creí que lo normal era que el chico se lo pidiera a la chica.

—¿En serio creías que la nuestra iba a ser una relación normal? —Volteé los ojos.

—Solo aceptaré con una condición —dijo.

—¿Cuál sería?

—Que me permitas al menos comprarte un anillo de compromiso.

—Ah, sí, por supuesto, de eso no ibas a librarte. Más que nada, porque mi madre, Rebeca y Susi, te torturarían si no me pusieras el anillo en el dedo.

—Mejor no averiguar qué atroces torturas pensarían para mí.

—No, mejor no —reí.

—Que me permitas al menos comprarte un anillo de compromiso.

—Ah, sí, por supuesto, de eso no ibas a librarte. Más que nada, porque mi madre, Rebeca y Susi, te torturarían si no me pusieras el anillo en el dedo.

—Mejor no averiguar qué atroces torturas pensarían para mí.

—No, mejor no —reí.

Epílogo



Dos años después...

Ese era el tiempo que había pasado desde la noche en la que pude haber muerto, y no lo hice. La noche en la que decidí lanzarme al agua y nadar para salvar mi vida y poder darle al hombre que amaba el cierre que necesitaba para un capítulo trágico de su pasado.

Omaira pasó a disposición judicial poco antes de que regresáramos a Madrid, el abogado que Yeray contrató para llevar todo el asunto de la muerte de sus padres y de Carolina en aquel incendio que ella provocó, así como para defenderme a mí por el intento de asesinato, lo mantuvo al corriente de todo lo que iba sucediendo.

Su defensa intentó que se la diera por una persona trastornada y fuera de sus cabales, de modo que la condena fuera cumplida en un psiquiátrico, pero la ira y la rabia de saber que no vería a Yeray en aquel lugar, le jugaron a Omaira una mala pasada y dejó ver su naturaleza, dejando claro al juez que la mujer era plenamente consciente de todos y cada uno de sus actos, más aún cuando ella misma sacó a relucir el incendio en casa de los padres de Yeray, y el que quiso provocar en el barco conmigo dentro.

Le esperaban varios años por asesinato e intento de asesinato, ambos con premeditación y alevosía, tal como dijo el abogado de Yeray.

Un episodio negro en nuestras vidas que no consiguió manchar la felicidad que sentimos, dos meses después de aquello, cuando descubrimos que estaba embarazada.

Había estado tan centrada en lo ocurrido y en los días posteriores con el juicio y demás, que ni siquiera me había dado cuenta de la ausencia de mi periodo, así que la sorpresa de saber que llegamos a Madrid siendo tres, fue lo más celebrado por todos los que vivimos aquellos días en la isla.

En el momento en el que supimos que sería una niña, tuve claro que se llamaría Carolina, como la mujer que una vez amó al hombre que yo tanto quería desde que era apenas una niña.

Susi y Carlos finalmente dejaron Madrid hacía apenas un año para irse a la isla y vivir más cerca de Marisa, y tan cerca, puesto que al igual que ella se instalaron en el hotel.

Julen y mi sobrina, se sentaron a hablar con mi hermano Saul y le dijeron que estaban saliendo y esperaban que les diera su beneplácito, fue la primera vez que veía al hermano mayor de mi mejor amiga serio y con miedo, hasta que mi hermano soltó una carcajada diciendo que ya era hora que admitiera lo que sentía, al igual que le dije a Yeray cuando les contamos a él y a mi madre que éramos pareja.

Al parecer no solo las madres veían más allá de lo que sus hijos pudieran imaginar, sino que los padres tenían esos mismos poderes, y Saul había visto cómo tanto la niña de sus ojos como Julen se miraban y reaccionaban estando el uno cerca del otro.

Fue ese momento el que mi hermano aprovechó para decirnos que llevaba unos meses saliendo con Cloe, su enfermera ayudante en la clínica, de quien se había enamorado sin poder evitarlo, a pesar de que sabía que para él era más como una amiga.

—*De la amistad al amor, solo hay un paso, hijo* —le había dicho mi madre con una sonrisa, y de eso los presente sabíamos mucho.

Rebeca continuó con su carrera de odontología, Julen la ayudaba a preparar los exámenes durante los fines de semana e incluso dijo que se ofrecía como conejillo de indias para que hiciera sus prácticas, solo que aquel bombero no tenía ni tan siquiera una muela picada que necesitara una extracción de urgencia.

Estábamos de nuevo a finales de julio, habíamos ido las dos semanas anteriores a Gran Canaria de vacaciones para que mi pequeña conociera la isla de la que provenían sus orígenes paternos, y en ese momento esperábamos en el hospital a que naciera mi sobrina, puesto que sí, el amor de Julen y Cloe había traído consigo una preciosa sorpresa con la que nuestra familia crecía poco a poco.

Mi hija tenía un año y sabía que, al igual que había pasado con Rebeca y conmigo, ambas primas se llevarían como hermanas.

—¡Dime que llegamos a tiempo! —gritó Susi entrando por la puerta, con Carlos a la carrera tras ella.

—Sí, todavía no ha nacido —sonreí recibiendo un abrazo de mi mejor amiga.

—Por Dios, el taxista pilló un atasco.

Cuando regresamos de la isla ellos nos acompañaron, querían estar en el momento en el que Martina llegara al mundo.

Mi madre estaba sentada en la sala de espera junto a Rebeca, que no dejaba de decirle que todo saldría bien, al igual que Julen, que de señora Elena había pasado a llamarla abuela, igual que Yeray.

Carolina dio un gritito de alegría y supe que era porque veía a alguien que adoraba tanto o más que yo.

—Sí, cariño, ahí está papá —sonreí al verlo entrar con el uniforme de bombero, lo que generó que varias mujeres lo miraran mientras se mordían los labios.

En cuanto llegó hasta nosotras, le cogí por el cuello de la camiseta atrayéndolo hacia mí, para que se inclinara y lo besé con una posesividad que nunca antes había mostrado.

—Vaya, ¿y ese saludo, Campanilla? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—Para que dejen de comerte con los ojos —respondí echando un vistazo a cuantas mujeres nos rodeaban—. Que sepan que esta manguera es mía y solo mía.

—Vas a conseguir que te cargue en brazos y me encierre contigo en un cuarto oscuro para mostrarte cuan tuya es la manguera —me hizo un guiño y por Dios que sentí que me humedecía al escucharlo decir aquello en ese tono tan ronco y seductor.

—Me parece que por aquí hay quien quiere hacer más bebés —dijo Susi, acercándose para coger a su ahijada en brazos—. Ven con la tía, Susi, cariño, antes de que tus padres empiecen a arrancarse la ropa sin acordarse de que los estás mirando.

—Por Dios, Susi, jamás haríamos eso —protesté.

—Tú tal vez no, por eso de que eres aún un poquito pudorosa y bla bla blá. Pero, ¿tu futuro marido? —Arqueó la ceja— Te ha desnudado en cuanto lo has besado con esa hambre de leona, chica.

Me sonrojé, noté que me ardían las mejillas y ese mismo fuego me llegaba a la punta de las orejas en cuanto vi la mirada de Yeray, brillante y lujuriosa, puesta sobre mí.

—No puedes estar pensando en serio en hacerme otro bebé en un cuarto de baño —murmuré.

—A Carolina la hicimos en el baño de aquel barco, ¿por qué no hacer a un pequeño Yeray en el baño de un hospital?

—Ay, Dios —resoplé y él soltó una carcajada.

—¡Papá! —nos giramos al escuchar a Rebeca.

—Hijo, ¿cómo ha ido todo? —le preguntó mi madre.

—Perfecto —sonrió—. Es una niña preciosa y sana. Se parece a Cloe, pero tiene algo de Rebeca.

—No me puedo creer que sea hermana mayor con veintidós años —rio ella.

’ —Pues más vale que lo creas, porque tendrás que ayudarnos a cuidar de Martina —dijo mi hermano, abrazándola.

—Felicidades, papá.

—Gracias, hija —le besó la cabeza y sentí las lágrimas queriendo salir—. Están subiéndolas a planta, en cinco minutos podréis subir, es la habitación trescientos ocho —informó y asentimos antes de que se fuera para ir a acompañar a sus chicas.

Subimos en los ascensores hasta la zona en la que estaba la habitación de mi cuñada, y esperamos fuera hasta que una de las enfermeras salió y dijo que podíamos pasar a conocer a la bebé.

Dejamos que mi madre y Rebeca presidieran la comitiva, y cuando entramos, Cloe sonrió al vernos allí a todos mientras sostenía a Martina en brazos.

—Ay, por favor, qué pequeñita es —dijo mi sobrina—. ¿Puedo cogerla?

—Claro, es tu hermana —contestó Cloe, mientras se la ofrecía a Rebeca.

—Hola, Martina —le acarició la mejilla y después dejó que la pequeña le cogiera el dedo con fuerza entre su pequeña manita—. Soy Rebeca, tu hermana mayor, muy mayor, a decir verdad, pero mejor, porque así podré cuidarte y darte muchos, muchos consejos de lo que necesites. ¿Te haces una idea de lo mucho que te quiero desde que papá y Cloe me dijeron que iba a tener una hermana? Siempre quise una, aunque tenía a nuestra tía Melisa, que hizo el papel de hermana mayor conmigo, y ahora esa soy yo. No te voy a fallar nunca, chiquitina, te lo prometo.

Le besó la frente y la abrazó mientras mi madre lloraba de felicidad.

—Rebeca, te queda muy bien la bebé en brazos —dijo Susi de repente—. Y a vuestro padre se le ha puesto una cara de abuelo ya, que...

Julen empezó a toser y Rebeca se puso tensa de pronto, por lo que entendí que esos dos tenían un secreto, uno que no podrían ocultar durante mucho más tiempo.

—Nos casamos el mes que viene —anuncié para evitar que toda la atención se pusiera en ellos—. Ya es hora, o a este hombre le daría un infarto la próxima vez que le dijera que esperaríamos un poco más.

—¿El mes que viene? —preguntaron todos al unísono.

—Ajá. Será por el juzgado, algo sencillo, nos dieron ayer la fecha —sonreí.

—Menos mal, ya me veía yendo a tu boda con andador a los ochenta años —resopló Susi.

—No veo yo que tengas prisa por casarte en la playa, ¿eh? —Arqueé la ceja.

—Pues de aquí a un año, *habemus* boda —se encogió de hombros.

—¿Alguna otra noticia que celebremos hoy, que estamos toda la familia? —preguntó mi hermano, y nadie dijo nada, pero a él tampoco le pasó desapercibida la mirada entre Julen y Rebeca— Vale, pues lo diré yo, ya que los interesados no sueltan prenda. ¿Para cuándo daremos la bienvenida a mi nieto, o nieta?

—¿Cómo lo has...?

—Tu ginecóloga, es amiga de Celia, la mujer de Julia, y el otro día ambas entraron en la clínica dándome la enhorabuena por el bebé. Creí que era por Martina, hasta que la palabra abuelo llegó a mis oídos. ¿Por qué no lo dijisteis antes, chicos?

—No me atrevía, pensé que dirías que era muy joven, papá.

—Cariño, tu madre y yo éramos más jóvenes que tú cuando naciste, y nunca pensamos que, si te pasaba lo mismo te haríamos sentir que eras joven y que era demasiado pronto. Por suerte tienes a tu lado a un hombre que te quiere, y sé que adorará a ese bebé. Así que, enhorabuena, chicos.

Mi hermano abrazó a mi sobrina, quien aún tenía a la pequeña Martina en brazos, estrechó la mano y abrazó a Julen como un padre, y las felicitaciones se sucedieron unas tras otras.

Qué gran verdad aquella de que la vida podía dar muchas vueltas y que en cada una de ellas había una sorpresa que nos haría llorar. Podía decir que, en los últimos dos años, todas y cada una de ellas me habían hecho llorar de felicidad.

: Yeray me miró y parecía pensar lo mismo, me conocía muy bien, mejor que yo misma lo hacía. Se inclinó abrazándome por la espalda, me besó la cabeza y susurró.

—Te quiero, Campanilla, hoy y siempre.

Yeray me miró y parecía pensar lo mismo, me conocía muy bien, mejor que yo misma lo hacía. Se inclinó abrazándome por la espalda, me besó la cabeza y susurró.

—Te quiero, Campanilla, hoy y siempre.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu